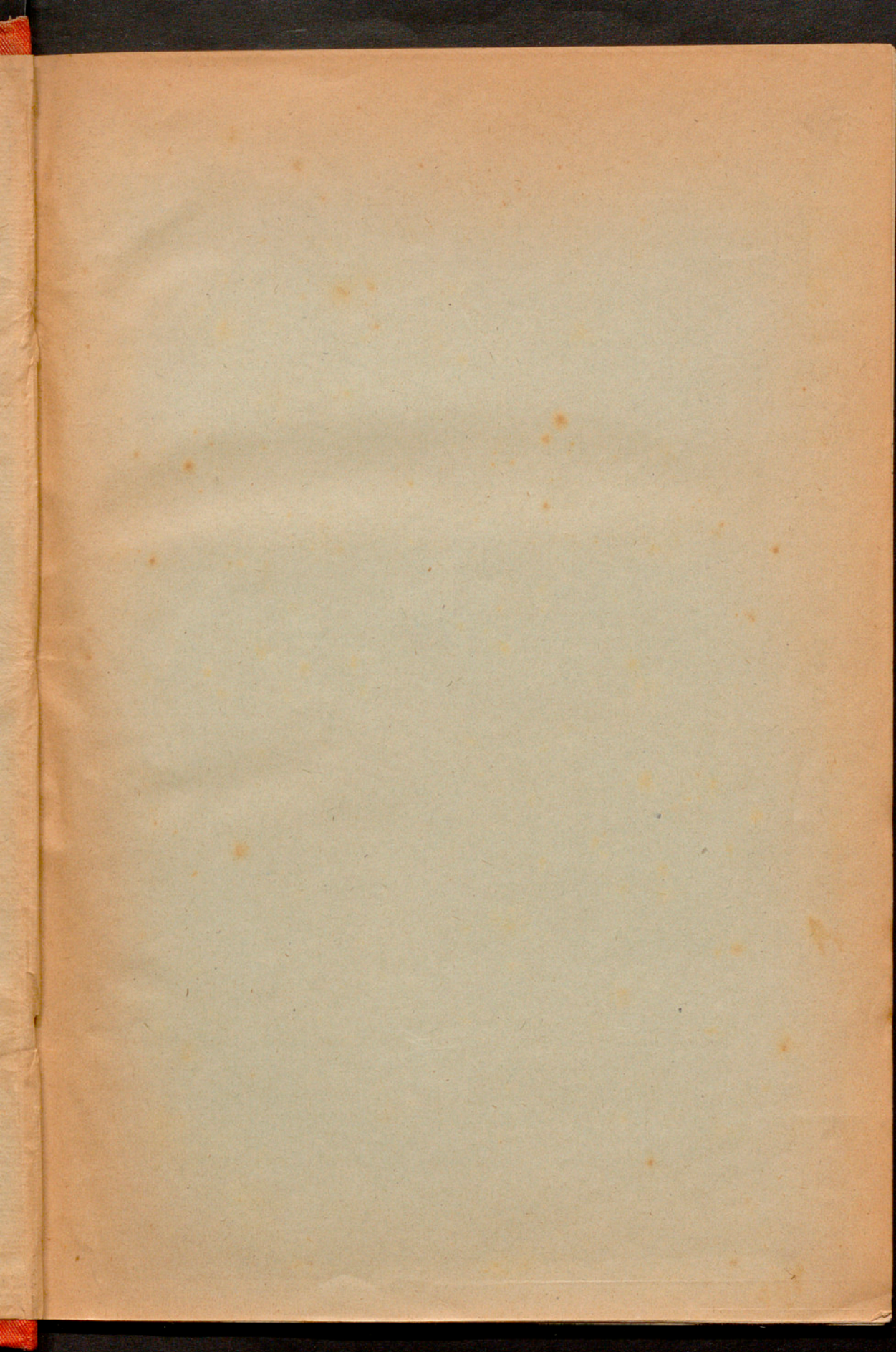


P. CRUSELLAS

CRUSELLAS
NUEVA
HISTORIA
—
MONTSERRAT

Nueva Historia
DE Montserrat.





MONTSERRAT



LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF MICHIGAN

ANN ARBOR

1900

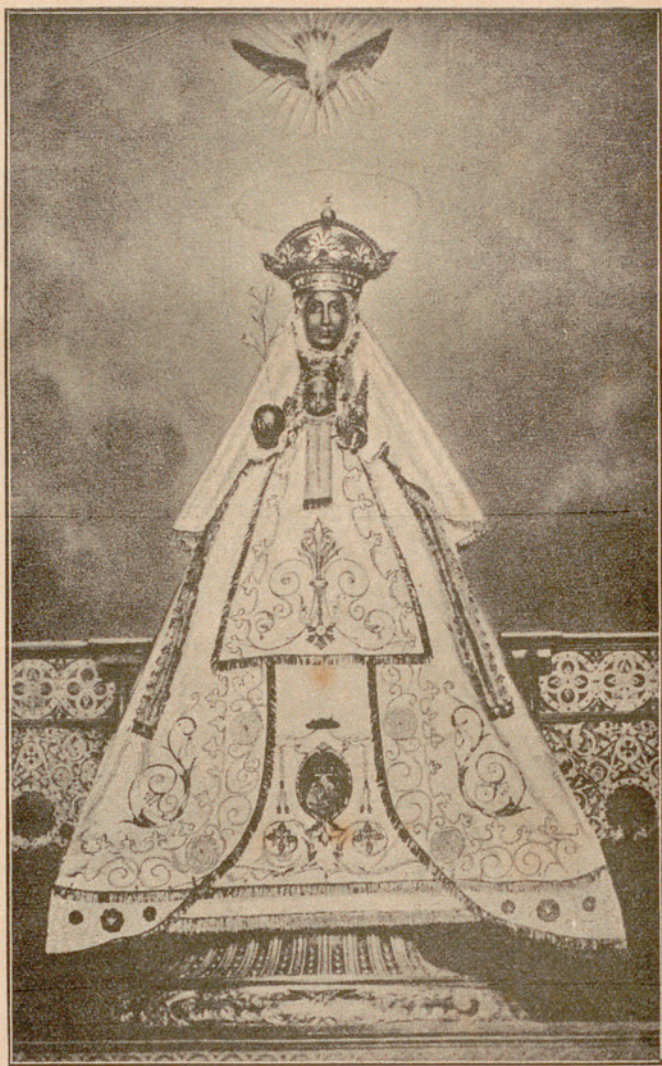


IMAGEN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN DE MONT-
SERRAT

NUEVA HISTORIA
DEL
SANTUARIO Y MONASTERIO
DE
NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT

POR EL

P. D. F. DE P. CRUSELLAS, O. S. B.

DEL REFERIDO REAL MONASTERIO



BARCELONA
TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, 5
1896

Es propiedad



CENSURA Y APROBACIÓN ECLESIASTICA

MUY ILUSTRE SEÑOR:

El infrascripto nombrado por V. S. para el examen y censura del libro *Nueva Historia del Santuario y Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat*, he leído atentamente el manuscrito original de dicha obra, no encontrando en ella concepto alguno contrario á la fe, moral y disciplina de nuestra Santa Madre la Iglesia. Su objeto no puede ser más digno y recomendable, cual es presentar reunidos y ordenados los hasta hoy dispersos materiales que ofrecen antiguos autores, curiosos manuscritos y la misma tradición oral, para la completa historia de Montserrat desde el venturoso hallazgo de la Santa Imagen hasta nuestros días, á fin de que crezca más y más el culto y devoción de España, y de Cataluña en particular, á la Divina Señora.

Por lo cual, y por el espíritu de sólida piedad que respiran las páginas todas del texto indicado, estima el infrascripto muy conducente se autorice su pública impresión, salvo mejor parecer de V. S.

Sabadell, 11 de Julio de 1896.

FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, *Pbro.*

M. ILTRE. SR. PROVVISOR ECLESIASTICO DE LA DIÓCESIS DE BARCELONA.

Barcelona, 15 de Julio de 1896.

Vista la anterior favorable censura, concedemos permiso para la publicación de la obra titulada: *Nueva Historia del Santuario y Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat*.

EL PROVVISOR VIC. GEN.

Valentín Basart.

POR MANDATO DE S. SRÍA.:

Dr. Jaime Brugueras, Pbro.

Scio. Canc.

APROBACIÓN Y PERMISO
DEL PADRE ABAD GENERAL

PARA LA IMPRESIÓN DE ESTA HISTORIA

D. Romaricus Flugi, Abbas generalis Congregationis Casinensis à primæva observantia Ordinis Sancti Benedicti.

Cum Censor provinciæ Hispaniæ Congregationis nostræ nobis probatus examinaverit librum, cui titulus *Nueva Historia del Monasterio y Santuario de Montserrat*, compositum a Rev. D. Francisco de Paula Cru-sellas, ejusdem Congregationis et Provinciæ Presbytero, et cum testatus nobis fuerit nihil obstare publicationi; imo valde utilem esse illius lectionem ad fovendam pietatem et devotionem erga Smam. Virginem, Nos his litteris permittimus ut liber ipse typis mandetur, servatis cæteris de jure servandis. In quorum fidem, etc.

Datum Romæ ad S. Ambrosii die 22 Martii 1896.—D. ROMARICUS FLUGI.—D. JOANNES MAGRANÉ, *Secret.*



AL LECTOR



CONVENIENTE nos ha parecido escribir la Historia de Montserrat; y más que conveniente, necesario. Alguien la escribió en su tiempo; pero así como el Monasterio quedó un día en ruínas, así también su historia. Si se consultan archivos, ya apenas se encuentra la tan ponderada *Perla de Cataluña*, del Maestro fray Gregorio Argai. Si se registran antiguas librerías, raros son los ejemplares de las obras del abad D. Pedro de Burgos, y del académico D. Pedro Serra y Postius. Hasta nuestra hermosa Biblioteca Montserratina, admiración de los sabios, desapareció á principios de este siglo. ¿En dónde hallaremos, pues, materiales para la formación de nuestra historia? Como las abejas, chupando un poco de cada flor, llegan á fabricar su panal; como el arqueólogo, piedra tras piedra forma un hermoso museo; de la misma manera que un anticuario pieza tras pieza llega á reunir un tesoro de preciosas antigüedades; así no será más la presente historia que una simple colección de noticias, referentes al Monasterio y Santuario de Nuestra Señora de Montserrat, recogi-

das de en medio de los escombros de su destrucción, jamás bastantemente llorada.

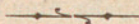
Poco será siempre cuanto se diga de Montserrat. Montserrat empieza y va unido con la reconquista de nuestra amada Cataluña, y tiene páginas por demás hermosas é interesantes. La Virgen escogió esta Montaña para en ella ser honrada de los fieles: con milagros demostró ser ésta su voluntad el día de su hallazgo, y con milagros lo ha acreditado hasta nuestros días. Con mucha razón, pues, podemos y debemos aclamarla Patrona de Cataluña. Su historia está como encarnada con el pueblo catalán, y si fuese posible hacer desaparecer la historia de Montserrat, mucho perdería la de Cataluña. Empieza con los Condes de Barcelona, y concluye con los Reyes de España. Monjas Benedictinas dieron principio al desarrollo del culto de la Santa Imagen, y Monjes Benedictinos continúan cuidando de ella, á pesar de haber transcurrido más de diez siglos desde que fué hallada entre las fragosidades de esta Montaña. Así como los lugares que con su divina planta pisó el Hijo de Dios, son lugares de bendición y gracia, de gracia y bendición fué siempre lugar este Santuario. Todos los Papas han derramado á manos llenas los tesoros de la Iglesia á los que en peregrinación han visitado los Santos Lugares; tampoco ha habido Pontífice que los haya negado á los que visitan á Nuestra Señora de Montserrat. No ha habido rey católico que no haya sido especial protector del país en donde tuvo lugar el misterio de nuestra Redención; todos los reyes de España han sido, no sólo protectores de Montserrat, sino que se han hecho no pocos el deber de visitarlo más de una vez durante su vida. A nuestra Imagen excelsa han venido á venerar los Santos más esclarecidos, y aquí han recibido grandes mercedes del cielo. De aquí han salido Monjes eminentes en todos los ramos del saber humano,

músicos famosos, embajadores, diputados, cardenales, obispos, generales y abades para otras Casas. De aquí salió el primer sacerdote que predicó y celebró el Santo Sacrificio en América. Aquí se erigió el primer Conservatorio de música del mundo. Aquí se conoció el mejor y más rico y estimado tesoro de alhajas, no sólo en valor, sino en mérito. Aquí... mas basta. Sirva la lectura de este ligero prólogo para hacer más interesante la sencilla historia que tenemos el gusto de ofrecer al pueblo fiel, como prenda y fruto de la Santa Obediencia. Vale.





LIBRO PRIMERO



CAPÍTULO PRIMERO

Montaña de Montserrat y origen de este nombre.—Vista de la Montaña.—Causa presunta de su forma.—Sus aguas.

I

El célebre Santuario de Montserrat, tan famoso en Europa y América, toma su nombre de un Monte así llamado, por sus elevados riscos y encumbrados peñascos, que se alzan rajados, cortados y partidos, como si se los hubiese aserrado. El nombre *Montserrat* se lee en diferentes diplomas de los siglos IX y X, como en la donación de esta Montaña hecha por el conde de Barcelona, Wifredo el Velloso, al Real Monasterio de Ripoll en 888, en el precepto ó confirmación de esta donación por el rey Lotario en 982, y en la Bula del Papa Benedicto VI, en 972, á favor del Abad del Monasterio de Santa Cecilia, sito en esta misma Montaña (1). Lo más natural parece ser que la verdadera etimología de *Montserrat* deriva de sus propios riscos, ó porque realmente figuran como aserrados, ó porque sus puntas son como dientes de sierra. Son de esta opinión gravísimos autores como Luís Moreri (2), Tomás Corneille (3), Jovin de Rochefort (4), el autor de las

(1) Del Archivo de Montserrat antes del incendio.

(2) Moreri, tom. III, fol. 561.

(3) Corneille: *Diccionario Geográfico*, palabra Montserrat.

(4) Rochefort, citado por Corneille.

Delicias de España (1), y el insigne geógrafo de S. M. Bruzen de la Martinière (2), del cual son las palabras siguientes: «Es ella (habla de esta Montaña) casi toda de peñas escarpadas, que son agudas y elevadas á manera de dientes de sierra.» Juan Blaeu (3) en su *Atlas mayor*, dice: «Es uno de los más insignes Montes, que ennoblecen, no sólo á la Provincia de Cataluña, sino á toda España, y aun á Europa, por la figura de sierra, que finge la aspereza de aquellos riscos, dándole el nombre.» El arzobispo Marca (4), dice: *Inibi Mons in duas partes, ac si Serra scissus esset, unde illi nomen sinditur*. El abad D. Pedro de Burgos (5), dice: «Llámase Montserrat, que es lo mismo que Monte-aserrado, porque parece que lo ha sido en la juntura y división de las peñas.» El cronista de España Méndez Silva (6), dice: «A siete leguas de Barcelona, hacia el Norte, se descubren las Montañas de Montserrat, que significa Monte-Serrado por medio, como lo es.» Por último, pues sería nunca acabar, el célebre Camós (7), dice: «Están á más de eso, aserradas sus peñas, por lo que se llama Montserrat.»

II

Este bellissimo Monte tiene de circunferencia cuatro leguas, y unas dos de alto poco más ó menos. Desde el pico más elevado de la Montaña, en tiempo claro y despejado, se descubren las Islas Baleares, que distan ciento ochenta y una millas, esto es, ciento sesenta de mar, y veintiuna de tierra. El P. Fr. Lesmes Reventós, que vivía á mediados del siglo pasado en este Monasterio, en el cual ejerció muchos años el cargo de Bibliotecario, decía: «Que este Monte, puesto en forma piramidal, tiene mil trescientas veintiséis varas de altura.» A juicio de varios autores, los montes de Montserrat y Montseny son los dos más elevados de Cataluña, á los que añade el cronista Puja-des el de San Lorenzo, situado entre Tarrasa y Caldas de Montbuy. De lo encumbrado de este Monte, se puede inferir lo delicioso de su vista; pues dilatándola por Oriente y Mediodía, sobre el Mediterráneo, con la extensión que se ha significado, y por Norte y Occidente

(1) Citado por La Martinière.

(2) La Martinière, tom. V, pág. 512.

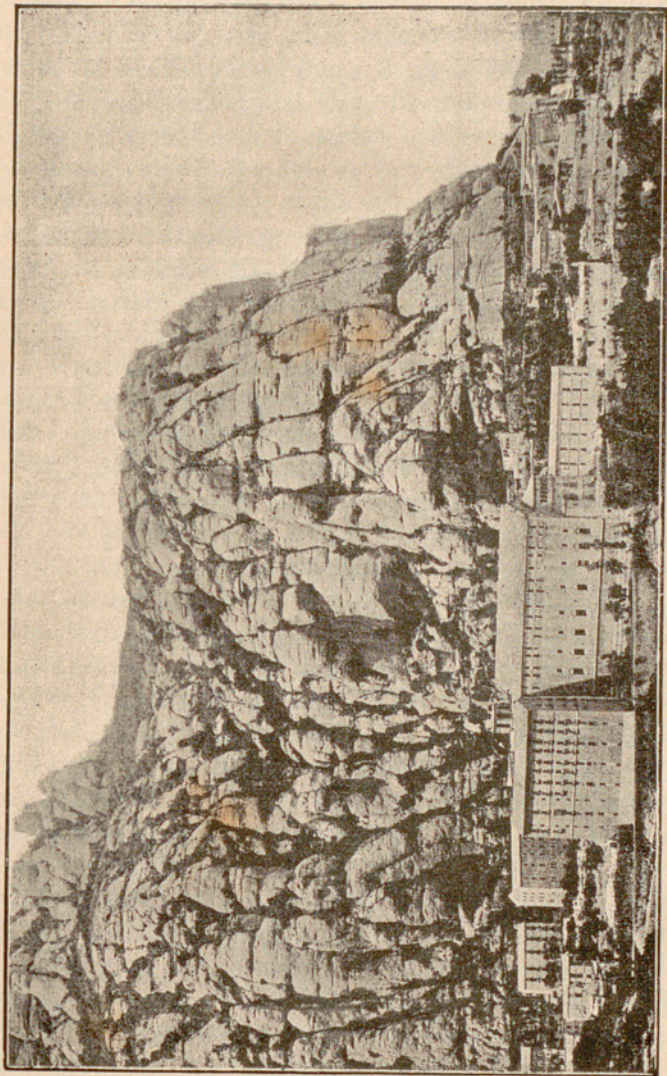
(3) Blaeu: *Atlas mayor*, tomo: *España*, fol. 334.

(4) Marca: *Hispan.*, lib. II, cap. xii, col. 206 y 207.

(5) Burgos: *Hist. de Montserrat*, cap. i.

(6) Méndez: *Descrip. de Cataluña*, cap. xxix.

(7) Camós: *Jardín de María*, lib. VII, cap. i, pág. 281.



VISTA GENERAL DEL MONASTERIO



hasta los montes de Valencia, Aragón y Pirineos, se la da hermosísima su vasto horizonte con la variedad de objetos que forman las muchas poblaciones y diversos territorios del país intermedio que domina.

Por la parte oriental baña el sagrado Monte el río Llobregat, tan celebrado por los antiguos con el nombre *Rubricatus*, que para besarle el pie, tuerce su curso hacia Montserrat, y le continúa para desaguar en el Mediterráneo, á una legua de Barcelona. Sube por esta parte el Monte desde la raíz hasta la cumbre, cubierto de peñascos, en figura de columnas ó pirámides, que semejan pilones de azúcar. Estos riscos, entre lo frondoso de su verdor, hacen más admirable su extrañeza y más plausible su vista; pues se ofrecen como extendido anfiteatro de matizados obeliscos. Continúan éstos su orden, rasgando como en dos partes el Monte, formando sus dos cumbres un valle, que antes se llamaba *Vall-mal*, por su gran fragosidad, y hoy *de Santa María*, por su Santuario; de donde en tiempo de lluvias se despeñan en varios saltos las aguas, que resonando en aquellas concavidades, dan tanto placer á la vista como música al oído.

Por la parte de Mediodía se descubren aún peñascos mucho más variados. Unos se ven vestidos de árboles, y otros desnudos hasta de hierba; y sin embargo, de no levantarse éstos desde el pie del Monte, parece que se muestra éste más fragoso y menos accesible. Por el lado occidental, hasta casi media falda, ofrece á la vista el aspecto común á los demás montes; pero de media falda para arriba, le cubren peñascos extraordinarios con mayor fragosidad y aspereza, que no permite apenas lo huelle planta humana. Pero por la parte septentrional, se excede á sí mismo en lo extraño. Campea allí la fantasía en mil ideas según la distancia. Pondré las mismas palabras con que lo pinta de mano maestra el arzobispo Marca (1), quien parece le tenía seguido y mirado por todas partes. *A latere Septentrionis, dice, mitior est via luxuriantibus arborum frondibus perpetuo virens, quæ oculis blanditur per novæ rupium figuras, quæ fere continuæ et indivisæ in varios cuneos fastigiantur, ita ut hinc turrita castella, illinc organorum musicorum tubi, alibi eques insidens equo, atque aliæ diversæ figuræ exprimi videantur miro naturæ lascivientis opere, seu prolapsione.* Hasta aquí son palabras del historiador D. Pedro Serra (2); pero á fin de que nuestros lectores puedan saborearlo mejor, pondremos término al presente párrafo con la siguiente preciosísima descripción del Dr. Sardá (3). Dice así: «Por más des-

(1) Marca, lugar citado: *Descrip. Montis-Serrati*, col. 207, n.º 2.

(2) Serra, lugar citado, pág. 29.

(3) Sardá: *Montserrat. Noticias históricas de este Santuario*, pág. 10.

cripciones geográficas ó poéticas que se lean, por minuciosos relatos que se oigan, hasta por bien sacadas fotografías ó grabados que se contemplen, es imposible hacerse cargo de la impresión que en el ánimo produce la vista de la sin igual Montaña. Figúrasele á la imaginación, ora majestuoso altar con remates de afiligranada crestería; ora colosal silla gótica de caprichosas labores; ora extensísima muralla dentellada y almenada y á trechos flanqueada de vistosos torreones y contrafuertes; ora gigantesca cristalización química, en la que todos los grupos y elementos que los componen, afectan la misma configuración cónica ó piramidal. Cuando la niebla envuelve con sus húmedos pliegues aquellos picachos; cuando tendida y rozagante se la ve vagar de uno en otro, ya ocultándolos en parte, ya descubriéndolos, algunos de ellos semejan con toda propiedad amenazadores guerreros embozados en ceniciento alquicel, ó airados espectros que alternativamente se forman y se disuelven en la región de las nubes. El claro obscuro de la tempestad, ó las sombras del crepúsculo, les dan á esas rocas misteriosas, inmóviles y plantadas cual aéreas pilastras, cierta entonación como de monstruosa fisonomía; y si entre ellas serpentea el rayo, y retumba el trueno, ó silba con agudo alarido el huracán, le es imposible al más indiferente espectador sustraerse á cierto vago terror, á cierta impresión de pavoroso respeto.

«Y en cambio ¡oh poder inefable de Dios en las obras de su mano! esa misma decoración imponente y terrible truécase en risueña, y por todo extremo deleitosa, cuando la doran los rayos del sol, y la matizan en primavera los mil y mil arbustos de su vegetación frondosísima, y la embalsaman sus confortantes olores, y la animan por doquier el murmullo de las fuentes, los gemidos de la brisa, los gorjeos del ruiseñor, los trinos de la alondra, y sobre todo los alegres cantares de la romería. Lo que fuera antes sombrío como una página del Dante ó un cuadro de Miguel Angel, es un momento después agraciado como un idilio, y fresco como una Virgen de Rafael.»

III

Aunque es cierto, que en el dilatado ámbito del mundo no faltan algunos montes que, con natural emulación, quieren competir con la santa Montaña de Montserrat, es cosa fuera de toda duda, que en realidad ninguno de ellos ha podido copiar perfectamente las extrañas y maravillosas circunstancias de la nuestra. La más particular y primi-

tiva es, que mientras las demás montañas suelen infundir pavor, ésta no sólo causa consuelo y espiritual alegría, sino que convida á la contemplación de las cosas celestiales. Con este blasón glorioso parece que quiso el Criador del mundo honrar y singularizar estos riscos y peñascos por la ternura que tan patentemente manifestaron en la muerte del Redentor Divino, rompiéndose sus insensibles entrañas como si se doliesen de la muerte de su Autor.

Dicen, en efecto, algunos historiadores, que la causa de la separación de los expresados riscos, es el quebrantamiento de las peñas en la muerte del Salvador; atribuyendo á éstas, la gloria que tuvieron otras, de acompañar con su quebranto el duelo general de las criaturas por el horrendo deicidio. Este parecer se ve autorizado por el antiguo Padre de la Iglesia San Cirilo, obispo de Jerusalén, que floreció en el año 360 de Cristo, el cual dice las palabras siguientes: *Id quod hactenus Golgotha monstrat, ubi propter Christum petre scissæ sunt, nec non ex traditione, Mons Alberne in Etruria, in campania Promontorium ad littus Caiete, et in Tarraconensi Hispania MONTSERRATUS*. Esta autoridad tan respetable está transcrita en la Historia del P. Roig, impresa en Barcelona en 1692 (1); y es indudable que un Religioso de tan reconocida respetabilidad, exprovincial de la Orden de Mínimos y Cronista de los reinos de Aragón, no la pusiera, si no la hubiese encontrado en alguna edición ó manuscrito muy recomendable. Además de esta tan grave autoridad, favorecen esta opinión otros no menos graves autores como el Venerable Juan de Palafox, obispo de Osma (2), quien afirma ser ésta una tradición muy antigua en este Principado; de la misma manera lo notaron don Miguel de Calderó (3), el dos veces jubilado Padre de Provincia y Calificador del Santo Oficio Fr. Francisco Serra (4), el cronista de España D. Rodrigo Méndez de Silva (5), diciendo: «Que esto es sentir de graves autores.» El P. Francisco Crespo (6), en un memorial dirigido al rey Felipe IV por la Concepción Purísima de María, que anda impreso, dice: «Monumento perenne de nuestra fe, pues se dividió al morir el Autor de la vida, rompiéndose en varias partes esta Montaña, como en señal doloroso de la muerte de su Criador.» El P. Fr. Antonio de Santa María (7), carmelita descalzo, se expresa

(1) Roig y Jalpi: *Epit. Hist. de la Ciudad de Manresa*.

(2) Palafox: *Vida de la Infanta sor Margarita de la Cruz*.

(3) Calderó: *Decis. crimin. Cathal.*, tomo I, pág. 35.

(4) Serra: *Libano Mariano*, lib. I, cap. xxv, n.º 150.

(5) Méndez: *Descripción de Cataluña*, cap. xix.

(6) Crespo: *Memor. al Rey Felipe IV*, pág. 41.

(7) Santa María: *España triunf. por María*, cap. xvii, fol. 159.

en estos términos: «Cuando murió nuestro Salvador en el árbol de la Cruz, se estremeció este Promontorio sacro y se quebraron sus encumbrados riscos, siendo objeto de ternura para quebrantar corazones de bronce; y en Montserrat se verificó lo que dijo San Mateo: *Et terra mota est, et petraë scissæ sunt*. Ciertó que no lo extraño, cuando he visto aquel sagrado Monte; porque si no es por tan justo sentimiento, ¿cómo es posible tan desquiciados los riscos, tan quebrantadas las peñas, y en el aire; tanta deformidad en los pedérnales, y tanta desigualdad en los mármoles? No es posible. Ni pudo la naturaleza sacar á luz tanto asombro; y menos que con la muerte de Cristo, no es posible que hubiese allí tanto quebranto de riscos, ni tan desconcertados vagíos, ni pirámides más toscas, ni más eminentes torres, que son asombro del mundo y asombro de la naturaleza.» No es, pues, extraño, que en vista de lo que acabamos de decir, el agustiniano Fr. Agustín Cura, después obispo de Orense, en su delicadísima é inspirada descripción de la Montaña de Montserrat, cantara en su nativo idioma de la siguiente manera:

Montanya prodigiosa
Que 'n elevadas puntas dividida,
Sentires llastimosa
Morir lo Autor de la mateixa vida:
Y entre altres principals dócils montanyas,
De sentiment romperes las entranyas.

IV

No menos que su figura, son también raras otras circunstancias de esta admirable Montaña. Aunque en su falda tiene copiosísimas fuentes de agua cristalina y dulce, y rarísimas de la mitad para arriba, de suerte que así los moradores del Convento, como los Ermitaños, cuando los había, se han servido siempre de aguas pluviales recogidas en cisternas; sin embargo, está todo el Monte hecho un verdadero jardín. Parece que en esto anduvo misteriosa la naturaleza, haciendo resaltar más el prodigio, con hacer ver, que de venas ocultas se fecundan las varias plantas que visten la Montaña y los muchísimos árboles que la hermosean; que según el citado P. Reventós, pasan de cuarenta las diferentes especies que se crían en esta Montaña, y de cuatrocientas las de aquéllas, hallándose algunas muy ra-

ras en entrambas. No es, pues, extraño, que admirado de tantas maravillas, dijera en uno de sus inspirados cantos el P. Fr. Forcada, hijo de este Monasterio:

«Sin agua, sin semilla y suelo poco,
Arboles, plantas, hierbas, matas, flores,
Las peñas visten de contento loco,
Sin que el Agosto ofenda á sus verdores:
Milagro es todo cuanto en ella toco,
Obras son de los cielos sus primores;
Que aquí, como es María la hortelana,
Medran las plantas sin industria humana.»

El venerable abad D. Pedro de Burgos, después de expresar y referir este prodigio, busca la razón de esta esterilidad, ó falta de agua, y discurriendo con su acostumbrada reflexión, dice del modo siguiente: «Y más es esto de maravillar por no haber fuentes en esta Montaña, si no es algunas de muy poca agua, y que casi vienen á faltar en tiempo de sequedad. Bien es verdad que se engendran aguas en ella como en otras montañas; mas como sea compuesta de peñas divididas unas de otras, las aguas se vienen á sumir, y caen á lo bajo, como se ve por la experiencia en una fuente, que está bien alta á la parte de Santa Cecilia, que es un Monasterio muy antiguo en la misma Montaña, á la parte de Levante y Tramontana, y unido al de Nuestra Señora de Montserrat. Y el agua de aquella fuente se siente caer entre las peñas, y no viene á salir á fuera, ni se ve; mas húndese á lo bajo. Y así es de creer de las otras aguas, las cuales vienen á salir al pie de la Montaña, á parte de Levante, muchas de muy buena agua y muy grandes, que mueven molinos con ellas, y en algunas partes se hallan debajo de esta Montaña concavidades más grandes y espantosas, donde algunos han probado de entrar, y bien adentro sentían ruidos de aguas que corrían.»

Casi todos los autores que han escrito sobre Montserrat, tratan de si esta Montaña estuvo antiguamente dedicada á la diosa Venus, y si tuvo un templo en donde le ofrecían culto los paganos. También investigan si existieron castillos para defenderse la gente del país de las incursiones de los infieles. Nosotros sólo hemos venido á hacer historia de la Virgen de Montserrat desde la invención ó hallazgo de su Santa Imagen. Por lo tanto, sobre lo primero remitimos á quien lo necesite á la Historia de Montserrat, escrita por el abad Muntadas; y sobre lo segundo, puede verse á D. Francisco Carreras y Can-

di (1). Para concluir el presente párrafo dignamente, bastará decir, que el Señor dispuso la naturaleza y forma de esta Montaña tan prodigiosa y maravillosamente, que parece la tenía destinada y reservada para habitación y trono de una milagrosa Imagen, en que su original, la Emperatriz de cielos y tierra, había de manifestar al mundo su poder incomparable, haciendo en ella y por ella las más grandes maravillas. Dispuesto así el trono, y adornado con las galas que le dió la naturaleza, con pasmo de cuantos le miran, sólo nos resta tratar de la Reina y Señora que va á habitarlo, lo que vamos hacer en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO SEGUNDO

Barcelona esconde en Montserrat la imagen de María, conocida por la Jerosolimitana. — Fecha de su hallazgo. — Cómo fué descubierta. — Origen de su culto en Montserrat.

I

Era el siglo VIII; los musulmanes, como desbordado río, inundaban y devastaban la infeliz España. Nuestras villas y ciudades gemían bajo el látigo de los feroces sarracenos. Nuestros templos y palacios caían incendiados, y hasta Barcelona era presa del fiero invasor. Mas el fuego sagrado de la Religión y de la Patria no se extinguía por esto. Mientras unos empuñaban las armas y defendían palmo á palmo el suelo español, los demás cuidaban de poner á salvo las imágenes de los Santos y los objetos del culto para que no fuesen profanados. Entre tanto, era general la desolación en las comarcas catalanas. Posesionado el enemigo de todas sus ciudades y fortalezas, cebábase su furia con particular rencor en los objetos más respetables por su carácter religioso.

Había por aquella época en Barcelona una imagen de María, llamada por el pueblo la Jerosolimitana, que se cree haber sido venerada en el altar mayor de la primitiva iglesia ó catedral de los Santos

(1) Carreras: *Los Castells de Montserrat*. Monografía en lengua catalana, premiada en los Juegos Florales de Barcelona en 1890.

Justo y Pastor, por el obispo San Paciano. El P. Mtro. Fr. Gregorio Argaiz (1) (según el Dr. D. Pablo Valls), después de suponer que esta Santa Imagen fué obra del evangelista San Lucas; que San Pedro la trajo á España el año 50 y la entregó al primer Obispo de Barcelona San Teodosio ó Etereo, y que había sido venerada por el obispo San Severo y Santa Eulalia, añade: Que á 22 de Abril de 718 (2) el obispo Pedro y el gobernador y capitán Erigonio la escondieron en la Montaña de Montserrat, donde permaneció oculta por espacio de ciento sesenta años, pasados los cuales, y hallada milagrosamente, cambió el nombre de Jerosolimitana con que había sido invocada, con el de la Montaña que tan célebre se hizo por ella en los fastos del Cristianismo. Por esto en los tres retablos principales de la actual iglesia de San Justo, construídos, el primero á principios del siglo XV, el segundo en 1724, y el tercero, que aun existe, á mediados de este siglo, siempre se ha colocado la imagen de Nuestra Señora de Montserrat, representándola en cada uno, de modo que no pudiese dudarse de su invocación, y dando con ello testimonio auténtico de la tradición referida.»

El Dr. Sardá, hablando de este asunto, dice: «Esta preciosa Imagen, que habían venerado Severo, nuestro ilustre Obispo, y Eulalia, la tierna doncellita sarrianesa, y todo el pueblo barcelonés, podía de un día á otro ser objeto de brutal escarnio por parte de los sectarios del Corán. Y aquella Virgen preciosa podía ser pasto de las llamas cuando pluguiere á los enemigos del nombre de Cristo. Y perdería Barcelona, y no vería jamás Cataluña aquella rica joya, primeras arras de su celestial desposorio cuando, por su conversión á la fe, de sierva del demonio pasó á ser esposa del Crucificado. Era urgente salvarla, y para eso era preciso trasponerla y ocultarla durante aquellos borrascosos días de desolación. La generación presente hacía el sacrificio doloroso de perderla de vista para conservarla al amor y devoción de generaciones más venturosas. Fué unánime el pensamiento entre los fieles; y el Obispo y Gobernador cristiano de Barcelona se encargaron de su ejecución. Y el sitio escogido, por agreste y asegurado, para servir de nido á la fugitiva Paloma de los valles, fueron los derrumbaderos de Montserrat. La tradición fija en 22 de Abril de 717 el día en que el Obispo y el Gobernador, con muy pocas y secretísimas personas de su mayor confianza, escondieron en una cue-

(1) Valls y Bonet, en un pequeño opúsculo que publicó siendo Obrero de la parroquia de San Justo de Barcelona.

(2) Esta fecha está equivocada; debe ser 717.

va de la parte oriental del Monte la imagen Jerosolimitana, que siglo y medio después, pasado ya lo más recio de la tempestad, quiso el cielo descubrir otra vez con maravillosos portentos á los fieles catalanes. Mas nó para volver á Barcelona, sino para que allí quedase, en aquel su singular palacio de rocas, como Reina de él y de todo el Principado.»

II

«Después de siglo y medio, y entre tanto que desde las cimas del Pirineo se emprendía por los catalanes la reconquista de su profanado suelo, que si en lo restante de España duró ochocientos años, aquí no se prolongó más allá de una centuria ó poco más, serenábase rápidamente nuestro horizonte, prosigue el Dr. Sardá (1), y en nuestras más bellas comarcas sólo restaban del pasado estrago huellas que el fervor y laboriosidad de los catalanes se encargaban de borrar á toda prisa. Era libre ya Barcelona y todo cuanto dominan desde su elevado asiento los picos de Montserrat. Bien podía ya salir de su arca de refugio con el olivo de la paz la divinal Paloma allí refugiada; bien podía amanecernos de nuevo á los devotos catalanes el Sol con tan prolijo eclipse obscurecido. Esta recompensa merecían el tesón y la fidelidad de aquellos invencibles campeones de la fe, que en tan breve plazo acababan de escribir con su sangre el glorioso poema de nuestra reconquista, en que *¡María!* había sido su grito primero de guerra, y la salvación de la fe cristiana en Cataluña el principal objeto de sus heroicos esfuerzos. Cómo, empero, le fué devuelta por el cielo á la piedad catalana joya de tan gran precio; cómo y con qué prodigios quiso el Señor para gloria de su Madre acompañar el feliz hallazgo, cómo y con qué ardientes muestras de devoción y cariño correspondió siempre á este singular beneficio la piedad de nuestros mayores, lo diremos ahora.»

Nadie nos pida documentos para comprobar la verdad de lo que vamos diciendo; sólo existe la tradición, y tradición de diez siglos, que nos lo está predicando. Todos los autores que han escrito sobre este Santuario convienen en que la invención de nuestra Santa Imagen tuvo lugar siendo conde de Barcelona Wifredo el Velloso; mas no todos piensan igualmente en cuanto á la fecha de su hallazgo. Unos dicen que fué hallada en 873, y otros en 888. En ésta la puso el Maes-

(1) *Montserrat*, lugar citado.

tro Yepes, no por sentirlo, sino porque acababa de escribir la historia de la Abadía de Ripoll, de quien dependía la de Montserrat, por donación de su restaurador el conde Wifredo. Así lo confiesa, y por ser hecha la donación el dicho año, como es verdad; porque si entre las iglesias de esta Montaña era la primera y principal la de Nuestra Señora, como se ve por las palabras de su hijo el conde Suñer, infiere-se de aquí claramente que la santa imagen de María era ya conocida y venerada, y por lo mismo descubierta. Nosotros, creyendo andar más por lo cierto y seguro, fijaremos este acontecimiento al año 880, primero porque así se ha tenido en consideración al celebrar el primer milenario del hallazgo de la Santa Imagen; y también porque así estaba reconocido en un libro del Archivo, que tendría por lo menos seiscientos cincuenta y cuatro años, escrito en catalán, cuya relación empezaba así: *En lo temps del primer Compte de Barcelona appellat Griffé Pelós, l' any DCCCLXXX fonch trobada la Imatge de Madona Santa Maria* (1).

Serra y Postius (2), dice: «Otro códice muy antiguo he visto yo en el Archivo de Montserrat, también de pergamino con cubiertas de madera, que empieza con el Calendario eclesiástico, después trae la Regla del gran Padre y Patriarca San Benito, y luego se siguen varias notas, ya en latín, ya en catalán, y todo de letra antigua. Una de aquéllas, que está á más de la mitad del libro (no tiene folios), dice: *En temps del Papa Joan VIII, fou trobada la devota de Montserrat, any DCCCLXXX*. Está recondido el expresado códice en el cajón 2, n.º 4.»

También he visto allí un tomo en folio grande manuscrito en idioma castellano, que contiene primero noticias antiguas y modernas de aquel Monasterio, principalmente de los bienhechores, y creo es más antiguo que otro semejante que tiene en custodia el Padre Sacristán Mayor, quien va continuando en él lo que la liberalidad y gratitud de los fieles ofrece á la Santísima Virgen. El epígrafe dice: «Catálogo de los Bienhechores de Montserrat, sacado de los originales del Archivo desde el año DCCCLXXX que se halló la Santa Imagen, hasta de presente.»

«En el año ochocientos y ochenta, continúa el mismo libro, cuando la Iglesia de Dios se halló casi en su mayor congoja; nuestra España ocupada de moros; los griegos con su patriarca constantinopolitano Focio, le negaban la obediencia; los sarracenos fomentados por el ar-

(1) Arguiz: *Perla de Cataluña*, pág. 24.

(2) *Epítome histor. del Monast. de Montserrat*, pág. 42.

zobispo de Nápoles, Atanasio, talando toda la costa de Italia, con intención de ir a Roma, y poner debajo de sus infieles plantas la venerada Silla de San Pedro; y finalmente, el mundo todo un teatro de males y una furia de insultos... En este año, pues, tan lleno de males, según el computo que más se ha podido apurar de memorias antiguas de esta Santa Casa, el Omnipotente Dios primero, y principal bienhechor de ella, con portentos milagrosos y señales del cielo quiso que apareciese la Santa Imagen, que está ahora en el altar mayor, tan devota y milagrosa, para que fuese en este Monte el común y general emporio de su misericordia, en donde los mayores monarcas, los pobres, los enfermos, los cautivos, los desamparados del divino y humano favor, y finalmente, los más descaminados y endurecidos pecadores hallasen su total remedio.»

Con estas tan antiguas como respetables autoridades, además las de Ludovico Nonio (1), Maestro Argaiz (2), Dr. Giribets (3), y Bruzen de la Martinière (4), que son del mismo parecer, queda bastante probado el verdadero año del hallazgo de la Santa Imagen.

Muchos autores hacen mención de este milagroso acontecimiento sin expresar el año, como Villegas (5), Fr. Antonio de Santa María (6), D. Francisco de la Torre (7), Beuter, Camós, Jordán, Marcillo y Méndez de Silva.

III

Si la naturaleza se esmeró en la formación del trono que debía ocupar la imagen de Nuestra Señora en Montserrat, parece también que el cielo quiso competir con ella en los medios con que se dignó revelar al mundo la Reina que había de ocuparlo. A la hora en que el astro del día cede su lugar á la melancólica lumbre de la reina de la noche, unos pastorcillos, que unos quieren que fuesen de la villa de Olesa, y otros de Monistrol, que no es cuestión de tanta importancia que en ella debamos entretenernos, guardaban según costumbre sus rebaños al pie de esta santa Montaña, bien ajenos por cierto de la

(1) En su España: *Descrip. de Montserrat*, col. 207, cap. v.

(2) Argaiz, fol. 244.

(3) Giribets: *Descrip. de Montserrat*.

(4) La Martinière, tom. V, verb. Montserrat.

(5) Villegas: *Fructus Sanctorum*, fol. 216.

(6) Santa María: *Patrocinio de Nuestra Señora*.

(7) La Torre: *Simbolos selectos*, 158.

alta dicha que iba á proporcionarles la Divina Providencia. Cuando más distraídos estaban, vieron unas como estrellas resplandecientes que del cielo bajaban á uno de los extremos de la Montaña, y venían á esconderse en el ángulo oriental de la misma, en la parte que cae sobre el río Llobregat. Era esto un sábado al anochecer. Al principio quedaron aquellos pobres pastores como atónitos y espantados, sin atreverse á revelar este secreto, y sin saber qué partido tomar. Dieron largas al asunto y esperaron. El sábado siguiente á igual hora se les ofreció el mismo caso tan singular; pero esta vez, á las estrellas y luces que vieron el sábado anterior, se añadieron hermosos cánticos, que no podían salir sino de los mismos Angeles.

Al llegar aquí no pudieron ya guardar más el secreto. Reveláronlo á sus amos, quienes quisieron también ser testigos del prodigio. Al efecto, fueron el sábado siguiente con sus pastores al lugar indicado, y apenas el sol se había hundido en el ocaso, empezaron á brillar en él estrellas muy hermosas y luces extraordinarias, y oyéronse Angeles que cantaban preciosas melodías, haciendo comprender que aquel lugar ocultaba algún riquísimo tesoro. En vista de tales acontecimientos, el dueño de los pastores fué á encontrar al Obispo, que según la tradición seria el de Vich, que por hallarse esta ciudad ocupada por los moros, vivía en Manresa, quien oídas sus sencillas explicaciones determinó ir en persona á reconocer el lugar del prodigio.

El sábado siguiente, 25 de Abril de 880, salió de Manresa el obispo Gotmár con gran multitud de sacerdotes y pueblo, y apenas llegaron, entrada la noche, al lugar referido, se repitió el milagro, que todos presenciaron. Oró y gimió el buen Pastor para que el cielo le revelase su significación. A la mañana siguiente, domingo, dirigióse impávido al lugar señalado por las aparecidas estrellas, y entre arbustos y malezas encontró en una cavidad de la roca la imagen de María, la Jerosolimitana, la Barcelonesa, la agraciada Morena, la que en adelante con un solo título quería ser conocida y apellidada: Nuestra Señora de Montserrat.

Es fama que un celestial resplandor inundaba la lobreguez de aquella caverna, rústico primer Camarín de nuestra bella Señora, y que al poner el pie en ella el anciano Pastor, oyeron los ecos de Montserrat por primera vez la *Salve Regina*, cantada por voces de Angeles y acompañada por el murmullo de las aguas del Llobregat; himno que desde entonces á igual hora hacen resonar bajo las bóvedas del Santuario, envuelto en las armonías del órgano, los Monjes y Escolanes. Cuál sería el regocijo y admiración de aquella buena gente, que era testigo de vista de todos estos portentos; cuáles los cánticos de ac-

ción de gracias y de alabanza á su Madre Santísima; qué de plácemes y enhorabuenas darianse mutuamente aquellos felices cristianos, más fácil es á la imaginación concebirlo, que á la pluma medianamente ponderarlo. Organizóse en seguida una devota procesión; tomó en brazos el buen Obispo la Santa Imagen, no queriendo ceder á nadie el consuelo de llevar tan dulce carga; treparon todos por aquellos riscos y veredas, hasta dar con el camino que desde el punto central de la Montaña conducía á Manresa; allí formaron todos á una el proyecto de colocar aquel precioso tesoro en la iglesia catedral de dicha ciudad (1).

IV

Otros empero eran los designios de Dios; otro era el plan de su adorable Providencia. Al distinguir á Montserrat con un sello de sin par magnificencia y de caprichosa y original hermosura, trazólo indudablemente para trono de su Madre, y esta era la ocasión de mostrarlo con nuevos prodigios. Al llegar la piadosa comitiva al sitio que ocupa hoy una cruz de piedra con esta inscripción y fecha: «Aquí se hizo inmóvil la Santa Imagen, 880,» que cae en la misma carretera de Monistrol, debajo del nuevo Camarín, y al pararse allí para descansar un momento dicha comitiva, permaneció como enclavada la Santa Imagen en aquel lugar, siendo imposible todo humano esfuerzo para moverla. La que le era antes ligera al Prelado como leve pluma, habíasele hecho de súbito pesadísima é inmovible como una de aquellas enormes masas de granito que desde los días del diluvio universal, ó desde que el Salvador expiró en la cruz, guardan en Montserrat su posición vertical, como mudos testigos del poder de Dios, cuyo dedo es el único que los puso allí como á plomo y á cordel, y el único que los hará desgajar un día de su atrevido asiento. Clara mostrábase con esto la voluntad de Dios; visto era el deseo de la Virgen benditísima. Nuestra Reina no quería, nó, volver á ser ciudadana; placíale infinitamente más ser desde entonces montañesa. Desde allí quería Ella velar sobre su pueblo catalán, que en mágico panorama ve derramarse á sus pies, desde donde, como con cinto de plata y oro, rodea el mar toda su pintoresca ribera, hasta el áspero cinturón de hierro con que la separan de la vecina nación los enriscados Pirineos. Aquí, en esta singular Montaña, que es como el corazón de Cataluña,

(1) *Montserrat*, lugar citado.



CRUZ DEL TÉRMINO



CHINESE LIBRARY

aquí quería morar perpetuamente la celestial Pastora; que ninguna provincia ó comarca podrá mirarla como exclusivamente suya con desdoro de las demás, porque no pertenece en rigor á ninguna la que está sobre todas á tal elevación, que más parece cernerse sobre ellas en la región de las nubes, que ocupar punto alguno de su suelo material.

Mil años ha que la Reina de los cielos ocupa esta Montaña, y mil años ha que de todos los pueblos del noble Principado, entre el fragor de nuestras luchas por la patria ó por la Religión, entre el sollozo que nos arrancan á menudo públicas y privadas calamidades, entre el regocijo de nuestras fiestas y el hervor continuo de nuestra laboriosa vida, sube sin cesar á este agreste palacio de flores, rocas y nubes la plegaria del buen catalán. No hay desde entonces casa alguna de nuestros campos ó poblados en que no se ostente en lugar privilegiado la imagen de Nuestra Señora de Montserrat. Su nombre ocupa las páginas todas de nuestra historia, y su devoción todos los corazones verdaderamente catalanes. Cataluña y Montserrat aparecen desde entonces identificados, desde Wifredo el Velloso hasta los héroes del Bruch, que por primera vez derrotaron á Napoleón al pie de esta Montaña de María.

He aquí por qué al llegar al sitio donde está edificada la actual iglesia, se hizo inmóvil esta Santa Imagen, viéndose precisados, contra su voluntad, á dejarla en esta misma Montaña donde había sido hallada. Es que la Virgen Jerosolimitana quería llamarse María de Montserrat; es que quería ser visitada en este lugar, y no en Manresa ó en otra parte alguna; es que quería ser la fiel Atalaya de Cataluña, y recibir desde este lugar de refugio los cultos y obsequios de sus estimados catalanes.

CAPÍTULO TERCERO

Descripción de la Santa Imagen.— Opinión de escritores ilustres sobre la misma.—Efectos que produce en los que la visitan.

I

Visto el hallazgo de la Santa Imagen, con la cual quiso su Original Soberano consagrar esta prodigiosa Montaña, que con supersticiosas aras había profanado la gentilidad (1), describiremos ahora el Sagrado Simulacro. Ya que dejamos á la santa imagen de María sentada en su Real trono de Montserrat, no será fuera de propósito que pasemos á contemplar y describir su hermosa y divinal figura. Muchos y grandes historiadores han tomado á su cargo esta santa y gustosísima ocupación para copiarla en sus obras, y lo han ejecutado con tan singular primor, que todo cuanto queremos copiar y decir en este párrafo, no vendrá á ser otra cosa que una imperfectísima descripción de tan gran Señora.

Dice el citado Serra y Postius (2): «De cuantas he visto, ninguna mueve más mi devoción, que la del principio del libro de los milagros de aquella taumaturga Señora; que como la hizo un Abad de su casa, dibujó bien sus facciones, pintándolas con estilo terso, pío y devotísimo. Esto juzgo que movió al abad Yepes á transcribir sus palabras cuando quiso tratar lo que yo emprendo, y venerando el ejemplar de autor tan grave, le imitaré á lo menos en este pensamiento.

«Pues el principio fundamental de esta santa Casa, dice el abad Fr. Pedro de Burgos, que es el autor de aquella historia, aunque calló su nombre, tuvo su origen de aquella Imagen Santa de Nuestra Señora, que milagrosamente se halló en la Cueva, y es ella la causa principal por quien la Reina del cielo y su gloriosísimo Hijo hacen aquí tantos milagros; para referir algunos, justa cosa será decir primero algo de la hermosura y gravedad de su rostro, y de la forma y lugar que tiene.

«Está, pues, la gloriosa Imagen en el retablo del altar mayor, en

(1) Yepes: *Crónica de San Benito*, tom. IV, fol. 222, col. 4.

(2) *Epítome* citado, cap. iv, pág. 44.



COPIA DEL ORIGINAL DE LA SANTA IMAGEN DE
NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT



COPIA DEL ORIGINAL DE LA SANTA IMAGEN DE
NUESTRA SEÑORA DE MONTECARMEL

un tabernáculo de curiosa y rica labor, más alto que el del Santísimo Sacramento. Es figura de una noble señora, de más que mediana edad; pero la hermosura de su rostro es admirable, y llena de consuelo, su gravedad inclina á reverencia; el color es moreno, y los ojos muy vivos y hermosos; tiene autoridad celestial, y mueve á veneración tan grande, que los monjes, á cuyo cargo está el vestirla, apenas osan levantar los ojos para mirarla. Tiene á su Santísimo Hijo, en la proporción de un niño de tres á cuatro meses, sentado sobre sus preciosas rodillas, y la bendita Imagen de Nuestra Señora le pone la mano izquierda sobre su hombro izquierdo, y saca la mano derecha por el costado derecho, tanto que el Niño pueda verla. Tiene abierta la palma hacia arriba, como si en ella tuviese alguna cosa. Las facciones y rostro del glorioso Niño Jesús son del color y reverencia de su Sagrada Madre, en cuya gloriosa Imagen ha sido Dios Nuestro Señor servido de poner una Majestad tan del cielo, que no hay persona de las que aquí vienen, que en entrando por la puerta de la iglesia no sienta mudanza y alteración notable, pareciéndoles que pisan otro mundo. Algunos hay, que habiendo estado muchos años obstinados en maldades sin confesarse, en llegando á verla, encogidos los ánimos se convierten y mudan, y con dolor y contrición grande de sus pecados los confiesan y hacen penitencia de ellos; y este es uno de los mayores y más continuados milagros que aquí se ven cada día.

«También los atribulados, y que por algunos desgraciados sucesos han llegado á punto de desesperarse, venidos aquí se consuelan y alivian; de manera que, olvidados de sus trabajos, cobran nuevos bríos santos, para sufrirlos de ahí adelante con mucha igualdad de ánimo. No les sucede menos bien á los que arraigados en las entrañas de la vanidad del mundo, menospreciadores de los Religiosos, muy sin propósito de serlo, en llegando á vista de esta gloriosa Imagen se convierten y hacen nuevos hombres, atropellando las grandezas y regalos de esta vida, y reciben el hábito con ejemplar devoción, haciéndose Siervos de Nuestro Redentor Jesucristo y de su gloriosa Madre; cuya Santa Imagen hace tantas y tan grandes maravillas, que lo más que se puede decir de ellas es encoger los hombros y estimarlas; ya que no como lo merecen las manos que las hacen, á lo menos como diera la flaqueza de nuestras fuerzas.» Hasta aquí la relación del abad D. Pedro de Burgos.

II

Mucho se ha dicho en lo referido, pero considero que no se dirá menos y se calificará más lo expresado con lo que vamos á decir, transcribiendo también las propias palabras de varones respetables en ciencia y virtud que visitaron esta portentosa Imagen. El valenciano Jaime Prades (1), dice: «Es la Imagen de Montserrat muy antigua, y á ninguna de la tierra inferior; antes, por la virtud de Dios, que se manifiesta en ella visible, y más evidentemente á todas ventaja.» Y algo más adelante, continúa diciendo: «Porque es ella admirable en su aspecto; y aun hoy día que tenemos los corazones llenos de su reveción, nos admira y espanta cuando la vemos.» Y el abad Yepes, dice: «Esta Sagrada Imagen es tan venerable, que pone espanto, y asombra á quien la mira.»

El P. Camós, hablando de ella, se expresa así (2): «Es su figura de una señora de mediana edad, con admirable hermosura en su rostro, y de tanta gravedad y consuelo, que inclina y mueve á reverencia á quien la mira, descubriendo una autoridad celestial en ella; de tal suerte, que los monjes que la visten, apenas se atreven á levantar los ojos para mirarla.»

El cronista de los Reinos de Aragón, el P. Roig y Jalpí (3), la describe de esta manera: «Es de rostro hermosísimo, grave, y tan majestuoso, que no sólo causa suma veneración á quien la mira, sino asimismo infunde un temor tan reverencial, que aun los Religiosos, á los cuales pertenece de oficio cuidar de su adorno y aliño, se acercan á ella temblando. De mí aseguro con toda verdad, que en tres ocasiones que he subido á su Camarín con devoción á besar su santísima mano, en todas fué tanto lo que temblaba, que nunca me atreví á mirar de hito á hito su divino rostro.

El P. Maestro Fr. Pablo de San Nicolás, cronista general de la Orden de San Jerónimo (4), dice: «Infunde reverencia y temor á quien la mira.» El P. José Fernández, de la Compañía de Jesús (5), se explica así: «En llegando á este sagrado templo, á vista de aquella Imagen Soberana, que en hermosura antigua ostenta majestad ad-

(1) Prades, lib. III, cap. ix, párr. 2.º, pág. 177.

(2) Camós: *Jardín de María*, pág. 284.

(3) Roig y Jalpí: *Historia de Manresa*, pág. 81.

(4) *Siglos Jeronimianos*, tom. XII, lib. VI, cap. LVII, fol. 473.

(5) *Vida del Ven. P. Pedro Claver*, pág. 27.

mirable y ocultamente infunde veneración y tierno amor al Divino Original.»

El Maestro Peñalosa (1), se expresa en los siguientes términos: «Es la Imagen de la mayor devoción del mundo, Casa angelical, Templo de las misericordias de Dios.» El obispo Palafox (2): «Es de invisibles gracias tan pródiga, que nadie deja de mejorarse en su presencia, encendiendo los corazones, y con oculta fuerza se los lleva.» El P. Francisco Ortiga, monje de esta Casa (3): «Son infinitos los que sólo mirando el rostro de la Santa Imagen se convierten, así herejes como malos cristianos.»

Otro monje de la misma Real Casa, el P. Fr. Lesmes Reventós (4), con la experiencia de cerca setenta años que estuvo en ella, dice así: «Apenas hay persona que aquí venga, que en entrando por la iglesia no se altere y mude de sí mismo. A unos les parece que todos se trastornan como atónitos, y se les erizan los cabellos, y les parece que entran en otro mundo nuevo. A otros de muy desconsolados y tristes, al arrodillarse delante de la Sagrada Imagen, súbitamente se consuelan y alegran, pareciéndoles que todos sus males son ya acabados. Y á otros, grandes pecadores, los vuelve aquella gran Reina tan otros, que no encuentran sosiego, ni pueden decir que viven, hasta haberse confesado.»

El P. Manuel Marcillo, jesuíta (5): «Es para alabar á Dios Nuestro Señor, considerar la conversión de otros pecadores desalmados que acuden á este Convento sin pensamiento de mudar sus vidas, y entrando en el sagrado templo se ven vueltos y trocados; porque Nuestra Señora los hiere con dardos arrojados de compunción, y les envía deseos fervorosos de enmendar sus costumbres. Esto no sucede una ó dos veces en Montserrat, sino innumerables.» «Y lo que es más, dice el abad Heredia, se han convertido muchos herejes ocultos, entrando en este Santuario... á vista de aquella Soberana Imagen, confesándolo ellos después.» El abad Crespo (6): «En número de rarísimas conversiones, excede á todas las Imágenes del universo.»

(1) *Excelencias del español*, excel. V, cap. XXI.

(2) Tomo IV. *Vida de Santa Margarita de la Cruz*.

(3) *Descripción de Montserrat*, M. S.

(4) *Historia de Montserrat*, M. S., pág. 39.

(5) En su *Crisi*., núm. 67.

(6) En su *Memorial*, pág. 44.

III

No es menor la mudanza que en sí experimentan personas de vida ajustada. Díganlo Pedro Antón Beuter (1), el obispo Guevara (2), y el emperador Carlos V. «Habiendo, dice el primero, visitado la Santa Casa de Loreto en la Marca de Ancona, y muchos lugares de devoción en Italia y Francia, y casi todos los de España, ninguno he hallado que tanta devoción traiga á los ánimos de los que allí se hallan, como éste. Y serme han testigos los que le hubieran visto como yo. Es cosa que no se puede decir, ni poner en escrito lo que sienten en sus corazones y almas los devotos que este lugar visitan.»

El segundo, dice así: «Acuérdome haber estado en Nuestra Señora de Loreto, de Guadalupe; de la Peña, en Francia; de la Hoz, en Segovia, y de Valvanera; las cuales Casas y Santuarios son todas de mucha devoción, oración y admiración. Mas para mi contento y condición, á Nuestra Señora de Montserrat hallo ser edificio de admiración, templo de oración y Casa de devoción. Digo de verdad, Padre Abad, que nunca me ví entre aquellos riscos ásperos, entre aquellos cerros bravos, y entre aquellos bosques ásperos, que no propusiera en mí de ser otro, que no me pesase del tiempo pasado, y que no aborreciese la libertad y amase la soledad. Nunca pasé por Montserrat, que luego no estuviese contrito, que no me confesase despacio, que no celebrase con lágrimas, que no velase allí una noche, que no diese algo á los pobres, que no tomase candelas benditas, y, sobre todo, que no me hartase de suspirar y propusiese de mi enmienda. ¡Oh, pluguiese á Dios del cielo, y á Nuestra Dona de Montserrat, que tal fuese yo en esta tierra, cual propuse ser en esta santa Casa!»

Del emperador Carlos V, refiere el obispo Sandoval (3), que hallándose en Montserrat, solía decir á sus Privados: «Las paredes de este Santuario están ahumadas (hablaba de la iglesia vieja), y siento de ellas tanta devoción y una cierta deidad, que no sé significar.»

No es, pues, extraño, que el P. Fr. Anselmo Forcada, monje que fué de esta misma Casa, en un momento de inspiración cantase las misericordias y larguezas de la Divina Señora, con los siguientes cadenciosos versos:

(1) Lib. II, pág. 13, fol. 73 y 74.

(2) *Epistolæ*, fol. *mihi* 671.

(3) *Historia de Carlos V*, tom. II, fol. *mihi* 671.

Esa Imagen Divina, ese portento,
Labrado en la oficina de la gloria,
Es el timbre mayor de mi convento.
De las obras de Dios, es la victoria:
Alada inteligencia, á par de viento,
La puso en este Monte, por memoria
Del bello Original; que si es morena,
Sombra será del Sol, de que anda llena.

CAPÍTULO CUARTO

Capilla en que fué colocada la Santa Imagen.—El obispo Gotmár construye una iglesia.—Lo que era la iglesia vieja.

I

Historiada la invención de la Santa Imagen y demás hechos prodigiosos que tuvieron lugar antes y después de su hallazgo, parece natural que nos ocupemos del lugar en que fué depositada, al dar la señal el cielo, de ser éste y no otro el punto destinado por la Divina Providencia para ser venerada la celestial Reina y Señora, y derramar sus gracias y misericordias sobre España, y de un modo particular sobre Cataluña.

Según tradición, en 880, entre otras capillas, existía en este sagrado Monte la de los ilustres hermanos y mártires cordobeses San Acisclo y Santa Victoria. Como quiera que esta capilla estaba edificada á muy pocos pasos de distancia del lugar en que la Santa Imagen se hizo inmóvil, escogiése este lugar para que en él quedase ella como en depósito, al menos interinamente. Al llegar á este punto se nos ocurre una dificultad, y es: ¿quién podría quedar encargado de su custodia? La respuesta sale por sí misma, sin necesidad de ningún esfuerzo.

En efecto, la misma tradición nos dice, como veremos en su lugar correspondiente, que en aquellos días vivía en esta Montaña el ermitaño Fr. Juan Garí. ¿Qué otro sujeto podía hallarse más á propósito para el cuidado de la Señora? Además, ¿no parece cosa muy racional

pensar y creer que en Monistrol, pueblo situado á la falda de la misma Montaña, habría algún sacerdote para atender á las necesidades espirituales de sus habitantes, y que de común acuerdo con el célebre penitente, y tal vez por mandato del propio Prelado diocesano, tendría á su cargo el culto y veneración de tan preciada joya? ¡Con qué gusto y satisfacción desempeñarían ese deber las personas destinadas á ejercer tan sagrado ministerio! ¿Duró mucho tiempo esta situación ó especie de interinidad? No es de creer. Duraría probablemente el tiempo que se necesitó para construir una nueva iglesia para colocar en ella la Virgen hallada.

No es de creer que una Imagen descubierta á fuerza de prodigios y milagros de que fueron testigos tantas personas, fuese olvidada tan fácilmente. Sería hacerle una injusticia al Obispo que la llevó en sus brazos y á quien Dios dió á conocer ser su voluntad que fuese venerada en la misma Montaña, suponer que la dejó en la capilla de los Santos Mártires, no pensando más en ella. Y los pastores y demás pueblo que vieron con sus propios ojos la Santa Imagen y las celestiales luces y oyeron aquellas angelicales melodías, ¿olvidarían en toda su vida portento tan singular? Al contrario, ¡qué plegarias, qué afectos de purísimo amor saldrían de sus pechos hacia tan prodigiosa y querida Madre!

II

Desde el momento que el dichoso obispo Gotmár conoció ser voluntad de Dios que la Santa Imagen fuese venerada en esta Montaña, dióse prisa á edificarle una capilla. ¡Con qué fervor y actividad trabajarían todos para dejarla concluída lo antes posible! Cuántas dificultades tendrían que vencerse en lugar tan áspero y escabroso! Sin embargo, llegó el día tan deseado por toda la comarca, en que se dió por terminado el palacio donde debía habitar la gran Reina. Es verdad que no existen documentos que lo acrediten, pero debemos juzgar, sin pecar de crédulos, que el traslado de la Santa Imagen á la nueva capilla se verificaría pronto y con gran solemnidad, asistiendo numeroso concurso de fieles. Aquí debió dar principio la devoción á Nuestra Señora de Montserrat, y su continua y constante propagación. Desde esta fecha aparece regularizado el culto y empieza á ser conocida con el nombre de Madona ó Nuestra Señora de Montserrat la Imagen allí venerada. Por este tiempo fundaba el esclarecido Wifredo el Monasterio de Santa María de Ripoll, marcando con esta fun-

dación la primera etapa de la reconquista cristiana de Cataluña, destinando para su enterramiento y de su familia aquel soberbio monumento, que venía á ser como el Escorial catalán, en mal hora devastado mil años después por el vandalismo revolucionario, y dejando allí por primer abad á su hijo Rodolfo, como de la fundación Montserratina fué abadesa su hija Riquilda, según diremos luego; y para proveer á la sustentación de sus moradores, como al esplendor del culto de Dios y de su Santísima Madre, hacía donación á ambos Monasterios de pingües heredades ganadas con su espada á los moros invasores; bien que sujetando el de Montserrat á la jurisdicción del de Ripoll, que por pertenecer á igual Orden y ser de varones y contar alguna mayor antigüedad, merecía esta preferencia y señorío.

III

Es común opinión que esta pequeña iglesia fué construída muy cerca del lugar en que se hizo inmóvil la Santa Imagen, y que pronto empezó á propagarse su devoción, de tal modo, que ya no eran simples familias las que visitaban esta sagrada Montaña, sino que los pueblos vecinos se disputaban el deseo de acudir á ella en devotas romerías. Este templo era de formas sencillas y de una sola nave bastante reducida; mas á proporción que el número de peregrinos iba en aumento, fué preciso ensancharla y darle mayor capacidad. En 1537, el abad D. Miguel Pedroche concluyó dos naves laterales, que fueron añadidas á la primitiva, como lo prueban aún las dos puertas laterales de poco gusto que existen en la pared de la fachada, única pieza que se conserva del templo antiguo, tan venerado y visitado. Este mismo Abad hizo construir y pintar un rico altar mayor, que fué consagrado por el Ilmo. Fr. Francisco María, obispo de Fez, en 16 Septiembre de 1537, para cuyo adorno dió una crecida limosna la esposa del emperador Carlos V.

En 1476 firmóse escritura de contrata para levantar el claustro gótico, del cual existe aún una parte, en que se halla hoy la tienda de medallas. Este claustro se hizo adosado á la puerta de entrada de la iglesia, para facilitar un desahogo á la gente que no cabía en ella. Fué habilitado para oír las confesiones de los fieles, y en él se colocaron todos los confesonarios. Esta iglesia se hallaba siempre llena de romeros; y á excepción de las horas del rezo de los monjes, no cesaba un momento el devoto rumor, porque mientras los unos rezaban, cantaban otros, preparándose para confesarse los demás. Ardían con-

tinuamente multitud de lámparas que colgaban del techo y centenares de cirios que ofrecían los peregrinos, de suerte que las paredes estaban ennegrecidas del densísimo humo que despedían tantas luces. El claustro estaba lleno de ofrendas y exvotos, y pendía de su artesonado, entre otros objetos de devoción, la célebre lámpara del Rey moro que regaló D. Juan de Austria al volver de la batalla naval de Lepanto, en que obtuvo completa victoria por intercesión de la Virgen María.

Entrando en la iglesia por el claustro, á la derecha, había un cuadro antiguo de Nuestra Señora, y en su presencia San Pedro Nolasco arrodillado en actitud de orar. Un poco más adelante estaba el sepulcro del obispo Tocco, visitador apostólico de este Monasterio. Casi en frente de esta sepultura, á la izquierda, había otro cuadro de la Virgen y San Ignacio de Loyola. Al lado de este cuadro se hallaba un gran mausóleo de precioso alabastro, donde yacía D. Bernardo de Vilamari, noble catalán, almirante de Nápoles, conde de Capacho en Italia, señor de muchas villas y lugares en Cataluña, general y almirante en mar y tierra. A más de esto, había veintidós sepulcros de varones ilustres, con sus escudos de armas.

Esta antigua iglesia fué visitada por muchos reyes y príncipes, nobleza y devotos de toda España y naciones extranjeras. Ahí vinieron muchos Santos á implorar las misericordias de María. Ahí fué donde se convirtieron tantos pecadores y se obraron tantos milagros. Este fué el lugar donde estuvo por espacio de setecientos diecinueve años la gloriosa Imagen.

Mas llegó el día en que el templo era demasiado reducido para contener tanta multitud de fieles, que continuamente y sin cesar afluían á esta santa Montaña para pedir y dar gracias á la Santísima Virgen. Estaba ya concluído el nuevo y grandioso templo que se le acababa de erigir. Existía una dificultad para realizar su traslado, y el rey D. Felipe III cuidó de solventarla. Los monjes antiguos se habían comprometido á nunca sacar la Imagen del templo viejo, obligándose, bajo censuras que señaló el Obispo de Vich. El Nuncio de Su Santidad levantó este voto y sus penas á ruegos del Rey, y el domingo, 11 de Julio de 1599, tuvo lugar el traslado con pompa verdaderamente regia.

Aunque todos los actos del culto se efectuaron en el templo nuevo desde el día del traslado de la Santa Imagen, conservóse abierta la iglesia antigua, en cuyo altar mayor se colocó otra imagen de Nuestra Señora; y el público continuó visitándola con la misma devoción de siempre, hasta que con motivo de construirse el nuevo claustro, exis-

tente hoy día, á 20 de Octubre de 1794, fué derribada, desapareciendo para siempre un monumento, que si no lo era como obra de arte, lo era por su mucha antigüedad y por los grandes prodigios que en él se habían obrado. Sólo se conserva como memoria el lienzo de pared del frontispicio con su primitivo portal bizantino y los dos que le fueron después añadidos; y una lápida en una de las primeras pilastras del nuevo atrio, que se cree ser el lugar que ocupaba la Santa Imagen en su antiguo altar, con la siguiente inscripción: *Philippo tertio, Hispaniarum Rege Catholico presente, Deipare Virginis Imago hinc in templum novum translata fuit. V idus Julii anno MDXCIX, cum hic septingentis undecim annis miraculis claruisset.*

CAPÍTULO QUINTO

Vienen monjas Benitas á Montserrat.—Riquilda, primera abadesa, y protección de su padre el conde Wifredo.—Regreso de las mismas á su primitivo Convento de Barcelona.

I

Que el conde Wifredo, llamado el Velloso, fuese como el fundador de la iglesia de Montserrat, y que estableciese el primer culto en ella por medio de las Religiosas Benitas que sacó del Monasterio de San Pedro de las Puellas de Barcelona, poniendo á su hija Riquilda por primera abadesa, lo afirman casi todos los escritores, así naturales como extranjeros (1). Sólo el arzobispo Marca, en su disertación de Montserrat, después de haber referido el suceso de Fr. Juan Garí, supone que ningún Conde de Barcelona había hecho donación alguna al Monasterio de Montserrat, cuando, según Serra y Postius (2), antes constaba en los libros antiguos de los bienhechores, conservados en este Archivo, que las hicieron el mismo conde Wifredo el Velloso y los condes Suñer y Borrell.

(1) Luis Moreri, Tomás Corneille, Bruzen de la Martinière, Cristóbal Vives, D. Pedro Ciria, Méndez Silva, Yepes, Heredia, Burgos, Argaiz, Reventós, Ortega, Brenach, Marieta, Garibay, Villegas, Beuter, Jordán, Sitayolo, Prades, Doménech, Pujades, Manescal, Monfar, Camós, y Marcillo.

(2) *Epítome* citado, cap. x, pág. 68.

Dificulta la expresada residencia de aquellas Religiosas en Montserrat, fundándolo en dos razones. Primeramente, por no hallarse memoria antigua que acredite esta noticia. En segundo lugar, por el retiro y aspereza del sitio para Monasterio de monjas. En uno y otro padeció equivocación este autor. En lo primero, por expresarlo el citado antiguo pergamino y verse pintado en un antiguo retablo hecho en 1239. En cuanto á lo segundo, por hallarse en aquellos mismos tiempos Monasterios de monjas en lugares igualmente montuosos, separados y desiertos; de suerte que el Sagrado Concilio de Trento dispuso que los Monasterios de monjas que estaban en soledades, fuesen trasladados á poblado, para evitar todo peligro; de lo que claramente se infiere, que en los desiertos los había. Podríamos traer muchos ejemplos de los que existían sólo en Cataluña, como en las montañas de Santa María de Meyá, en el Condado de Ampurias y en Montroig; pero prescindiremos de ello por considerarlo de ninguna necesidad.

Por lo que parece, fué sólo antojo de Marca negar la existencia de Religiosas en Montserrat, como lo fué también el tener por fábula el antiguo Monasterio de San Juan de las Abadesas, cuando acreditan esta verdad, no sólo muchos instrumentos de los antiguos Condes de Barcelona, y entre ellos la entrega que el conde Wifredo el Velloso y su mujer la condesa Guinidilda hicieron al Monasterio de su hija Emone, que después fué abadesa del mismo Convento, sino también las Bulas Apostólicas, la subrogación de los Canónigos regulares en lugar de las Religiosas, y la decisión á favor de éstos y contra aquéllas (1).

Cuándo empezó el citado culto prestado por las referidas Religiosas, no puede señalarse á punto fijo; pero casi todos los autores que han escrito sobre Montserrat opinan que fué por los años de 895, poco después del nacimiento del conde Mirón, como resulta del hecho de Fr. Juan Garí. Este Conde nació en 894.

II

En un libro que existe en este Archivo, escrito en pergamino (2), se leen estas palabras: «Año ochocientos ochenta y ocho, el serenísimo Sr. D. Wifredo Pelós, conde de Barcelona, después de haber edificado este Convento de Montserrat, y tomado muy por su cuenta

(1) Véase Ribera, en su *Milicia Mercenaria*, Reflexión V, fol. 611, n.º 32 y 33.

(2) *Catálogo de los Bienhechores*, en pergamino, que comienza en el año 888, fol. 2.



FIGURA PRIMERA ANTES DE MONTAR



RIQUILDA, PRIMERA ABADESA DE MONTSERRAT

la protección y amparo del mismo, como siempre lo hizo su ilustre Casa y familia, movido á mayor devoción por los muchos milagros que esta Reina hacía, y por la vida ejemplar de la señora Abadesa, su hija, y demás Religiosas, hizo donación para siempre á este Convento, y por él á Rodolfo su hijo, monje del Convento de Ripoll (para quien y para su sepultura edificaba aquel insigne Monasterio), de la mayor parte de esta Montaña, lugar y término de Monistrol, con las iglesias que había en lo alto y bajo de ella, es á saber, este Convento, San Acisclo, San Pedro y San Martín, con la directa y alodial señoría y jurisdicción civil plena, quedando este Convento en virtud de esta donación sujeto al Monasterio de Ripoll, hasta el año 1410, que la Santidad de Benedicto XIII lo erigió en Abadía.» Este relato supone que el año 888 ya estaba instalada la Comunidad de monjas, y que el Monasterio se edificó antes de este año, y que en el intermedio del 880 al 888 se levantó la capilla primitiva, y tuvo lugar la historia del hallazgo de Riquilda, asesinada por Juan Garí.

Otro libro de notas que también se conserva en el Archivo, dice que esto aconteció en el año 887 (1). Sea como fuere, es bien cierto que el conde Wifredo, por afecto de paternal cariño hacia su hija hallada con vida, tomó á pecho y dió regio impulso á la fábrica del Monasterio, que edificó junto á la capilla de la Santa Imagen levantada por el obispo Gotmár, y que Riquilda fué su primera abadesa. Es de creer que desde que esas Religiosas tomaron posesión de este Convento, quedó regularizado el culto diario, celebrándose en el mismo el santo sacrificio de la Misa; y que desde esta fecha empezaron los fieles á subir esta escabrosa Montaña, para visitar la morenita Señora é implorar su gracia y protección; siendo muy probable que de aquí traigan origen las devotas romerías, que tan célebres se han hecho en este antiguo Santuario (2).

Mas aquellos tiempos no eran del todo normales, antes muy malos é inseguros por razón de los infieles que dominaban en casi toda la España. Wifredo comprendió sin duda el peligro en que quedarían aquellas buenas esposas del Señor, si las dejaba abandonadas á sus pobres y escasos recursos. Así es que resolvió rodear el Monasterio y capilla de gruesas murallas, de una elevación correspondiente á la estra-

(1) El Papa Sergio III confirmó esta donación, á petición del conde Wifredo, á favor de su hija en 905.

(2) A 14 de Marzo de 928 el Conde de Urgel, hermano del conde Suñer de Barcelona, regaló á su hermana Riquilda, abadesa de Montserrat, la Cuadra de Vilamalichs; y á 25 de Febrero del año siguiente el Obispo de Vich le regaló también la décima y demás derechos que tenía sobre la misma Cuadra.

tegia propia de aquel tiempo, levantando torres á cierta distancia unas de otras, que sirviesen para defensa y para vigilancia. Estos muros empezaban en la plazuela de San Acisclo, seguían por lo que hoy es huerta de arriba, y cogiendo el Monasterio y capilla, cerraban muy cerca del edificio que sirve de fonda: de todo lo cual se ven aún señales muy claras y evidentes. Antes de construirse la hospedería de San José, existía una de estas primitivas torres, que se derribó para poder utilizarse mejor el local. De modo que estas precauciones, no sólo resultaron para mayor seguridad de aquellas santas mujeres consagradas al servicio del Señor, sino para particular beneficio de los romeros que venían á visitar á la Santa Imagen.

III

Dé la misma manera que los escritores están contestes en que los primeros que dieron y uniformaron el culto de nuestra Santa Imagen fueron Religiosas salidas del Convento de San Pedro de las Puellas de Barcelona, del Orden de Nuestro Padre San Benito, así también aseguran que antes de un siglo abandonaron esta Montaña y regresaron al Convento de donde habían salido. Tal vez lo inseguro del tiempo y el lugar sobrado solitario en que vivían fué la causa de abandonar este Monte. Dios había dispuesto que estas santas mujeres, retiradas del mundo y entregadas á la vida del claustro, fueran las que formaran la primera corte monástica de nuestra Santa Imagen; la primera Comunidad encargada de su servicio; la guarda mística puesta para su custodia y defensa, y que una angelical doncella, degollada por un extraviado y después arrepentido anacoreta, fuese su primera Abadesa en el mismo sitio en que se desarrolló esta misteriosa tragedia, porque misterioso es todo lo que acontece en nuestro célebre y devoto Santuario.

El Señor en sus inescrutables designios dispuso que estas señoras no permaneciesen siempre al lado de nuestra Santa Imagen: estaba satisfecho de ellas, y quería que no fuesen monjas, sino Religiosos de la misma Orden sus inmediatos sucesores. Hallamos en un libro de notas de este Convento, que á 27 de Mayo de 986 salieron de Montserrat, pasando á ocupar de nuevo su primitivo Convento de San Pedro de las Puellas. ¿Sería tal vez porque habiendo muerto Riquilda, habían cumplido ya su misión? ¿O quizás porque el concurso de fieles iba aumentando de un modo prodigioso, y no parecía prudente que personas de aquel sexo, aunque consagradas á Dios, tuviesen que

cuidar del albergue de peregrinos de todas clases y condiciones, sin poder exclusivamente dedicarse, como debían, al cumplimiento de sus deberes, ó sea á lo que prescribe la santa Regla? Además de estas consideraciones, nada despreciables por cierto, antes muy fundadas en razón, también podría haber contribuído bastante á la salida de dichas Religiosas el temor de alguna irrupción por parte de los moros, que no dejaban de hacer correrías, por más que su dominación fué muy efímera en Cataluña. De todos modos, para nosotros es cosa fuera de toda duda que han existido monjas Benedictinas en Montserrat, y que su primera abadesa se llamó Riquilda, hija de Wifredo, conde de Barcelona, asesinada por el ermitaño Juan Garí, la cual fué hallada viva en su sepultura por intercesión de María, Madre de Dios.

CAPÍTULO SEXTO

Si Montserrat fué Santuario antes de la Era cristiana.— Venida de Quírico, discípulo del glorioso Padre San Benito y primer monje benedictino de Montserrat.— Posesión definitiva de los monjes de Ripoll.

I

Casi todos los que han escrito sobre este Santuario afirman que Montserrat ha sido en todos tiempos Montaña religiosa. Cuál haya sido su primera forma de culto y cuál su extensión, ni parece cosa cierta, ni es fácil declararlo con pruebas positivas. A nadie debe parecer extraño que se carezca de noticias ciertas tratándose de tiempos tan remotos, después de tantas guerras, robos é incendios que, como es sabido, ha sufrido nuestra rica España, que por serlo fué objeto de la bárbara rapacidad extranjera. Consultando las más antiguas tradiciones, procurando esclarecer á favor de ellas lo que apenas se vislumbra en los más lejanos horizontes de la historia, viénese á esta conclusión, que llega á adquirir las condiciones poco menos que de absoluta é incontestable, como afirma el Dr. Sardá (1). «Montserrat ha sido en todos tiempos Montaña religiosa.» Parece que para tan

(1) *Montserrat*, ya citado.

sublime destino la crió Dios, y le hizo lugar de tantas y tan raras maravillas de naturaleza y gracia como le han dado renombre universal.

Cuando aun no alumbraban al mundo los resplandores de la fe cristiana, el mismo gentilismo conoció que sitio tan privilegiado sólo podía dignamente consagrarse al culto de la Divinidad. Así que en su ceguedad los infieles paganos levantaron entre las rocas de Montserrat un templo á los ídolos, y la tradición señala el lugar donde se ve hoy la ermita de San Miguel, como antiguo emplazamiento de un altar dedicado á Venus. El oratorio dedicado al Arcángel, Príncipe de la milicia celestial, substituyó en el siglo III de nuestra Era la de aquel inmundo simulacro, y desde entonces reina en él el Cristianismo sin competidor.

La fama del heroísmo con que los hermanos Acisclo y Victoria dieron su vida por Cristo en Córdoba, á principios del siglo IV, se derramó por toda España, y desde entonces fueron muchísimos los sitios de devoción dedicados al culto y piadosa memoria de los invictos jóvenes cordobeses. Montserrat vió alzarse en una de sus laderas una ermita á dichos Mártires. Aun la contempla hoy en pie la curiosidad del peregrino, ostentando en sus formas arquitectónicas el sello de la antigüedad más remota.

Mucho tiempo tardó, sin embargo, en purificarse esta Montaña de las inmundicias de la diosa Venus, y no es de extrañar. Si por cuarenta días que estuvieron los hebreos esperando á Moisés al pie del monte Sinaí, cayeron impacientes en idolatrar el becerro; y si por sus murmuraciones de Dios los tuvo Este cuarenta años en el desierto, hasta que sus cadáveres quedaron consumidos y deshechos, ¿qué mucho que tardase á purificarse Montserrat de tantas maldades como se habían cometido en él en honor de una fingida deidad, habiendo de suceder la pureza de María á la deshonestidad de una impura Venus?

Entre tanto fuéronse acabando las encarnizadas guerras, que á fuego y sangre hicieron á la Iglesia los emperadores gentiles, con la muerte de los fieros Diocleciano y Maximiano, como había vaticinado la virgen Santa Lucía en el acto de su martirio.

II

Llegó el año 523, y habiendo tomado San Benito, por medio de sus hijos, posesión de los reinos de Castilla, Aragón y Portugal, faltaba tomarla de este Principado de Cataluña. Y aunque habían venido Esteban y otros dos discípulos de nuestro Santo Patriarca á Gerona

por el año de 533, es de creer que su viaje sólo tuvo por objeto visitar el cuerpo de San Narciso, mártir y obispo de dicha ciudad, porque no consta que hiciesen ninguna fundación. Vendrían sólo en peregrinación, según se desprende de lo que dice el Cronicón gerundense: *Hoc anno, qui sextus est ætatis meæ, veniunt Gerundæ Stephanus, et alii duo Monachi Sancti Patris nostri Benedicti in Italia visitare corpus sanctissimi Episcopi et Martyris Narcisi, et alias innumerabilem Sanctorum Martyrum exuvias, quæ in Ecclesiæ Beatæ Mariæ Angelorum hujus urbis cum magna veneratione servantur.*

La fecha más probable y casi cierta en que tomaron posesión de este Principado los primeros Benedictinos, puede fijarse en el año 542, porque entonces vinieron, según el mismo autor, el monje Juan y otros cinco discípulos del Santo Patriarca, y fundaron tres Conventos, que fueron los primeros del Principado, uno en la ciudad de Gerona, dedicado á Nuestra Señora; otro en Barcelona, dedicado á Santa Catalina; y el tercero en Tarragona, dedicado á Santa Tecla. A uno de estos cinco discípulos de San Benito, llamado Quírico, se debe el haber tomado posesión de esta Montaña, según Argaiz (1). El cual habiendo visitado este sitio, del que tuvo noticia, y gustándole por su gran soledad, que le representaba la de Monte-Casino, de cuyo lugar su Maestro había también echado al demonio, y quemado el bosque de Venus, destruyendo el altar y ara del templo de Apolo, y levantando aquel seminario de Santos, sintióse revestido del mismo espíritu de santidad que San Benito para imitar sus virtudes; y en el sitio donde estaban y se veían las ruínas del templo de la inmunda Venus, dió principio al Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat, para que allí donde abundó la malicia del pecado abundase también la gracia.

Esta relación nos la dejó escrita Liberato, monje gerundense, contemporáneo de Quírico, que pudo conocerle y tratarle personalmente, en su Cronicón en el año 546, por estas palabras vertidas en lengua española: «El templo de Venus, en Montserrat, es reparado este año por los cristianos y dedicado á la Virgen. En él fué puesta una Imagen suya de piedra, de admirable hermosura... Esta casa se entregó á los monjes siendo abad suyo Quírico, que en varias partes de España edificó muchos Conventos bajo el nombre y título de la Virgen María.»

El punto de la Montaña que escogió el monje Quírico para levantar el Monasterio, es imposible señalarlo con certeza; pero todos los autores que tratan esta materia convienen en que fué el lugar llama-

(1) Argaiz: *Perla de Cataluña*, cap. III, pág. 10.

do hoy Monistrol, derivado del primitivo nombre Monasteriolum, ó pequeño Monasterio, cuyo pueblo es regular que no existía aún en aquellos días, y si tan sólo algunas casas diseminadas. Pruébese que este primer Monasterio edificado por Quirico fué en este lugar, y que dió nombre al pueblo de Monistrol, derivándolo de la voz latina *Monasteriolum*, por una antigua escritura que existía antes del incendio en este Archivo, que hacía referencia á cierta venta que hizo una tal D.^a Druda con su hijo Ansiulfo, que eran señores del Castillo Marro, á la persona de D. Cesario, arzobispo de Tarragona, sobrino suyo, otorgada en el año 942, donde señalando las confrontaciones de dicho Castillo, dice: *Et transit per ipsas roccas, quæ sunt super ipsum locum, qui dicitur Monasteriol.*

Esto supuesto, no será extraño suponer que desde luego empezaría á poblarse de monjes este Monasterio, y á ejercitarse ellos en la vida espiritual con gran perfección; y que estando aquí monjes Cenobitas, quedaría toda la Montaña en disposición de recibir á cuantos seglares desearan hacer vida de anacoretas, vacando á la oración y contemplación. ¡Ah! ¡cuántos y cuán grandes varones florecerían entre las rocas solitarias de esta nueva Tebaida, que el tiempo nos ha occultado y la posteridad no nos ha transmitido!

III

Casi todos los historiadores dan por cierto, que inmediatamente después de la traslación de las monjas al Convento de San Pedro de las Puellas, vinieron á ocupar su lugar, por disposición del mismo conde Borrell, los monjes del Real Monasterio de Santa María de Ripoll, de cuya jurisdicción fué esta iglesia de Montserrat, según la donación de Wifredo II, conde de Barcelona, al Monasterio de Ripoll en 888, como afirma el cronista Serra y Postius (1).

El monje que, como Superior, comenzó á gobernar esta iglesia y presidió en el Monasterio compuesto de doce monjes, según el arzobispo Marca (2), se llamaba Prior, en señal de que la iglesia y Monasterio era obediencial y dependiente de la iglesia de Ripoll, según la práctica del siglo IX; y por esta causa eran inferiores, anexos y dependientes de Monasterios superiores, que se llamaban Monasteriola y Células, como pequeñas Abadías que regían los Priors, nombra-

(1) *Eptome histórico* citado, cap. XII, pág. 76.

(2) Marca: *Dissertat. de Montserrat*, n.º 7.

dos por el Abad del Monasterio superior. El Maestro Argaiz (1), insinúa ser tradición del Condado de Ribagorza, que los monjes que substituyeron á las monjas de Montserrat vinieron del Monasterio de Santa María de Linares; pero esta especie no parece tener bastante apoyo contra la universal opinión de los autores, memorias, documentos antiguos y constante tradición de Ripoll y Montserrat, mayormente siendo cosa muy inverosímil lo que supone aquel autor, de que el Santuario y demás iglesias de esta Montaña estuviesen exentas de Ripoll; toda vez que del instrumento que cita en el capítulo segundo, párrafo XIV, sólo consta que la condesa Riquilda dió á Cesario, abad de Santa Cecilia, el alodio y señorío de dicho Monasterio, desmembrándole del de Ripoll, pero no las demás iglesias; y lo manifiesta evidentemente el decreto del conde Berenguer Borrell, del año 1022, que antes existía en esta biblioteca.

Dice Argaiz que los monjes de San Benito entraron en este Santuario el año 987. Nosotros, en la imposibilidad de aducir documentos que lo confirmen, sólo diremos, que habiendo sido el fundador del Monasterio de Ripoll Wifredo el Velloso en 888, y el conde Borrell quien dispuso la traslación de las monjas de Montserrat á Barcelona, dependientes como eran del de Santa María de Ripoll, puede muy bien suponerse, sin temor de que sea calificado de irracional semejante suposición, que apenas hubieron salido las monjas, entraron á ocupar su lugar los monjes; pues no puede creerse que la devoción que se iniciaba en este lugar santo fuese desatendida y abandonada. Por tanto, no fué el año 987, como dice el P. Argaiz, sino el de 976, poco más ó menos, la verdadera fecha de la instalación de los monjes de Ripoll en este Monasterio de Montserrat.

Realmente en aquellos azarosos tiempos y en medio de las asperezas de esta soledad, hacíase indispensable tal mudanza, y lo demandaba también la cada día mayor concurrencia de los pueblos á los pies de la venerada Imagen. No podían las Religiosas atender, como los monjes sacerdotes, á las múltiples necesidades del culto, del ministerio del altar, de los Sacramentos y de la hospitalidad, que ya desde entonces se empezó á dar franca y generosa á todos los peregrinos por espacio de tres días. Por esto fué grande el impulso que recibió el culto de la Madre de Dios, y mucho hubo de acrecentarse su importancia con los nuevos habitantes que el cielo deparaba á la residencia de su Reina y Señora. ¿Y quiénes mejor que ellos, los monjes Benitos, podían engrandecer y embellecer este agreste lugar, ellos que

(1) Argaiz, cap. xii, n.º 2.

en las principales regiones de Europa habían sido los primeros en desmontar los terrenos incultos, desecar los pantanos y lagunas, que habían echado puentes á los ríos, y dado asilo bajo las bóvedas de sus viejos claustros á todos los elementos de aquella civilización que allí se refugiaba espantada por los horrores de la barbarie? «¿Quiénes mejor que los Benedictinos podían hacer de Montserrat, dice el Dr. Sardá (1), lo que le vieron llegar á ser los siglos posteriores, hasta el malhadado actual, en que la invasión de los jacobinos franceses por un lado, y por otro el salvajismo de los jacobinos españoles, han convertido en triste montón de ruínas aquel encantado palacio de nuestra Patrona? Y si hoy vuelve á levantarse de sus ruínas espléndido y majestuoso este viejo archivo de nuestras glorias, ¿no es cierto que á nadie se deberá con mayor justicia que á esos laboriosos hijos de San Benito, que en medio de la agitación é inseguridad presentes nos guardan y embellecen cada día más tan rica como preciosa joya?»

CAPÍTULO SÉPTIMO

Antigüedad de la Cofradía de Nuestra Señora de Montserrat. Solemne institución de la misma.—Largueza de los Sumos Pontífices en conceder indulgencias.

I

Debiendo discurrir sobre asuntos que se remontan á tiempos tan antiguos, y hallándose sin documentos justificativos para consultar, ya se hará cargo el lector de las dificultades en que nos encontramos á cada momento. El capítulo que vamos á tratar, ofrece ya desde luego la presente: ¿En qué año se fundó la célebre Cofradía de Nuestra Señora de Montserrat? Es de advertir, que en materia de fechas, hallamos discordancia muy notable entre los autores. De ahí que antes de historiar los muchos é innumerables privilegios é indulgencias de

(1) Sardá: *Montserrat. Noticias históricas de este célebre Santuario*, cap. III, pág. 31.

esta tan antigua Cofradía, hemos creído conveniente fijar la verdadera fecha de su fundación en cuanto nos sea posible.

Casi todos los autores la ponen en el año 1200; mas un libro M. S. en pergamino de tamaño folio mayor, que ha podido conservarse después del incendio y devastación de este Santuario, del que se hace mucho caso, y con razón (1), la pone en 1223, fecha que desde luego aseguramos estar equivocada. El párrafo que habla de este asunto, y que luego transcribiremos, dice que á esta fundación asistieron el Arzobispo de Tarragona y el Abad de Ripoll. Consta de un modo incontrovertible que el primero fué D. Raimundo de Rocaberti, que empezó su arzobispado en 1199, y acabó en 1214 (2); y el abad de Ripoll se llamaba D. Raimundo de Berga, que lo fué desde 1172 hasta 1205, según Villanueva (3). Malamente podían asistir á este acto los citados personajes, cuando ya no existían ejerciendo sus cargos en el año 1223. Argumento es éste que cierra de golpe la puerta á toda duda y que no admite mayor discusión.

Por tanto, lo más natural y convincente será poner la data en el año 1200, conforme lo acreditan casi todos los que escribiendo sobre Montserrat, han tocado, aunque de paso, este punto. Lo que no será tan fácil averiguar, es el día en que fué dicha institución. Los autores se contentan de ordinario con escribir el año á secas, sin preocuparse poco ni mucho del día y mes. Sin embargo, podemos asegurar haberlo visto consignado, aunque en una nota que no parece del todo fehaciente, en otro libro en pergamino y folio mayor, por nombre Encarnado, que señala por fecha el 23 de Julio de 1200 (4).

II

Una vez comprobada la fecha más probable de la fundación de la Cofradía de Nuestra Señora de Montserrat, procede tratar ahora de su solemnísimá y canónica institución. Creemos de gran importancia y oportunidad copiar al pie de la letra la relación citada del libro de los Bienhechores. Dice así: «En este mismo año (1223, que debe ser el de 1200), la serenísima Sra. D.^a Eleonor, reina de Aragón, mujer

(1) *Catálogo de los Bienhechores de Montserrat*, sacado de los originales del Archivo, 1637, pág. 6, escrito por el P. Fr. Anselmo de San Benito.

(2) Villanueva, tomo XIX, pág. 173.

(3) Villanueva, tomo VIII, pág. 13.

(4) Este libro no tiene foliación, ni es completo, y tiene varias quemaduras en sus extremos.

del sobredicho rey D. Jaime, imitando la mucha devoción del serenísimo Rey su marido, queriendo levantar bandera en nombre desta Reyna del cielo, y avasallar los ánimos de los fieles á la piadosa milicia y culto de su Santa Imagen; con los ilustrísimos y reverendísimos señores Arzobispo de Tarragona, Obispo de Vique, y el señor Abad de Ripoll, instituyó la Cofradía desta Reyna del cielo, escribiéndose en ella la primera, y después los sobredichos señores Arzobispo de Tarragona, Obispo de Vique y Abad de Ripoll; concediendo el señor Arzobispo á los cofrades que por tiempo fuesen, cuarenta días de indulgencia el día de su entrada, y el señor Obispo, treinta, y hasta el día de hoy han concedido á los dichos cofrades los Sumos Pontífices tantas indulgencias y gracias que, exceptuados los lacticios y la absolución de los casos de la Bula *in Cena Domini*, son tantas como las de la Cruzada.» Hasta aquí lo único que ha quedado de esta fundación después de los trastornos y vicisitudes pasadas; de lo que se desprende la solemnidad é importancia de que fué revestida de una parte, y de otra su antigüedad, pues difícilmente se hallará otra que cuente tantos siglos.

Pronto obtuvo esta devoción prodigioso desarrollo. A ejemplo de la piadosísima Reina, se inscribieron por cofrades de dicha Cofradía varios Sumos Pontífices, cardenales, nuncios, arzobispos, obispos y muchos otros prelados. Lo mismo hicieron emperadores, emperatrices, reyes y reinas, príncipes de sangre real y otros príncipes y duques de diferentes países; almirantes y generales; marqueses, condes y nobles caballeros que fueron sin número, conforme antes constaba en sus respectivos libros. Muchos de estos soberanos escribieron sus nombres con sus propias manos, otros por sus secretarios, y algunos por sus embajadores enviados directamente á este Santuario, ya para suplicar y pedir mercedes á Nuestra Señora, ya para darle gracias de favores recibidos, ya también para ofrecerla regalos de lámparas, joyas y otras preciosidades.

En el referido libro encarnado hallamos, que á 10 de Junio de 1415 fué confirmada y ratificada esta Cofradía. El abad que fué D. Marcos de Villalba, en presencia de gran concurso de fieles que se hallaba á la sazón presente en Montserrat, convocó á son de campana toda su respetable Comunidad, compuesta de doce monjes, doce sacerdotes, doce donados y doce ermitaños, y juntos ratificaron y confirmaron los Estatutos de dicha Cofradía, disponiendo que de allí en adelante se pagasen siete sueldos de entrada y otros siete al morir el cofrade; y que se diesen siete dineros cada año, en dinero ó en especie, como cera, aceite, ropa, etc. El Convento por su parte ofreció celebrar un aniversario

al ocurrir la muerte de algún cofrade, y una Misa semanal cada uno de los monjes. Los donados y ermitaños debían rezar el salmo *Miserere*.

Hallamos en el mismo libro, que á 16 de las calendas de Diciembre (16 Noviembre) de 1453, el abad D. Pedro Antonio Ferrer ratificó y confirmó de nuevo la Cofradía de Nuestra Señora, siendo en número indecible los que subscribieron á ella. Basta decir, que ya no eran personas ó individuos en particular los que ponían sus nombres en el libro de la Cofradía, sino que eran pueblos en masa los que tenían á honra y gloria el ser cofrades de Nuestra Señora de Montserrat. En nuestros días, por la misericordia de Dios, aun se conserva y propaga esta devoción. Pocas serán las personas que visitan con devoción este Santuario, sin que inscriban sus nombres y tomen la respectiva Cédula de cofrade de la Santísima Virgen de Montserrat.

III

A tanta piedad y devoción de la más alta y distinguida nobleza, que difícilmente se hallará otra mayor ni igual, supieron corresponder con mano pródiga los Sumos Pontífices, derramando las más copiosas gracias y particulares indulgencias á favor de los que fuesen inscritos en el libro de esta Cofradía.

1.º El Papa Clemente III concedió ciento cuarenta días de indulgencia á los cofrades que, á su arbitrio, hiciesen algunas limosnas al hospital anejo á la iglesia de Montserrat.

2.º Los Papas Clemente VI, Bonifacio IX y otros predecesores suyos, extendieron á los vivos y difuntos todas las indulgencias hasta entonces concedidas á los que visitan las Basílicas de Roma.

3.º Urbano IV concedió á los mismos cofrades que pudiesen elegir un confesor que les absolviese una vez en la vida, y en la hora de la muerte, de todos los casos reservados á la Santa Sede, y aplicarles una indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados.

4.º Nicolás V concedió una indulgencia plenaria para el artículo de la muerte á todos los cofrades que durante un año ayunasen todos los viernes.

5.º León X concedió que los que visitasen uno ó muchos altares y rezasen tres *Padre nuestros*, ganarían las mismas indulgencias que visitando las principales iglesias de Roma.

6.º Que el Padre Abad, ó su delegado, pudiese conmutar los votos hechos por los cofrades, menos los tres exceptuados.

7.º Adriano VI concedió que en la fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen y su octava, pudiesen ganarse las mismas indulgencias que en el jubileo de la Porciúncula.

8.º Gregorio XIII, aprobando y confirmando la Cofradía, concedió que los cofrades pudiesen elegir confesor una vez en vida, y en la hora de la muerte, para ganar indulgencia plenaria y absolución de todos sus pecados.

9.º Posteriormente varios Sumos Pontífices han concedido indulgencia plenaria á los cofrades que recen tres veces el *Padre nuestro* y *Ave Maria*, y á los que en la hora de la muerte invoquen el nombre de Jesús. Y que cuando se celebren tres Misas por un cofrade difunto, sea libre su alma de las penas del purgatorio.

10. Urbano VIII, en su Bula dada á 23 de Septiembre de 1623, confirma y aprueba los indultos y gracias concedidas al Monasterio de Montserrat, al Padre Abad y monjes, y á los cofrades, por los Pontífices sus antecesores Clemente XIII, Clemente VI, Bonifacio IX, Alejandro VI, Urbano VI, Nicolás V, León X, Gregorio XIII y Gregorio XV. Y en otra parte declara el mismo Papa, que no obstante la suspensión de todas las indulgencias hechas con ocasión del jubileo, no van en ella comprendidas las indulgencias concedidas á la iglesia de Montserrat.

La misma declaración hicieron los Papas Clemente X, en 1675; Inocencio XII, en 1699; Benedicto XIII, en 1724, quien confirmó además todos los privilegios, exenciones, gracias, indultos é indulgencias concedidas á los monjes y á los cofrades, á las ermitas y capillas anejas, por sus predecesores.

Paulo V concedió indulgencia plenaria á los cofrades en el día de su entrada, recibiendo los Santos Sacramentos. Es digno de notarse que todas estas indulgencias pueden ganarse, no sólo visitando este Santuario, sino cualquier iglesia en donde está erigida esta Cofradía. En vista de esto, ¿quién no se apresurará á entrar á la parte en este precioso tesoro de gracias espirituales, agregándose con su familia á la gloriosísima y riquísima Cofradía de Nuestra Señora de Montserrat, toda vez que decaída y olvidada durante estos últimos años por efecto de las vicisitudes políticas, tenemos la dicha de verla reconstituída y realizada de nuevo en nuestros días?

CAPÍTULO OCTAVO

Emperadores y reyes bienhechores de Montserrat. — Privilegios y gracias otorgadas por los mismos. — Ofrendas y regalos hechos por personas reales.

I

Fué el hallazgo de la santa imagen de Nuestra Señora de Montserrat en tiempo que Cataluña era gobernada por sus Condes. El primer conde bienhechor, fundador y patrono de este Real Monasterio, fué Wifredo II. Estando entonces este Santuario poco menos que en mantillas, á poca costa y á sus expensas le iban sosteniendo los Condes, ofreciendo algunas donaciones; pero la Virgen les correspondía á la vez con memorables victorias y triunfos que conseguían de los moros. Para estas empresas no se contentaban con visitar la Santa Imagen, sino que solían también llevarla en los mismos combates, para obtener más fácilmente su valiosa protección y amparo.

He aquí la base y fundamento de este verdaderamente grande y célebre Santuario. Sin embargo, es de observar, que mientras los demás Monasterios levantados á expensas de cuantiosas sumas y rentas, muy pronto vinieron á menos, el de Montserrat empezó con harta escasez y corta renta, viniendo después á tanta grandeza, que fué la admiración del mundo.

Desde Wifredo II hasta hoy día, todos los Condes de Barcelona, Reyes de Aragón y Castilla, todos sin excepción de uno solo, fueron devotos y bienhechores especiales de Nuestra Señora de Montserrat; pero uno de los príncipes más afectos, más fervorosos, y que más se han distinguido en la devoción á esta Santísima Imagen, fué el máximo de los emperadores, el gran Carlos V. Nueve veces consta haber visitado á esta Emperatriz de todo lo criado, ofreciendo siempre limosnas muy copiosas.

El emperador Maximiliano II, entre otras dádivas, ofreció á la Virgen una preciosa lámpara y unas reliquias de los Santos Inocentes en un relicario de extraordinario valor y hermosura, acompañado de una rica limosna.

Los emperadores Rodolfo II y Fernando III, el príncipe D. Car-

los de Austria, que después fué emperador Carlos VI, la emperatriz D.^a Isabel, digna esposa del emperador Carlos V, la emperatriz doña Margarita María, esposa del emperador Leopoldo, los reyes católicos D. Fernando y D.^a Isabel, los reyes Felipe II, III, IV, V, Carlos III, IV, Fernando VII, Isabel II, Alfonso XII, y la Reina que regenta hoy la nación en nombre de su hijo Alfonso XIII, todos, sin excepción de uno sólo, fueron devotos y bienhechores de este Monasterio. De ahí el nombre de Real, que por tantos títulos tiene bien merecido.

Gloria es ésta propia y característica de Montserrat. Pocos y tal vez ningún otro Monasterio, no sólo en España, ni el universo entero, podrá aducir en favor de su realeza tantos y tan honrosos títulos que le ennoblezcan y eleven á tan alto grado. Es que Dios crió este Monte y lo destinó al culto de su Divina Madre. Y que así como su Montaña no tiene rival en el mundo por su forma rara y caprichosa, tampoco quiso que pasara ningún rey ni emperador que no la rindiese culto y amara de veras.

Esta Santa Imagen no se dió por contenta con tener un solo Patrono ó Protector de su Casa, sino que quiso lo fuesen también los mayores emperadores, reyes y monarcas de la cristiandad. Así como á la formación del Santuario de la ley escrita, quiso Dios que concurriesen todos los israelitas, así también para la construcción de este Santuario de la ley de gracia, quiso Su Majestad que concurriese toda la cristiandad. De modo que á este efecto dispuso con alta providencia, que desde el principio de la invención de esta portentosa Imagen se extendiesen sus favores con tanta profusión y universalidad, que apenas hubiese provincia conocida en el mundo en que el monarca enfermo, cautivo ó pecador, no hallase remedio en sus males y necesidades. Esto fué como un pregón del Altísimo para que el orbe católico acudiese agradecido y cooperase á la erección del mayor monumento de la piedad española. ¡Gloria á la gran Reina y Señora de Montserrat!

II

No se contentaron los emperadores y reyes con manifestarse especiales bienhechores de Nuestra Señora de Montserrat con sus grandes limosnas y ofrendas, sino que todos los Reyes de Aragón, y después de España, han concedido á este Real Monasterio muy singulares privilegios. El rey D. Jaime el Conquistador concedió que el Monasterio de Montserrat fuese perpetuamente inmune de tributos en todos sus reinos. Este privilegio lo ratificaron los Reyes Católicos

al unirse las coronas de Aragón y Castilla, de suerte que legalmente está libre y exento de toda clase de contribuciones.

No se contentó este piadoso Rey con otorgar este privilegio, sino que fué uno de los más devotos Monarcas de Nuestra Señora, y de los que más contribuyeron á generalizar esta devoción tanto en España como en el extranjero. Efectivamente, á fin de facilitar la venida á este Santuario, en 1218, concedió libre pasaporte ó salvoconducto á los romeros, mandando á todos los oficiales y justicias de sus dominios que no los pudiesen prender en el tiempo de su peregrinación, ni castigar por ningún género de anteriores culpas ó delitos, ni sacarles prenda alguna por cualesquiera deudas, bajo pena de cien florines de oro, y que los presos fuesen dados por libres. También concedió privilegio por el pan, vino, aceite, ganado grueso y menudo, y por cualesquiera otras cosas del Monasterio, desobligándole de pagar derecho alguno en las compras, ventas ó tránsitos. También tomó bajo su protección todo lo perteneciente á Nuestra Señora, retribuyéndole la Virgen estos obsequios haciéndole uno de los más grandes héroes que ha conocido el mundo.

En 1226 el mismo Rey, por la mucha devoción que tenía á Nuestra Señora, concedió al Prior de este Convento y á sus sucesores que pudiesen tener todos los sábados mercado público en la villa de Montsirol, cediendo todos sus derechos á favor de Montserrat.

El infante D. Pedro, su hijo, siendo capitán general de este Principado, en 1264, confirmó todos los privilegios de su padre, y se declaró también especial protector de este Santuario.

A 21 de Agosto de 1301 el Baile de Barcelona hizo pregonar por las calles y plazas de la ciudad, que el rey D. Jaime II ponía bajo su protección, no sólo á este Monasterio, sino á sus bienes, vasallos y moradores. El Abad de Ripoll quiso oponerse, pero el Rey se mantuvo firme en su resolución.

A 11 de Marzo de 1302, hallándose en Cambrils (Tarragona) el rey D. Jaime II, confirmó el privilegio de Salvaguardia á favor de los peregrinos que visitaban este Santuario, y los demás que fueron concedidos por su abuelo.

A 15 de Julio de 1324, siendo el rey D. Alfonso III infante y procurador general de su padre, hizo donación de cien starellos de trigo, cobraderos el día de Todos los Santos, y de la villa de Selluri, en la isla de Cerdeña, cuya donación fué confirmada por su hijo el rey D. Pedro el Ceremonioso en Barcelona á 1 de Mayo de 1338.

A 9 de Marzo de 1331 el rey D. Alfonso mandó dar dos cirios de cera blanca, de peso un quintal cada uno; y en 1334 confirmó todos los privilegios concedidos por sus antecesores.

A 13 de Septiembre de 1366 el rey D. Pedro concedió privilegio de exención para que Montserrat estuviese libre de pagar derechos de Cena Real; y á 5 de Febrero de 1372 concedió privilegio de libertad y franqueza como los ciudadanos de Barcelona.

A 3 de Abril de 1423 el rey D. Alonso II de Aragón concedió que Montserrat pudiese tener barca y barquero en el río Llobregat, entre Esparraguera y Olesa, poniendo tasa ó derecho, de la cual nadie fuese exento, ni aun la persona del mismo Rey.

A 20 de Octubre de 1458 el rey D. Juan nombró bibliotecario mayor de los Reinos de Aragón al abad D. Pedro Antonio Ferrer y á todos sus sucesores, gozando de igual fuero é inmunidad que los Abades de Poblet y Santas Cruces.

A 10 de Enero de 1459 el mismo rey D. Juan concedió que el Padre Abad pudiese tener tribunal en sus casas de Barcelona, y conocer de las causas civiles de sus vasallos, firmarlas y completarlas; mas no de lo referente á lo criminal.

En 1469 el Infante de Aragón, primogénito del rey D. Fernando el Católico, siendo gobernador general de Cataluña eximió del pago de Sello Real por las escrituras de este Convento.

A 19 de Octubre de 1475 el rey D. Fernando el Católico concedió á los Bacineros de este Santuario que pudiesen usar armas ofensivas y prohibidas; y que fuesen también exentos de pagar por derecho de barcas, puentes y barras.

A 10 de Noviembre de 1520 el emperador Carlos V concedió al abad D. Pedro de Burgos y á sus sucesores el título de Sacristán Mayor de los Reinos de Aragón, gozando de todas las prerrogativas inherentes á semejante dignidad.

A 1 de Octubre de 1523 la Diputación y Consejo de Ciento de Barcelona otorgó el título de Ciudadanos á los monjes y ermitaños.

Estos y otros privilegios, que honran y ennoblecen al primer Santuario del mundo católico, después del de Loreto, están consignados en el citado libro titulado *Catálogo de los Bienhechores*, y según los historiadores Argaiz y Serra, hallábase antes del incendio en este Archivo toda su documentación.

III

Como en su lugar correspondiente pensamos ocuparnos del preciosísimo tesoro de alhajas que hubo en este Santuario, no haremos ahora más que indicar alguno de los regalos principales que hicieron los piadosos Reyes de España.

Célebres son en la tradición y en las baladas del país las setenta y cuatro lámparas de plata que ardían constantemente en el altar mayor, regalo de diferentes príncipes. Contábase entre ellas el farol, siempre apagado, de la Capitana que apresó en Lepanto D. Juan de Austria. Además de éstas ardían muchas otras en las capillas superiores é inferiores. Muchas de ellas estaban dotadas con rentas para su alumbrado. Eran todas de plata, y algunas de valor de más de cuatro mil ducados, como la de Filiberto de Saboya, la de Felipe IV, la de Felipe V, y la de los Archiduques de Austria.

El sagrario ó tabernáculo para la exposición del Santísimo Sacramento era todo de plata. La custodia ú ostensorio era obra maravillosa. Contábanse en él ochocientos quince diamantes de quilates muy subidos, más de dos mil dieciocho perlas, tres zafiros, doce rubíes, además de una pluma formada de quince ópalos, valuada en cuatro mil pesos, regalo del príncipe Filiberto.

La esposa del emperador Carlos V regaló un navío de oro y diamantes, riquísimo en valor y mérito.

Una de las principales mitras que tenía el Padre Abad, y que usaba sólo en las fiestas principales, fué regalo del Duque de Mantua, valuada en más de mil quinientos ducados.

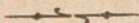
El rey de Francia Francisco I, el ilustre prisionero de Carlos V, después de su derrota en Pavía envió á la Santísima Señora una preciosa sortija, insigne por su valor histórico.

El magnífico altar mayor que fué consumido por las llamas en 1811, obra de mucho arte y escultura, fué construído á expensas de un Rey de España, como se dirá en su lugar. También lo fué la gran reja que antes dividía la iglesia del coro bajo. Sería preciso repetir lo que se dirá en otras partes de esta obra, si hubiese de consignarse aquí lo que han hecho los Reyes de España á favor de Santuario tan querido y estimado. Todos vinieron personalmente, y muchos más de una vez, y ni uno siquiera dejó de contribuir con gruesas y abundantes limosnas al embellecimiento y decoración de la Catedral Basílica de Cata-

luña. La infausta invasión francesa á principios de este siglo ha hecho desaparecer monumentos históricos que en Montserrat acreditan el acendrado catolicismo de nuestros reyes; pero su memoria no se borrará jamás. Montserrat fué grande, porque grande lo hicieron sus monarcas; mas éstos fueron también grandes y salieron bien en todas sus empresas, porque la generosa Señora correspondía con usura á todos sus obsequios. ¡Ah! ¡Pluguiera al cielo que los reyes modernos siguieran las huellas de sus dignos predecesores! ¡Otra cosa fuera el mundo de hoy; mayores serían sin duda la paz y estabilidad de los pueblos!



LIBRO SEGUNDO



CAPÍTULO PRIMERO

Montserrat dependiente de Ripoll, con el título de Priorato.—Montserrat erigido en Abadía independiente de Ripoll.—Reclamaciones de Ripoll contra el Abadiato de Montserrat.

I

Cosa cierta es y fuera de toda duda, por lo que se ha dicho en los capítulos anteriores, que desde la venida de los monjes Benedictinos del Monasterio de Santa María de Ripoll, puestos al frente de este Santuario en substitución de las monjas, también Benedictinas, de San Pedro de las Puellas de Barcelona, este Convento de Nuestra Señora de Montserrat estuvo siempre bajo la dependencia de los Abades de Ripoll, nombrando éstos los Superiores de dicha Casa, á quienes se dió y conservó siempre el título de Piores de Montserrat. Así fué gobernándose Montserrat por espacio de cinco siglos, no sin reclamar varias veces, pretendiendo y solicitando sus Superiores el título de Abades, para que los monjes que tenían á su cuidado el culto y devoción de la venerable Imagen de Nuestra Señora, se gobernasen por sí solos, sin dependencia de ninguna otra Casa. Los monjes de Ripoll hubieron de oponerse siempre á sus deseos.

La devoción á Nuestra Señora de Montserrat iba entre tanto creciendo y desarrollándose al calor de los estupendos y continuos milagros que se sucedían sin cesar. El número de peregrinos aumentaba de día en día, y la fama de este Santuario se extendía prodigiosamen-

te, no sólo por toda España, sino también por las naciones extranjeras. Estas respetables consideraciones, no sólo daban realce é importancia á este Monasterio, sino que constituían un argumento poderoso é incontestable á favor de los deseos de esta Casa; de suerte que la erección de Abadiato llegó al fin á imponerse de una manera incontestable. Natural es que un Convento en embrión, sin medios para gobernarse, y sin renta para vivir, se halle bajo la tutela de otro más pujante y en mejores condiciones. Montserrat no se hallaba ya en este caso; había pasado del estado de su infancia al de la más exuberante virilidad: tenía sobradas condiciones para vivir y administrarse por sí solo, sin necesidad de tutela ó autoridad extraña de ninguna clase.

Lejos de cesar, fué creciendo la lucha entre los dos Conventos. La filial se hizo mayor de edad. Había llegado la hora de ser escuchados los deseos de los conventuales montserratinos, y hasta el pueblo catalán echaba á mala parte la obstinación de los monjes ripollenses. Atendido el estado cada día más floreciente de este Santuario; el número de monjes ya bastante respetable; el brillo y suntuosidad de las funciones religiosas; los fieles que en peregrinación y sin ella acudían á visitar la Santa Imagen; los milagros portentosos que obraba la Santísima Señora; los exvotos y dádivas que se ofrecían continuamente, y los unánimes deseos de Cataluña, que empezaba ya á mirarse esta Montaña como cosa propia y al Santuario como su catedral nativa, ni debía, ni podía retardarse más el cumplimiento de sus aspiraciones y deseos. Llegó, por fin, el momento tan suspirado de que el antiguo Priorato de Montserrat dejara de existir, erigiéndose en su lugar la nueva Abadía, como se verá en el párrafo siguiente.

II

En 1410 era prior de Montserrat Fr. Marcos de Villalba, que al mismo tiempo era abad y monje de Ripoll, varón docto en letras divinas y humanas, en quien era lo de menos venir de noble é ilustre sangre. Circunstancias eran éstas muy á propósito para continuar nuestro Monasterio de Montserrat bajo la dependencia de la Abadía de Ripoll. Humanamente hablando, todo hombre pensador hubiera creído que este Priorato no llevaba trazas de dejar de existir; antes al contrario: que lejos de ser elevado al rango de Abadía, conforme se pretendía y deseaba, con tanta justicia, iba á quedar todavía más estrechamente ligado á la Abadía de Ripoll. Y más teniendo por cabeza á don Marcos de Villalba, de la obediencia de Benedicto XIII, Papa reco-

nocido por España y otras naciones. Mas como los corazones de los hombres están en manos de Dios, y el Eterno tiene dispuestos los momentos y tiempos en que se han de ejecutar las cosas de su voluntad, precisamente en estas circunstancias llegó el cumplimiento de la separación tan deseada, y con superabundancia en los privilegios, porque no sólo fué concedido á Montserrat lo que pedía en orden á los principales puntos del gobierno económico del Convento, sino que se le erigió en Abadía, pudiendo su Abad usar mitra, báculo y anillo. No pareció justo que un Santuario tan venerado, la santa imagen de la Virgen Montserratina, aquellas paredes del templo y de los claustros tan llenas de trofeos y señales de los muchos milagros obrados por intercesión de la Divina Señora, y el concurso de peregrinos de todas las naciones estuviesen bajo el humilde título de Priorato, sino que era más que digno de la dignidad abacial.

Mas á fin de que Montserrat no quedase del todo emancipado de Ripoll, esta concesión tuvo lugar bajo las siguientes condiciones: Que la elección del Abad se hiciese por los monjes conventuales de Montserrat, y que pudiese aquél usar mitra, anillo y báculo pastoral. Que el Abad de Ripoll tuviese voto en la elección, y que su voto valiese por seis. Que el Abad tuviese obligación de sustentar doce monjes y doce sacerdotes seculares, los cuales debían celebrar los Divinos Oficios en el mismo Monasterio. Que tuviese también el Abad doce servidores para cuidar de los peregrinos y huéspedes. Que tuviese además doce ermitaños para otras tantas ermitas, dándose al Abad facultad para dar el santo hábito y profesión según la observancia de la Orden Benedictina. Concediósele, finalmente, derecho de corrección y punición de monjes, clérigos, ermitaños, gente del Monasterio y vasallos, reservando al Abad de Ripoll la visita, con todos sus adherentes, y en causas de agravios poder recibir apelación. (Dado en Perpiñán, á 9 de Junio de 1410).

III

Hallándose ya Fr. Marcos de Villalba con el honroso título de Abad, y con el de Abadía el Santuario, pretendió que este Monasterio fuese admitido en la Congregación Claustral Tarraconense y Cesar-augustana; pero no lo quisieron aquellos Padres, alegando que la exención que el Papa le había concedido de la Abadía de Ripoll, era limitada, no absoluta. Así las cosas, creyóse prudente aguardar.

Fué entonces cuando se acabó el pleito sobre la corona de Aragón,

habiendo obtenido mayor número de votos el infante D. Fernando de Castilla, hermano del rey D. Enrique III. Publicóse en 1413 el fallo de Caspe, y D. Fernando fué coronado en Zaragoza, y viniendo á Cataluña, como conde de Barcelona, quiso ofrecer su reino y persona á la que es Reina y Emperatriz de España, y darle la obediencia. Vino á Montserrat en 1415; visitó la Santa Imagen, y aprovechando esta ocasión Fr. Marcos de Villalba, le dió cuenta y razón del estado en que se hallaban sus relaciones con los demás Conventos claustrales que profesaban la misma Orden del glorioso Padre San Benito. Y el Rey no pudo menos de hacerle justicia, venciendo las repugnancias de los monjes ripollenses, entrando desde luego Montserrat á formar parte de dicha Congregación Tarraconense y Cesaraugustana.

Después de muchas disputas y alegatos, después de apurarse toda clase de influencias y valimientos por una y otra parte, al fin la victoria se declaró definitivamente á favor de Montserrat; y esto prueba una vez más lo que había prendido el fuego del amor á la Divina Madona, y lo popular que se había hecho el entusiasmo y afecto á Nuestra Señora de esta Montaña.

Y aunque el Concilio Constanciense depuso á Benedicto XIII por cismático, en 1417 aprobó todo lo que había despachado cuando estuvieron á su obediencia estos reinos (1). Más tarde, en 1420, la Santidad del Papa Martín V confirmó también y aprobó cuanto había hecho Benedicto en lustre y gloria de Montserrat.

CAPÍTULO SEGUNDO

Estado deplorable de Montserrat en el siglo XV.— Interés del rey D. Fernando á favor de este Santuario.— Unión de Montserrat con los Benedictinos de Valladolid.

I

Muerto el abad Fr. Marcos de Villalba, empezó á decaer la observancia en los monjes y la devoción en los fieles. Indicaremos las causas que pudieron contribuir á tan triste espectáculo. Había comen-

(1) Salmerón, general mercedario: *Recuerdos históricos*, siglo I, recuerdo XIV, § II, fol. 107.

zado á florecer en Italia la Congregación de Santa Justina de Padua, que después se llamó «Casinense,» y como el rey D. Alonso, que estaba en Nápoles, atendía también á las cosas de Cataluña, y le habían ganado la voluntad el buen ejempló y observancia del Monasterio Casinense, deseó que la nueva Abadía de Montserrat se gobernase por sus leyes. Comunicó su pensamiento con la reina D.^a Catalina y con los monjes catalanes, siendo luego presentado por abad el P. Fr. Antonio de Aviñón, monje profeso de Monte-Casino, quien trajo consigo otros seis Religiosos, para que fuesen como los maestros de los demás y asentasen la observancia casinense.

Los que han escrito sobre esto, no convienen en la fecha de su entrada; nosotros, apoyados en un libro antiguo que antes existía en nuestra biblioteca, titulado: *Manuscriptos, n.º 89*, la pondremos en el año 1342, conforme á lo que se leía en él: *Anno Domini M. CCC. XLII, nono die mensis Octobris, Regularis observantia Sanctissimi, Patris nostri Benedicti, Abbatis Casinensis inchoata fuit in Cathalonia in Monasterio Venerabili Sanctæ Mariæ Montisserrati per Reverendum Dominum Abbatem Antonium de Avénione, et per venerabilem fratrem Henricum de Monte, et socios suos; videlicet, fratrem Ciprianum, fratrem Simplicium, fratrem Baptistam, fratrem Natalem et fratrem Antonium, cum eodem fratre Henrico de Italia, transmissos per Serenissimum Principem et Regem Aragonum, et consortem suam Serenissimam Mariam, nec non per Venerabilem Conventum Casinensem.*

Estos Religiosos vivieron doce años en Montserrat, durante los cuales no leemos que existiese inquietud ni disturbio de ninguna clase entre los monjes. Al contrario, eran todos hombres muy observantes y espirituales, no atendiendo más que al bien de sus almas. Murió el Abad, y entonces viéndose como huérfanos los monjes italianos, trataron de volverse á Monte-Casino. El verdadero motivo de su marcha aun se ignora. Unos dicen que fué el cariño y amor á su patria; otros sospechan que fué verse en estado y hábito de extraños, y que no habían de figurar en adelante más que como monjes de coro, sin cargo alguno en la Casa. Otros quieren que como extranjeros no sabían avenirse con la gente del país, retirándoles éstos sus limosnas y su confianza. Sea lo que fuere, todos volvieron á Monte-Casino, y con ellos desapareció en gran parte el buen gobierno de esta Casa. Lo que fué causa de que se entibiase no poco la devoción á este Santuario.

Vino luego á ocupar la Abadía vacante Fr. Pedro Antonio Ferrer, hombre de genio vivo y amigo de disponer las cosas á su gusto. Todo su afán era competir con las célebres Abadías de Ripoll y San Cucufate

del Vallés, pareciéndole que Montserrat no debía ser menos que los monjes claustrales. Juzgando irregular y anómalo que el cuerpo de la hacienda fuese uno é indiviso para el Abad y monjes, y que no se dividiese para el sostén de la dignidad abacial, como lo estaba en las Abadías de Ripoll, San Cucufate y demás claustrales, alcanzó del Pontífice Calixto una Bula para hacer esta partición. Pronto, empero, empezaron á palparse las consecuencias.

Dispuso nuestro Abad siete oficios, entre los cuales repartió todo el cargo y cuidado del Monasterio. Señaló para ellos ciento veinticinco libras de renta, sacándolas de la mesa abacial. Fueron estos oficios el de Prior, al que asignó veinticinco libras sobre las rentas de Marganell; veinticinco al Sillericio ó Mayordomo sobre Odena; diez al Refitolero sobre Sagarra; dieciocho al Limosnero sobre Manresa; quince al Obrero sobre el Mal Cavaller; diez al Enfermero sobre Bagés; y al Sacristán, que era el séptimo, le señaló veinticuatro libras para él y su ayudante, sacerdote secular. Ordenó también que la demás hacienda, consistente en dos mil libras, fuese dividida en dos partes; una para sostener á los monjes, presbíteros, ermitaños y servidores, y la otra para el decoro de la dignidad abacial.

En 1462, con motivo de sostener Cataluña la causa del príncipe de Viana, fueron pedidas provisiones para el cerco de Barcelona, que iban á poner las tropas reales, viéndose Montserrat en gravísimos apuros para pagar este subsidio. El erario se hallaba del todo agotado. Y de personal, ¿cómo se hallaba? Vergüenza da tener que historiarlo; pero es la verdad, y ésta no debe ocultarse. Nunca, desde la invención de la Santa Imagen, se había encontrado Montserrat en estado tan miserable. Ni siquiera se hallaban los doce monjes, doce clérigos, doce ermitaños y doce servidores que el Papa Benedicto XIII había ordenado y dispuesto; sólo siete monjes, tres ermitaños, dos donados, dos escolanes y un cocinero, eran todo el personal de esta célebre Casa. Léase sino la carta que escribió el reverendo Prior al Procurador de Barcelona, que da compasión (1). En esto había venido á parar el gran Convento de Montserrat. A tal estado le redujo la malhadada repartición de sus rentas, y el desmedido deseo de equi-

(1) Dice así: «Lo que V. R. aurá de fer, cat altra no cal, que per axó le tremetren aquesta, y es: que V. R. advertesca aquexos Senyors, que som de ordinari en aquest monastir de Montserrat set monjos, tres ermitans, dos donats, dos escolans, y Pere lo coch, y que acuden á esta santa Casa alguns Religiosos de altres Ordes, peregrins, que 'ls havem de donar de menjar y havem menester per axó cent y vint quarteras de blat y qualcun bou, y que de dinés no 'n tenim. Las trías de Monistrol están prou bonas. Lloor á Dèu, que no tinch pera més.» Argaiç, pág. 103.

pararse á las Abadías de Ripoll y San Cugat. Esta causa y la otra que se deja consignada, pusieron este Santuario y Monasterio á punto de sucumbir.

II

No lo permitió la misericordia de Dios: no faltaba quien tenía fijas sus miradas en Montserrat y se interesaba por su suerte. Efectivamente, á pesar de hallarse guerreando con los moros, á punto de sacarlos de sus últimas trincheras y del suelo español, el rey D. Fernando el Católico, que se hallaba muy enterado del estado de cosas de esta santa Montaña, y que no las descuidaba por su filial afecto á la Morenita Señora, esperaba el momento oportuno para proveer de remedio. Afortunadamente, tanto como el Rey, lo deseaba su piadosa señora la magnánima reina Isabel. Mucho era el dinero que llevaban gastado para levantar un digno Monasterio en Montserrat salvando innumerables dificultades; sin embargo, mil veces preferían ellos que el culto de la Santísima Virgen no decreciese, ni que la observancia y disciplina regular de los monjes fuese el ludibrio y escarnio de la gente sensata. En prueba de que era así, pondremos dos de las muchas cartas que el propio Rey escribió á los Religiosos de este Convento.

En la primera, escrita desde Barcelona, decía á los monjes de esta Casa. «Religiosos amats nostres, ab Fr. Boill habem rebuda vostra lletra ab creencia en sa persona. La qual vista, y attés lo que aquell per vostra part nos ha volgut explicar, vos responem, es nostra voluntat ser vers aqueixa Casa segons la devoció y tenim, é com avem offert, es per més llargament ó vem dit al dit Fr. Boill, é com ó entenem metre per obra plaheu á nostre Senyor ans de nostra partida de aci, nos remetem á la relació al qual sobre de assó dareu fe, é creencia, com á nostra propia persona. Dada en Barcelona á 24 de Setembre de MCCCCCLXXXI.—Yo el Rey.—Ariminio, Secretario.»

Lo que contiene y les dice el Rey en esta carta á los monjes es, que ha oído y entendido lo que de su parte les ha dicho Fr. Boil, y que por la devoción que tiene á Nuestra Señora, y se lo ha ofrecido, irá sin falta á visitar su Casa, como más largamente se lo dirá fray Boil, y que lo cumplirá antes de salir de Barcelona.

La segunda carta, escrita desde Madrid, es del tenor siguiente: «Venerables Religiosos, é Amats nostres, vostra lletra reverem, per

la qual nos donau avís de la vinguda en aqueixa Casa é Monaster, del Illustre Infant Don Henrich, Lloch Tinent General nostre, é del Orde, que aquéll ha donat per la conservació de la dita Casa, del qual avem pres molt gran plaher. E plahent á Nostre Senyor será per avant procurat ab mayor cumpliment lo redrez de la Casa. Pregam, é encargamvos, que ab concordia é charitat siau units en lo servei de Nostre Senyor, benefici é conservació de la dita Casa, car sempre per nos en assó sereu favorits, é trobam plaher, del que nos escriviu, que los Religiosos, é amat nostre Fr. Boill, sia estat tan solicit, é propici en lo que es estat menester per ditas cosas. Dada en Madrid á 23 del mes de Octubre, anni MCCCCLXXXII.—Yo el Rey.—Ariminio, Secretario (1).»

El contenido de esta carta es, que los monjes avisaron á Su Majestad que el infante D. Enrique había subido á Montserrat, y la orden que había dado para la conservación de su Casa, de que se holgó mucho, y que, Dios mediante, se proveerá mejor para su reparación y aumento en lo sucesivo. Les ruega y encarga estén bien unidos en concordia y caridad para el servicio de Dios y bien de la Casa, que con eso les hará favor cuanto fuere de su parte; y que está contento de lo que le escribió Fr. Boil, de que estaban cuidadosos y solícitos en procurar los aumentos de ella.

Esta carta da claramente á comprender el estado triste y lamentable á que habían venido á parar los antiguos monjes claustrales de Montserrat, que sobre ser pocos estaban muy mal avenidos; y el Monasterio y edificios y la hacienda en malísimo estado; circunstancias todas que obligaron al rey D. Fernando á meditar seriamente sobre la reforma de este Convento y su unión con los Benedictinos de Valladolid.

III

Corría el año 1492, dichoso y feliz para nuestra España; pues en él se vió libre del señorío de los moros con la conquista de la ciudad y reino de Granada. Quedaron los españoles henchidos de la más justa y cabal alegría, viéndose ya señores de sí mismos, y los Reyes, agradecidos á Dios por tan grande beneficio, propagaron todo lo posible el culto divino, no sólo entre sus católicos vasallos, sino entre los

(1) Argaiz, pág. 109. Estas y otras cartas autógrafas se hallaban en el Archivo de este Monasterio antes del incendio.

mismos Religiosos, procurando lo primero su reforma. Cupo esta suerte á nuestro Monasterio en el mismo año, siguiéndose desde luego su unión con las demás Abadías de la Congregación de Castilla, que habían tomado principio en el Monasterio de San Benito el Real, de Valladolid, cuyos preladados, con título de priores generales, gobernaban la Congregación, y sustentaban con sus visitas la observancia tan propia de aquella Casa.

Acabada la conquista de Granada vinieron los Reyes á Barcelona, y como viesen con sus propios ojos esta Montaña, y el estado en que se hallaba la observancia con abades comendatarios, hablaron á D. Juan de Peralta, que abdicó su abadiato, nombrándole obispo de Vich. Dificultades hubo por parte de los mismos monjes; fué menester mucho arte y trabajo para volver este Convento á la observancia de la santa Regla y antigua rectitud; porque, á imitación del Abad, cada uno miraba por su interés, y no se conformaban á que las rentas repartidas entre ellos volviesen á juntarse en masa común. Al fin Dios fué servido premiar los esfuerzos de un Rey tan piadoso.

A 19 de Abril de 1492 alcanzaron los Reyes Bulas del Papa Alejandro VI para la reformatión de este Convento; y después de rogarlo mucho á Dios y á la Virgen, á 15 de Mayo fué extinguida la dignidad abacial, realizándose la tan deseada unión de Montserrat con San Benito de Valladolid. Era general ó prior en aquellos días Fr. Juan de San Juan, el cual trajo consigo del Monasterio de Valladolid y de otras Casas ya reformadas y unidas los monjes Fr. García de Cisneros, Fr. Juan de Soria, Fr. Juan de Tudela, Fr. Diego de Valladolid, Fr. Diego de la Plaza, Fr. Juan Bartolina, Fr. Bernardo Cafalli, y Fr. Juan de Valvanera, y otros muchos (1).

A 28 de Junio de 1493, que cayó en día de viernes, tomaron pacífica posesión de este Convento. El miércoles siguiente, á 3 de Julio del mismo año, fué canónicamente elegido prior el P. Fr. García de Cisneros, asistiendo á estos actos el Conde de Lerín, capitán general de Cataluña, y un Conceller de Barcelona, por mandato del mismo Rey Católico. Hallábanse entonces en Montserrat, no sólo monjes claustrales, sino ermitaños y escolanes. De los primeros no puede dudarse que serían los siete que tenían partida la hacienda entre sí, á causa de sus oficios; de los demás sólo se halla noticia de Fr. Pedro Campo, Fr. Felipe Gilabert, y Fr. Mateo de Peña, prior, licenciado en derecho. Ermitaños sólo se encuentran cinco que profesaron la reforma, y son: Fr. Juan Sierra, Fr. Juan Mella, Fr. Benito, fray

(1) Argañiz, cap. XLII, pág. 113.

Pascual, y Fr. Juan Enguidanos. Así constaba en un libro manuscrito antes del incendio, según el cronista P. Maestro Argai.

Después de elegido prior del Convento Fr. García de Cisneros, fué á tomar posesión de las villas y prioratos pertenecientes á Montserrat; y de allí á poco tiempo se le dió el título de abad. Desde el momento en que comenzó á gobernar el P. Fr. García, se vió el grandísimo acierto que se tuvo en su elección. Fué extraordinaria la prudencia con que este bienaventurado siervo de Dios dispuso las cosas, siendo él el capitán y el primero siempre en todos los actos conventuales, en el coro, en la lección, en la oración, en las obras de manos y en las penitencias. Ayudó mucho al acrecentamiento de la Casa, el buen orden que puso en ella, distribuyéndola en cuatro Comunidades de monjes, ermitaños, frailes legos y escolanes. Ordenó que se abriesen cursos de teología y artes, y que residiesen en el Convento personas espirituales y doctas, y confesores diestros é inteligentes.

No es éste el lugar propio para hacer la biografía de este hombre extraordinario. En su lugar correspondiente diremos lo que sea menester. Para concluir este capítulo bastará consignar: que la alegría de los Reyes Católicos no pudo ser mayor cuando supieron los progresos notables que hacía Montserrat en la vida espiritual por medio de la santa reforma que les había procurado. Los monjes volvieron á la antigua observancia, ó mayor si cabe decirlo; y la devoción á Nuestra Señora empezó á aumentar y crecer extraordinariamente, de modo que es preciso atribuir á milagro lo que no es posible explicar con la sola razón natural.

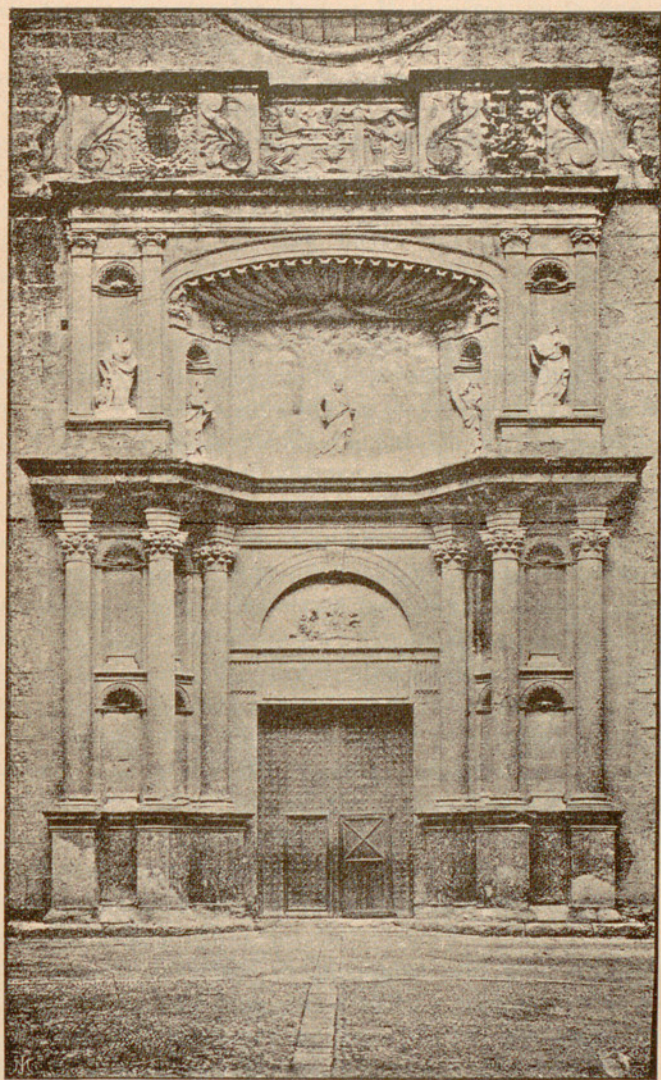
CAPÍTULO TERCERO

Insuficiencia y dificultades del templo antiguo.—Quién construyó la iglesia nueva y con qué medios.— Su descripción.

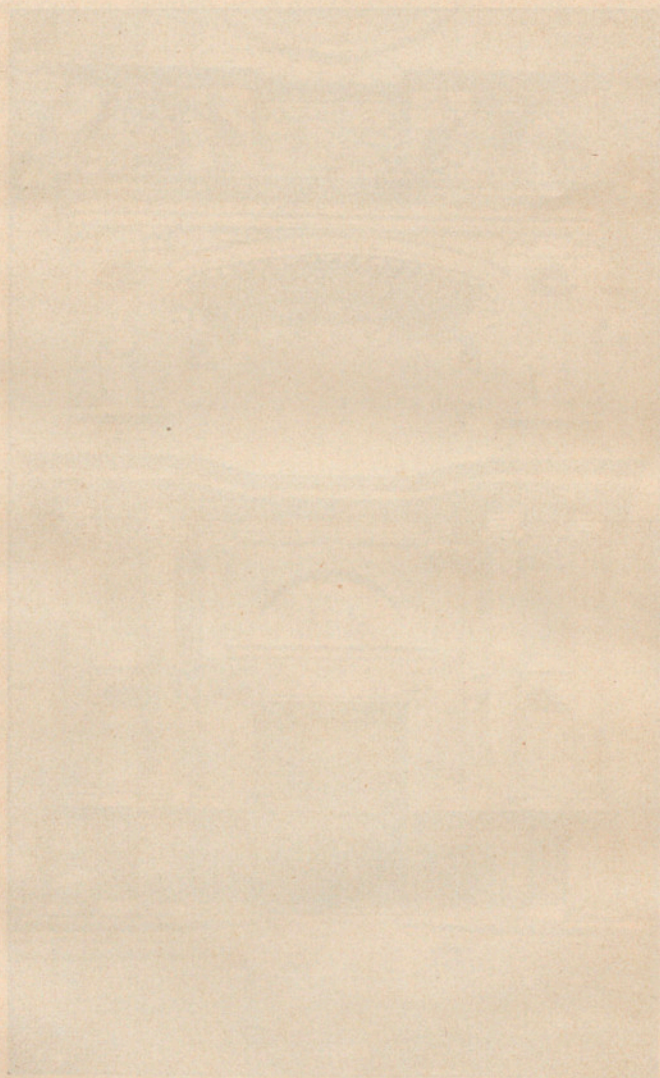
I

Escribe el P. Filgueira (1), que llevando el rey D. Fernando el Católico siete años en la conquista del reino de Granada, en la que le ayudó mucho la ciudad de Barcelona, ya con galeras para allegarle

(1) *Historia de Montserrat manuscrita*, pág. 283.



FACHADA DE LA IGLESIA



THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

500 EAST HART

CHICAGO, ILL.

recursos por mar, al mando de D. Galcerán de Requesens, ya también con cuantiosas remesas de municiones de guerra, mandó hacer á sus expensas una muy memorable obra en Montserrat, en la que empleó muchos miles de ducados. El escritor Serra con otros historiadores asegura haberlo leído así en un libro titulado de *Bienhechores* (1), en el cual se hallan las siguientes palabras: «Año 1489 el serenísimo rey católico D. Fernando, devotísimo desta Reina del cielo, pareciéndole que á Imagen tan devota y celebrada en el mundo se le debía mayor templo y aparato, con ánimo real dió principio á la Iglesia nueva, haciendo desmontar mucha tierra y peñas para abrir las zanjas, y últimamente levantó los fundamentos hasta un cordón que se ve por la parte de afuera, en donde gastó infinitos ducados.» El arquitecto que dirigió esta importantísima obra se llamaba Jacobo Verginali, cuyo apellido parece ser italiano.

Hora era ya, en efecto, de ocuparse en la construcción de un templo digno de Nuestra Señora de Montserrat. De veneranda memoria era el viejo, por haber sido levantado por el obispo Gotmár, cuando conoció ser la voluntad de Dios que la Imagen que acababa de ser descubierta en una cueva de esta Montaña fuese venerada aquí y no en Manresa; pero su capacidad no era bastante para la multitud de fieles que la visitaban, y mucho menos en las grandes solemnidades. Muy respetable era por cierto el lugar en donde estuvo la Virgen por espacio de seis siglos; donde obró tantos y tan portentosos milagros; donde encontraron la salud tantos enfermos de cuerpo y alma; finalmente, lugar visitado por tantos Santos, y en especial por los cuatro célebres fundadores San Pedro Nolasco, San Ignacio de Loyola, San José de Calasanz y San Juan de Mata. Cosa cierta es también que desde la reforma de este Monasterio, obrada por los Padres Vallisoletanos, el número de peregrinos fué cada día en aumento, hasta el punto de que el templo viejo era insuficiente é incapaz para contener la muchedumbre de devotos.

Había además otra clase de inconvenientes muy atendibles. En atención al sinnúmero de lámparas y velas que ardian noche y día delante de la Santa Imagen, era tan denso el humo que había dentro de la iglesia, que era insoportable para las personas que debían pasar allí mucho tiempo. El coro era también muy reducido para Comunidad tan numerosa; pues se lee que en 1568 había setenta monjes, dieciséis ermitaños, ocho donados, veinte escolanes, cuatro clérigos, trescientos criados, ciento veinte acémilas, y doce mulas de si-

(1) Este libro *M. S.* ha podido conservarse.

lla. A la entrada de esta iglesia estaba adosado el pequeño claustro gótico, del que se conserva una gran parte en nuestros días, en el cual solían reunirse los romeros; y como estaba tan cerca el templo, molestaba mucho la gritería de aquella gente forastera: dificultades é inconvenientes que no sólo imposibilitaban el recogimiento de los fieles, sino de una manera más particular el de los mismos Religiosos, que tenían que pasar allí la mayor parte del día y de la noche confesando, cantando ó rezando. Estas fueron las principales causas para emprender obra tan colosal y atrevida como lo es el templo actual, mil veces superior á las fuerzas de un Monasterio como el de Montserrat, y al espíritu del abad más activo y emprendedor.

II

¿A quién estaba reservada esta empresa? Consta en los anales de este Monasterio, que en el año 1511 trajo un pobre labriego al Monasterio un hijo suyo chiquitín de siete años, que en virtud de cierto voto le tenía prometido á Nuestra Señora. Llamábase este niño Bartolomé Garriga, el cual entró de paje de la Virgen á formar parte de la Escolanía. Mientras permaneció niño, se le oyó decir muchas veces entre sus compañeros escolanes: «Ara que só xich, la Mare de Dèu té un temple xich. Quan jo seré gran, li faré un temple gran.» Lo que á los niños les pareció una broma, se convirtió más tarde en realidad. Creció la criatura en edad y en virtud; de suerte que su ejemplar conducta le hizo acreedor á ser admitido en clase de monje; y su observancia y saber le elevaron á la dignidad abacial en el año 1559. Aquí hubo de mostrarse porqué la Divina Providencia le trajo á Montserrat. Apenas había tomado las riendas del gobierno de esta Casa, y sin constarle los medios de que podía disponer, ya se ocupaba del proyecto de un templo digno de la Madre de Dios, pues éste era su sueño dorado. Contemplaba una y muchas veces los cimientos del gran Monasterio ideado por los Reyes Católicos, y le parecían dispuestos y preparados providencialmente para la grande obra que él proyectaba. Lleno de aquella fe que traslada los montes, á 11 de Julio de 1560 dió principio al templo actual, convencido de que la misma Señora que le inspiró tan feliz idea, le facilitaría también los medios para su ejecución. ¡Cosa rara y maravillosa fué que el arquitecto que trazó los planos y dirigió las obras había sido escolán de esta iglesia y condiscípulo de música de este célebre Abad! La Virgen de Montserrat había escogido dos pajecitos suyos para realizar y llevar á cabo esta colosal empresa.

En tanto es así, que persuadido sin duda de la escasez de sus fuerzas, ideó un medio muy feliz para solventar las primeras dificultades, y fué sacar un jubileo plenísimo para los que contribuyesen con sus limosnas á la fábrica de la iglesia, lo cual ayudó tanto, que con ello pudo darse principio á una obra llena de dificultades y de grandísimo empeño por el sitio, por la falta de aguas y de materiales, y por haberse de traer y acarrear éstos de partes tan remotas. Trazóse la planta en el mismo lugar en donde los Reyes Católicos en 1489 habían determinado levantar claustros y Monasterio para los monjes, á cuyo acto asistió personalmente el propio Rey y puso la primera piedra el abad D. Juan de Peralta, plan que no llegó á realizarse por varios accidentes que ocurrieron, y tratarse entonces de la reforma del Convento. Entró el P. Fr. García de Cisneros en el gobierno, y consideró asunto de preferencia tratar de la reforma espiritual de los monjes, antes que del edificio material.

Dió no poco ánimo al abad Garriga para llevar adelante su empresa el ver reunidos gran parte de los materiales que se habían traído para los claustros, y que se hallaban muy próximos al Convento con piedras de jaspe, salidas de canteras de esta misma Montaña. El nuevo edificio ó templo fué levantado sobre peña viva, de suerte que la Virgen pudo decir: *Super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam*. Además del jubileo que alcanzó de Roma el abad Garriga para limosnas á favor de este nuevo templo, el rey Felipe II le concedió por diez años facultad para hacer cuestaciones en España y Ultramar, que dieron felicísimos resultados. En todos los pueblos de la Península se hicieron colectas en dinero y en especie, designándose personas de toda honradez y arraigo para hacerse cargo de las sumas y frutos colectados, y después remitirlos directamente á este Monasterio. De América llegaron cantidades fabulosas, especialmente de Méjico y del Perú, para cuyos puntos fueron nombrados algunos monjes que personalmente pasaron á fundar prioratos en aquellas tierras, y desarrollar el culto de Nuestra Señora. Bajo tan buenos auspicios y con la protección visible del cielo, no podía quedar atrás la obra comenzada. Dióse principio en 1560, y se concluyó en 1592; de suerte que bastaron treinta y dos años para dejar concluido ese monumento de imperecedera memoria.

Para que el lector se forme más cabal idea de lo que costó la nueva iglesia, y de las sumas incalculables que fueron menester para llevar la obra á feliz término, diremos que se gastaron doscientos mil ducados en su parte puramente material hasta cubrir; ciento cincuenta mil en el revoque de las paredes, para cuyo trabajo se emplearon

ocho años; cincuenta mil libras en los retablos y adornos, trabajando de continuo más de ciento diez hombres, doce acémilas y diez bueyes de carreta.

III

En cuanto á su forma y dimensiones dejaremos que hable el célebre D. Pablo Piferrer (1), autoridad de las más calificadas en esta materia. Hablando de Montserrat se expresa de esta manera: «...Las guerras y las revoluciones han destruído tanta riqueza, y mayormente el saqueo é incendio que en la guerra de la Independencia sufrió por los franceses el Monasterio, acabaron con lo que todavía atestiguaba la munificencia de nuestros antepasados y el saber de los artífices. Reparóse un tanto la iglesia, de cuya forma daremos una ligera idea. Sin pararnos en la portada, que ninguna particularidad ofrece, consta el templo de una sola nave muy desembarazada, proporcionada y elegante, ancha de setenta y seis palmos catalanes, sin incluir las capillas, y larga de doscientos ochenta y cinco. A cada lado tiene seis capillas muy espaciosas, que equivalen á dos naves laterales, y sobre ella se levantan otras con balaustrada cada una, las cuales, despojadas ahora de sus altares, forman un vasto ándito á una y otra parte; de manera que están las paredes laterales de la nave divididas en dos cuerpos, separados en su longitud por una gran moldura á manera de cornisa, y las pilastras del primero, que estribando en el suelo y tocando en la moldura dividen las capillas inferiores, son corintias. Entre la quinta y sexta capilla interrumpe la nave una elegante verja de hierro, con que se reemplazó la magnífica antigua; los arcos, dentro los cuales está comprendida á una y otra parte la sexta capilla, pueden calificarse de torales, pues sostienen una leve cúpula. El ábside con que remata este templo es bellissimo y produce muy buen efecto. La demás fábrica moderna es de proporciones colosales; el sólo lienzo que mira de Levante á Mediodía consta de ocho pisos, altos y vastos cada uno; y al menos conocedor le será fácil calcular cuántos esfuerzos y gastos debieron de ser necesarios para edificar sobre la viva peña y transportar los materiales.»

Concluída la iglesia, faltaba adornarla de altares y demás. El rey D. Felipe II, tan devoto de la Virgen, costeó el grande altar mayor que

(1) Piferrer: *Recuerdos y bellezas de España. Principado de Cataluña*, página 348. Nota.

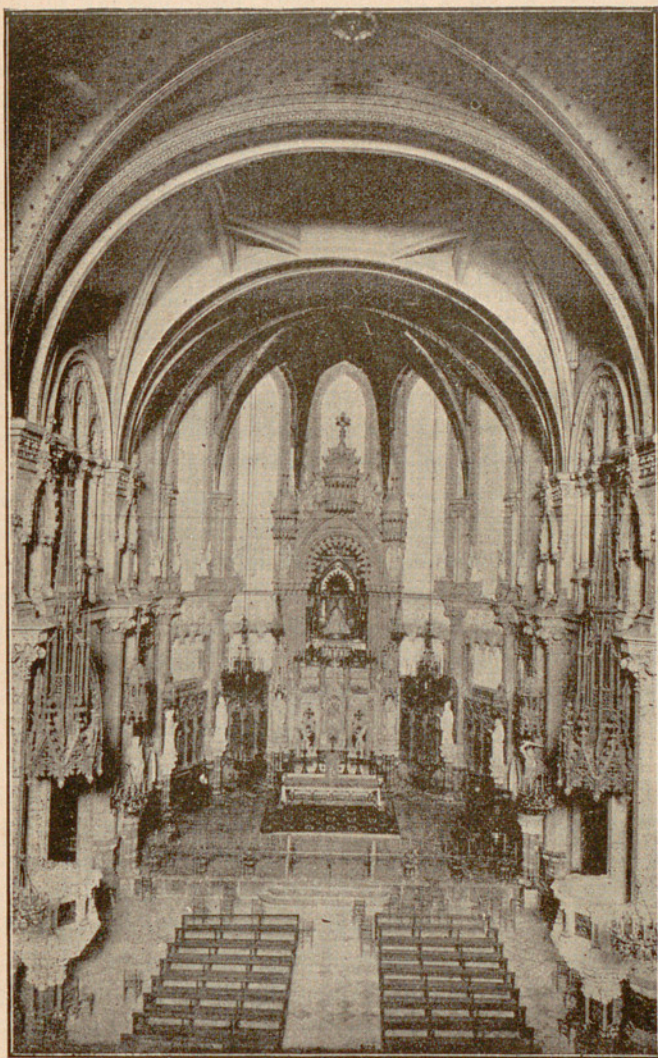
labró en Valladolid el célebre escultor Esteban Jordán por catorce mil ducados, y fué una de las tres obras que le han valido su nombradía. Constaba de tres cuerpos, corintios el primero y segundo, y compuesto el tercero, llenos de bajos relieves, estatuas, etc. Acabólo en 1594; se trajo á este Monasterio en sesenta y cinco carros, previo una circular que á 27 de Abril de 1597 el Rey despachó á todas las justicias de los pueblos del tránsito, para que ayudasen con carretas y bestias; costaron los portes y asiento seis mil ducados. Poco después, por Septiembre de 1598, de orden del Rey vino de Madrid con doce oficiales escogidos el pintor Francisco López, que se encargó de pintarlo y dorarlo en dos años. El escultor Cristóbal de Salamanca á 8 de Mayo de 1598 firmó la contrata de labrar la sillería del coro, igual á dos sillas que presentó por muestra, y se fijó el precio de cada una en noventa y cinco ducados, dándole el Monasterio la madera de roble que hizo traer de los famosos bosques de San Juan de las Abadesas. Trabajó su obra en Monistrol, y la adornó con relieves, que merecieron los elogios de todas las personas peritas en el arte. En las treinta y seis sillas inferiores esculpió la vida, pasión y muerte de Jesucristo, y en las cincuenta y cinco superiores, sobre cada respaldo puso una imagen de un Santo, de cuerpo entero, subiendo este segundo cuerpo á la altura de cinco varas del suelo, y rematándola un ándito practicable. También ejecutó la magnífica verja, con que en 1608 se dividió el presbiterio de lo restante de la iglesia, por catorce mil ducados. En fin, D. Juan de Austria, hijo natural del rey D. Felipe IV, en 1669 hizo dorar todo el templo; obra que costó cuatro mil escudos de oro. Poco á poco se fueron completando todos los adornos de la iglesia, hasta quedar hecha la admiración de todo el mundo; pues siempre ha causado asombro encontrar un templo de tan relevantes condiciones entre los riscos y peñas de esta sin igual Montaña.

CAPÍTULO CUARTO

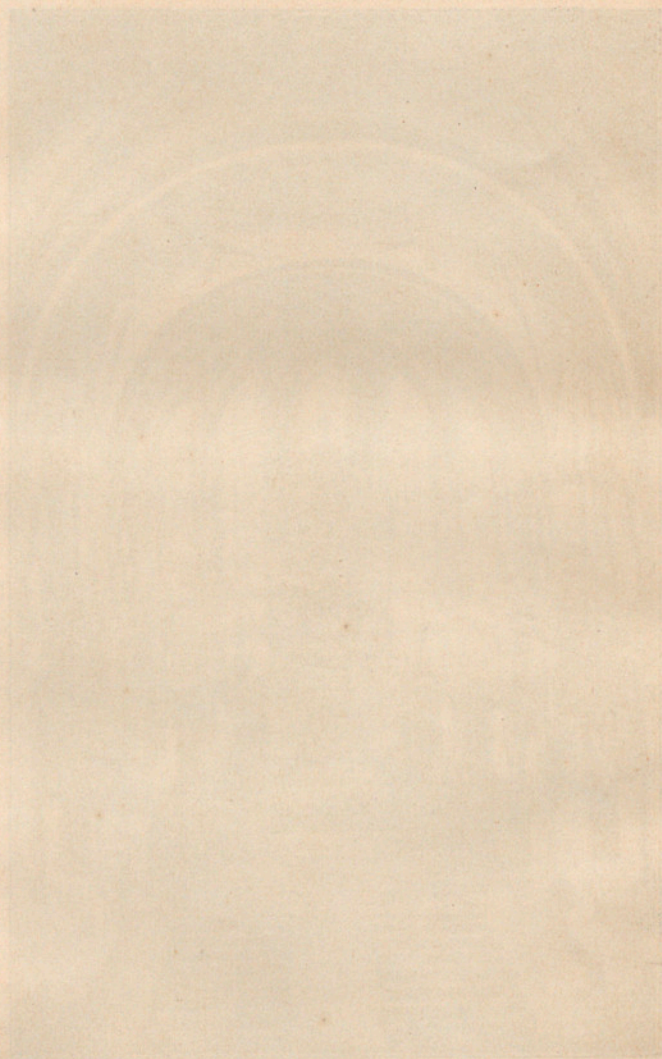
Dase cuenta al Rey del estado en que se halla el templo.— Su consagración.— Solemne traslación de la Santa Imagen.

I

A medida que se iba acercando el momento de la conclusión de las obras de la iglesia nueva, empezaron á dudar algunos Religiosos ancianos si sería ó no conveniente trasladar en ella la Santa Imagen de Nuestra Señora; ya que durante la visita apostólica del año 1586 se había ordenado y mandado con graves penas y censuras que ni se hablase ni tratase de esta cuestión. De esto y del estado en que se hallaba la obra de la iglesia, creyó conveniente el Abad dar noticia al Rey á 31 de Diciembre de 1591, el cual después de haberlo meditado con madurez escribió dos cartas una al Padre Abad, y la otra al virrey D. Pedro Luís Galcerán de Borja, marqués de Navarres y maestro de Montesa, que pondremos á continuación, porque de su tenor consta lo que pasó, y el cuidado que tenía el Rey de las cosas de este Santuario, como si no tuviera otros asuntos en que ocuparse. La carta que escribió el Rey al Padre Abad dice así: «Venerable y devoto Religioso, he visto todo lo que me escribís en vuestra carta del último del pasado, en respuesta de otra mía del veinticuatro del mismo, sobre lo que toca á la mudanza de la Santa Imagen de Nuestra Señora á la iglesia nueva, juntamente con la planta, y disposición de ambas iglesias, y el haver convidado para la consagración de la dicha iglesia á nuestro Lugarteniente General, y al Arzobispo de Tarragona, y á los demás Prelados congregados en el Concilio Provincial que aora se celebra, me ha parecido bien. Y respecto de la mudanza de la Santa Imagen, son muchas las consideraciones que obligan á que no se haga, como Vos muy bien lo apuntastes, quando fuistes de este mismo pensar. Pero para que mejor se acierte, he querido pedir á cada uno de los Prelados en particular, y también al dicho Lugarteniente General, su parecer, y escribirles sobre esto las cartas, que aquí van con las copias de ellas. Vos se las daréis á cada uno de por sí, y como de vuestro les podréis decir lo que á este propósito viéredes que convenga, y cobradas todas las respuestas me las embiaréis;



VISTA INTERIOR DEL TEMPLO



THE NATIONAL ARCHIVES

RECORDS OF THE DEPARTMENT OF THE ARMY

OFFICE OF THE ADJUTANT GENERAL

WASHINGTON, D. C.

y si algo tuviéredes que dezir de nuevo sobre esta materia, de más de lo que aora me avéis escrito, me lo podréis advertir aparte, para que visto lo uno y lo otro se pueda tomar la resolución que más convenga á servicio de Nuestro Señor Jesu Christo, y de su beatísima Madre María Santísima, y el decoro y reputación de esse Santuario, aunque lo que apuntáis cerca de los Oficios divinos en la iglesia vieja y nueva, parece bien todavía, pues se hallarán ai los dichos Prelados, será bien que como personas eminentes y de toda experiencia se lo comuniquéis y tratéis con ellos de la forma en que han de quedar las dos iglesias en caso que no se aya de mudar la Santa Imagen, y que Oficios divinos se han de dezir en la una y otra iglesia, y el servicio que ha de aver en ambas. Y de todo lo que sobre ello les pareciera, me avisaréis con el primero. Entre tanto que tuviéredes nuestra respuesta, no daréis lugar á que se haga novedad, así en lo que toca á la mudanza de la Imagen, como en ninguna de las demás cosas arriba contenidas, que en ello me serviréis. Dado en Madrid á 22 de Enero de MDXCII.—Yo el Rey.—Cassol, Secretario.”

No es necesario ponderar el afecto de Su Majestad hacia este Convento de Nuestra Señora de Montserrat; las menudencias á que atiende en esta carta, digna de ser leída una y otra vez, lo están diciendo de sobras. La que escribió al Virrey es del tenor siguiente:

«Ilustre Marqués de Navarres, Primo nuestro, Lugarteniente y Capitán General, el Abad de Nuestra Señora de Montserrate me ha escrito, que para el día de la Purificación de Nuestra Señora está acordado que se haga la consagración de la iglesia nueva de aquella santa Casa, y que juntamente con el Arzobispo de Tarragona y los demás Prelados que aora celebran el Concilio Provincial en essa Ciudad, os havéis Vos de hallar en ella, de que he olgado mucho, pues estoy cierto que con vuestra presencia y dellos se hará todo con mayor autoridad y demostración de general contentamiento, y aunque quedando la dicha iglesia consagrada, y en tanta perfección como el dicho Abad me escribe, algunos son de opinión que conven-dría mudar la Santa Imagen á ella, pero porque son muchas las consideraciones que obligan á que se haga, y para que mejor se acierte, en caso que tanto importa, me ha parecido saber de Vos en secreto lo que acerca desto os ocurre. Seré muy servido, que pues os hallaréis en la dicha santa Casa, y podréis más de cerca entender y considerar las razones y fundamentos que en pro y contra desto se ofrecen; y oyendo primero el Abad della, por cuya mano recibiréis ésta, en todo lo que á este propósito os quisiera dezir, me avisaréis con toda brevedad y secreto, y sin que nadie lo entienda, de lo que sobre este

particular ocurra, para que visto todo con la madurez que se requiere, se pueda tomar sobre ello la resolución que más convenga al servicio de Dios, y honra de su benditísima Madre, y á la honra y reputación de aquel Santuario. Dada en Madrid á 22 días de Enero de MDXCII.—Yo el Rey.—Cassol, Secretario.»

A consecuencia de lo contenido en las presentes cartas, y oído el parecer de los Prelados reunidos en Concilio, pasóse inmediatamente á la consagración de la nueva iglesia.

II

Desde el momento que quedó resuelto verificar el importante acto de la consagración de esta iglesia, pusiéronse en movimiento todos los resortes para que la ceremonia resultase lo más solemne posible. No se escasearon los adornos, entre los cuales fué uno dejar consignada la memoria del célebre Abad que dió comienzo á la obra, y del que le dió feliz término. En dos pilares de la iglesia fueron colocadas las siguientes inscripciones. La primera, que estaba dedicada al abad Garriga, decía así: *Fratre Bartholomeo Garriga, hujus Sedis Sacrosanctæ Abbate, cepta fuit augustissimi Templi istius moles: qui cum in hoc cænobio puer adhuc in servientis sacris cooptatus, futurum ita prædixisset, primum ejusdem Templi lapidem jecit, et explevit, quinto Idus Julii anno Domini MDLX.*

La otra dedicada al Maestro Fr. Plácido Salinas, que la acabó, decía como sigue: *Fratre Placido de Salinas, hujus Sedis Religiosissimæ Abbate et Præfecto generali hujus Ordinis enixe curante, hoc clarissimum Templum astantibus fere cunctis Episcopis Cæthalonie, Prorege, et optimatibus dedicatum consecratumque fuit quarto Nonas Februarii anno Domini MDXCII.*

Así las cosas, empezaron á llegar la gente oficial y devotos de todas partes, por manera que en este día no bastaron los ordinarios aposentos, sino que gran parte del público tuvo que pasar la noche al raso, á pesar de hallarse en tiempo de invierno y ser éste muy riguroso. Llegó el día 2 de Febrero de 1592, y á la primera hora de la mañana la iglesia vieja estaba llena de fieles ávidos de recibir los Santos Sacramentos, y de presenciar un acto de tanta importancia. Vino la hora señalada para la solemne ceremonia de la consagración del nuevo templo, y empezaron á salir en procesión los escolanes, ermitaños, donados, monjes, dignidades eclesiásticas y seglares, y por último el obispo celebrante D. Pedro Jaime, de Vich, acompañado de sus her-

manos los obispos de Barcelona D. Juan Dimas Lorís; de Gerona D. Jaime Casador; de Urgel D. Andrés Capilla, monje cartujo; de Elna D. Francisco Robuster y Sala, y de D. Gaspar Punter, obispo de Tortosa. El arzobispo de Tarragona D. Juan Jerés, no pudo asistir por hallarse enfermo. Del brazo secular asistieron el virrey D. Pedro Luís Galcerán de Borja, marqués de Navarres, maestro de Montesa, lugarteniente y capitán general de Cataluña; don Joaquín Carroz y Centellas, barón de Centellas; D. Juan de Icart, baile general de Cataluña, con otros muchos caballeros é infinita gente de todos estados y condiciones. Verificóse la ceremonia con la majestad que suele la Iglesia, y con la solemnidad que acostumbra este Santuario en todos sus actos.

Fué este un día de general regocijo: los fieles llevaban impresa en su rostro la satisfacción de que se hallaban poseídos. Este solemnisimo acto ocupó toda la mañana; sin embargo nadie salió del templo, ni dió prueba de cansancio ni fatiga. La inmensa multitud sentíase altamente complacida y satisfecha al ver que desde este día tenía Cataluña edificada y bendecida su Catedral más hermosa en la sin igual Montaña de Montserrat. Todos admiraban el valor del Abad que llegó á concebir tan magnífica planta y dió tal capacidad á un templo que ha sido reputado como uno de los mejores y principales de Europa.

Concluído el acto de la consagración, y reunidos en la Cámara Abacial los Obispos asistentes, el Padre Abad estimó conveniente aprovechar la ocasión para cumplir la voluntad de Su Majestad el Rey, haciendo entrega de las respectivas cartas que le había mandado para cada uno de ellos. No hemos visto ni hallado en parte alguna lo que opinaron esos Prelados acerca el objeto de la consulta; pero no podemos dudar que su consejo fué favorable al traslado de la Santa Imagen, salvas siempre ciertas formalidades, por lo mismo que algunos años después tuvo lugar este acto tan necesario como deseado. Así terminó uno de los acontecimientos más solemnes é importantes que ha presenciado esta Montaña.

III

Llegó, en fin, el momento de la traslación. Todo el tiempo que medió desde la consagración fué necesario para completar el decorado del templo nuevo. Es verdad que se celebraban en él y tenían lugar cierta clase de funciones con otra imagen de Nuestra Señora; mas esto

no satisfacía la piedad y devoción de los fieles. Faltaba lo principal, y era: la Imagen que por milagro había sido encontrada en la santa Cueva, y que tantos y tan estupendos milagros había obrado.

Murió Felipe II, el protector entusiasta del Santuario de Montserrat, y falleció precisamente en Septiembre de 1598. Poco después vino á Barcelona su hijo Felipe III á celebrar Cortes y jurar los fueros de Cataluña, y deseoso de que se verificase el traslado, consultados los pareceres de todos, á fin de quitar y remover los escrúpulos de las censuras del Obispo de Vich, que como Visitador Apostólico había impuesto á los monjes que tratasen ó hablasen de quitar de su propio templo la Santa Imagen, acudió al Nuncio de Su Santidad, quien levantó dichas censuras y dió el correspondiente permiso (1). Con esta licencia se sosegaron los ánimos y cesaron las dudas.

El jueves 8 de Julio de 1599 salió el Rey de Barcelona, yendo á pernoctar en Martorell. Púsose en camino á la madrugada del día siguiente, llegando á Montserrat el viernes á las diez de la mañana. Fué recibido por toda la Comunidad con cruz alta, presidida por el Padre Abad, de pontifical, y cantando el *Te Deum* fué acompañado á la iglesia vieja, donde estaba la Santa Imagen, terminando con la *Salve* cantada por los escolanes. Después de orar un rato, pasó á la iglesia nueva; y viéndola tan bien dispuesta, dió orden para que el día siguiente, que era sábado, se acabase de preparar lo necesario para la traslación.

Hízose como el Rey ordenaba, y el domingo, después de oír Misa y comulgar en público, asistió á la mayor, que se celebró de pontifical, predicando el P. Fr. Plácido Pacheco de Ribera, que después fué obispo de Cádiz y Plasencia. Acabada la Misa, seis monjes con roquete y estola sacaron la Santa Imagen de su tabernáculo, la bajaron sobre el altar, y la vistieron con la ropa y joyas más preciosas.

Llegada la hora de vísperas asistió á ellas Su Majestad; y concluidas, se vistió de pontifical el Abad: los monjes con capas de brocado, y los ermitaños y frailes con dalmáticas también de brocado, saliendo en seguida la procesión. Iba delante la cruz regalada por los marineros catalanes de la nave llamada Juliana, y ellos Julians, de cincuenta y dos marcos de peso y toda de plata dorada. Seguían luego cuarenta y tres frailes legos, quince ermitaños, y sesenta y dos monjes, todos con vela; los niños escolanes y demás Capilla de música; y á éstos el Trono donde iba el joyel del Principado, la Perla de Cataluña, Nuestra Señora de Montserrat. Llevaban las andas cuatro mon-

(1) Véase el Apéndice núm. 1.

jes con dalmáticas del más rico brocado, las varas del palio seis monjes ancianos. Detrás de la Virgen iba el Abad de pontifical, á quien seguía el Rey con hacha en la mano en que estaban grabadas las armas reales; y detrás, formando dos filas, los Grandes de España que acompañaban á Su Majestad y señoras de alta alcurnia que asistieron por devoción. No es extraño que aquí no figuren Prelados ni Dignidades eclesiásticas; pues se hizo la función como en secreto por la peste que asomaba la cabeza, y quería evitarse todo lo posible la aglomeración de gentes. Volvió á entrar la procesión en la misma iglesia vieja de donde había salido, y desde allí, por un paso que se había abierto, pasó al patio de la iglesia nueva, entrando en ella cantando el *Te Deum*, y al grito de *Viva la Mare de Dèu de Montserrat* dióse por terminada una de las funciones principales que se han visto en este Santuario. La misma tarde el Rey con todo su séquito se fué á dormir á Martorell.

Para eterna memoria de este solemne traslado, pusieron tres inscripciones, una en la iglesia vieja que decía: *Philipo III, Hisp. Rege Catholico presente, Deiparæ Virginis Mariæ Imago. Hinc in Templum novum translata fuit V. Idus Julii, anno MDXCIX, cum, hic septingentis annis miraculis claruisset.* Púsose esta lápida en el mismo lugar que ocupaba antes de ser trasladada la venerable y Santa Imagen. Dejáronse muchas lámparas para que ardiesen continuamente delante otra imagen que se colocó en el altar mayor, y hubo el mismo concurso de fieles á visitar esta iglesia que antes del traslado.

La segunda inscripción se puso en la iglesia nueva, y decía así: *Philippus II, Hispaniarum Rex, Catholicus, maximus, cum singulari pietate, in hoc Monasterium plurima et ampla dona contulisset, ob quæ in eo summa hospitalitas et Religio præstiterunt, postremo sumptuosam istam tabulam juvenis, et Regiam mediis, acelli lampadem moriens dono dedit XIII Kalendas Junii, anno MDXCIX.* Esta inscripción señala por donatario del retablo al rey Felipe II, y también de la lámpara que dejó en testamento.

La última inscripción corresponde á la función que acabamos de describir, y decía del modo siguiente: *Frater Joachimus Bonanatus, hujus Monasterii Abbas, sub quo... Sanctissimam Virginis genitricis Dei effigiem coram Philipo III, Hispaniarum Rege Catholico Maximo, e veteri Templo in hoc novum transtulit V Idus Julii, anno MDXCIX.* Estas dos inscripciones fueron colocadas entre las columnas en que hoy existen colocados los púlpitos.

la segunda de 1594, y la tercera de 1627. Lo cierto es que aquel gran señor, después de leer y releer varias veces este libro, no sólo lo hizo circular por dentro y fuera de España, sino que dispuso una habitación para sí en este mismo Convento, y se retiró en él para acabar bien sus días á la sombra de esta misma Señora. No debiéndose pasar por alto una circunstancia muy especial, y es: que el mismo Duque decía en su carta, que «era muy poco ó nada propenso á creer en milagros.» ¡Plugiera á esta Santísima Madre que los que no han creído hasta ahora, creyesen de hoy en adelante, que sería el mayor de todos los milagros! Todos los que expresa aquel tan apreciado libro del P. Burgos, los refirieron también, copiándolos de él, los célebres historiadores Yepes y Argaiz, añadiendo otros que tuvieron lugar más tarde; y de ellos los copió también D. Pedro Serra y Postjús en su historia de Montserrat. Negar, por tanto, que esta Santa Imagen haya obrado milagros, sería negar el sol en pleno día. El célebre poeta Cristóbal de Virués, en su poema titulado *Montserrat*, resume las clases de milagros obrados por la Patrona de Cataluña en las tres siguientes octavas:

El enfermo llegado al postrer punto,
Y la preñada al de parir llegado,
Con su mortaja el que ya fué difunto,
Y la madre, que el hijo vió anegado;
En estos claustros serán vistos, junto
Con mil, que en desierto ó en poblado (1),
Entre traidoras manos enemigas
Tuvieron mortalísimas fatigas.

Aquí del preso y del cautivo rota
La doblada cadena será vista,
Aquí la nave, que enemiga flota,
O tormenta bravísima resista;
Aquí el bajel, que en áspera derrota,
Libre entre peñas ó bajíos embista,
Pintados se verán en las tablillas,
Que son memorias de estas maravillas.

(1) Quiere significar con esto el poeta, que antiguamente los dos claustros que existían estaban llenos de exvotos que pendían del techo y las paredes.

Los desterrados, pobres y afligidos,
Del cruel mundo acá y allá arrojados,
Los ciegos, mudos, sordos y tullidos,
Paralíticos, cojos y lisiados;
Los hombres libres, sueltos, distraídos,
Y en humanas miserias engolfados,
Si aquí la devoción los encamina,
Tendrán en cuerpo y alma medicina.

III

Es cierto que la Santa Imagen de Montserrat ha obrado siempre milagros desde su misma invención, que fué ya el primero; mas los antiguos monjes no se tomaban la molestia de consignarlos por escrito. El primero que los recopiló fué el citado abad D. Pedro de Burgos. Los que llevan data, casi todos comienzan en el año 1300 poco más ó menos, y acaban en 1605, en que fué reimpreso el libro; dejando en él consignados trescientos cuarenta y siete milagros. Hay entre ellos un hombre y dos niños resucitados; dos ciegos con vista; siete cautivos de los moros que alcanzaron su libertad; un moro enfermo, sano y convertido; un judío con su mujer é hijos convertidos, por verse ella libre del peligro de la muerte en su parto; un niño libre del peligro de ahogarse en el mar; un hombre libre de la horca; diez hombres libres de ser muertos en la fábrica de un pozo, que se les caía encima; una mujer libre de los dolores en un tormento; una lengua restituida después de cortada por mandato de D. Ramón Folch, vizconde de Cardona; una mujer despenada y libre de la muerte; otra mujer y cuatro hijos libres del fuego... *Sed hæc quid sunt inter tantos?* Nos haríamos interminables si hubiesemos de consignar todos los milagros que ha obrado Nuestra Señora. El que guste leerlos más despacio y con todas sus circunstancias y señales, vea el libro titulado de los *Milagros de la Virgen*, en donde los encontrará claramente explicados. Nosotros referiremos tan sólo dos muy principales para instrucción y provecho del lector.

En un libro impreso en Barcelona (1) sé lee lo siguiente: «Con las Misas que dijo San Gregorio salió el alma de su hermana del purgatorio; y con las tres Misas que se dicen en el altar privilegiado de

(1) *Notena à la Santissima Virgen de Montserrat*, compuesta por el P. D. Telsforo Pons. Barcelona.—Agullers, 1822.

Nuestra Señora de Montserrat por cualquier cofrade ó esclavo suyo, sale también el alma de aquella tenebrosa cárcel. Consta por muchas revelaciones; entre ellas por la siguiente: El año 1657 llegó á este Santuario una niña de cinco años con su madre viuda, para que se le dijese tres Misas privilegiadas por su padre difunto, que con ellas saldría del purgatorio. Comenzada la primera, dijo la niña que su padre estaba en las gradas del altar mayor, al lado de la Epístola, rodeado de fuego. Y luego el reverendísimo General, que se hallaba presente, la mandó llevar un pañuelo al fuego, por ver si era verdad. Fué la niña con el lienzo á aplicarlo al fuego en que estaba su padre; al momento lo vieron arder en vivas llamas todos los monjes y gente de la iglesia. En la segunda Misa declaró la niña que después de la consagración estaba su padre al lado del diácono con una vestidura muy hermosa de color. En la tercera Misa confesó y respondió la niña que al *Memento* de la Misa se había pasado su padre al lado del Evangelio; y que estaba junto al sacerdote con una vestidura muy blanca; y consumida la Hostia y el *Sanguis*, exclamó la niña: ¡Ay, que se va mi padre! ¡Ay, que se sube arriba! y al punto cayó desmayada. Luego volvió en sí; dió gracias á la Comunidad de parte de su padre, quien así se lo había mandado (1). Se hallaron presentes al hecho que acabamos de referir el General de la Orden Benedictina de España, el Obispo de Astorga, y otras personas ilustres y gente del pueblo.

«El mismo caso sucedió con el alma de Pablo Coll, catalán, aparecida á su criada María Roseras, la que, dadas las propias señales, y dichas las Misas en el altar de Nuestra Señora, afirmó haber subido al cielo la citada alma: año de 1741.» Así lo refiere el citado libro. Consta también que el obispo de Urgel D. Francisco de la Dueña y Cisneros recibió una información de testigos en 1802, acerca de las circunstancias personales, visiones privadas y declaraciones semejantes de otra niña de su diócesis, constante en afirmar que la avisaba su difunto padre.

Hechos de esta naturaleza han sucedido varios, de los cuales se ocupa el citado libro de los *Milagros*. Nosotros creemos no ser necesario presentar otros; como prueba fehaciente de que la Santa Imagen de Montserrat con el tiempo ha obrado muchos y diferentes, basta y sobra lo que se deja referido. La posibilidad de semejantes avisos no puede negarla quien crea y confiese el dogma católico de la existencia del purgatorio, y de los sufragios de los vivos á favor de las almas de los difuntos detenidas en él; mayormente cuando tales avi-

(1) *Perla de Cataluña*, pág. 268.

sos recaen sobre criaturas de pocos años, tiernas, sencillas, inocentes é incapaces de fingir ó faltar á la verdad. En conclusión podemos asegurar que el universal y popular desarrollo de la devoción á la Morenita de Montserrat, tanto en España como fuera de ella, se debe de una manera muy especial á los grandes prodigios obrados por Ella en siglos posteriores. Y si se pregunta, ¿por qué no los obra hoy día? Diremos tan sólo para acabar, que no faltan milagros en Montserrat en nuestros tiempos, sino que el Señor no ha creído conveniente que fuesen públicos y ruidosos como en tiempos más antiguos.

CAPÍTULO SEXTO

Que la devoción á Nuestra Señora de Montserrat es y ha sido universal.— Lugares en que ha sido venerada su Santa Imagen.— De las imágenes que en Montserrat han hablado.

I

Grandes y numerosos fueron los milagros que Dios ha obrado por intercesión de la Santa Imagen de Nuestra Señora de Montserrat: milagros que lo mismo los han experimentado nacionales que extranjeros. Desde la invención de la Santa Imagen no han cesado esta clase de prodigios en toda suerte de personas. La época en que más plugo á la divina bondad hacer uso de su poder á favor de los desgraciados, fué sin duda desde el siglo XV al XVIII. Los libros están llenos de favores y gracias obtenidas por la mediación de esta admirable Imagen. No hay duda que tales y tan grandes prodigios fueron la causa más principal y más poderosa de que el culto de Nuestra Señora se propagara por todo el mundo con tanta rapidez y fervor. Oigamos sino al célebre autor de la *Perla de Cataluña* (1). Dos siglos atrás escribía de la siguiente manera: «De aquí nació la devoción entre los católicos de Francia con este Santuario, que era tanta por estos tiempos, que pondré por testimonio uno de los dos testigos que asistían al abad Gómez en la ocasión de este segundo milagro, que fué francés,

(1) Argaiç, pág. 244.

y es el P. Mateo Oliver, persona grave é inteligente en papeles; de quien se acuerda Fr. Antonio de Yepes algunas veces en su crónica. Este Religioso, pues, dice las palabras siguientes en un libro manuscrito que tengo del Convento de Nuestra Señora de Montserrat: En el año 1624, Yo Fr. Matheo Oliver, confesé desde primero de Enero del dicho año, hasta últimos de Diciembre del mismo, de franceses ó flamencos y otras naciones de lengua francesa, cinco mil quinientas cincuenta y dos personas, grandeza notable, por cierto, de este Santuario. Pues ¿cuántas habria de españoles, italianos y alemanes, que son amigos de ver mundo?» Así hallo en el dicho libro: que contando el gasto que tiene de las provisiones, habiendo puesto y especificado el número de monjes, ermitaños, frailes legos, escolanes y criados de la casa, que montan y llegan á cuatrocientas treinta y tres personas, dice el que lo escribió, que sin duda debe ser algún monje y ministro bien curioso, lo siguiente:

«Fuera de esto, en la hospedería de gente principal, peregrinos y pobres, suele acudir mucha gente por todo el año, y en algunas festividades se han contado en un día, sin la gente de casa, nueve mil setecientas quince personas, y á todas se les da de comer, pan y vino y lo demás, conforme á la calidad de las personas, y á dos y tres días.» Y haciendo abanzo de lo eclesiástico y regular que hubo en un año, prosigue de la misma letra: «Y por curiosidad los hizo contar un aposentador, y fueron en todo un año á los que dió aposento y de comer :

De frailes Franciscanos.	445	De San Jerónimo.	15
De Santo Domingo.	187	De la Cartuja.	5
De San Agustín.	125	De San Basilio.	19
De S. Francisco de Paula.	138	De la Compañía.	52
Del Carmen.	126	De San Juan del Desierto.	8
De la Merced.	132	De ermitaños Roqueros.	89
De la Trinidad.	117	De capellanes y clérigos.	2,349
De San Bernardo.	22		

«Suman todos tres mil ochocientos veintinueve eclesiásticos y Religiosos. No es, pues, extraño que en aquellos días se contaran en Montserrat para servir á tanta gente y satisfacer necesidades de la Casa el número tan considerable de setenta monjes, dieciséis ermitaños, ocho donados, veinte escolanes, cuatro clérigos, trescientos criados, ciento veinte acémilas, y doce mulas de silla. Pues digan los lectores curiosos y devotos que han corrido mundo y visitado San-

tuarios, si han hallado en Europa otro con semejante frecuencia. Yo creo que ni Loreto, en Italia; San Miguel de Monte-Tumba, en Normandía; Santiago, en Galicia; ni Guadalupe, en Extremadura, pueden escribir esto que de Montserrat se dice."

II

La devoción á Nuestra Señora, si bien se examina, es de índole tal, que difícilmente se encontrará otra que se le asemeje. Su nombre ha resonado por todos los confines de la tierra, y ha hecho venir en peregrinación gentes de todos los pueblos; pero la Virgen no se ha contentado con esto, sino que ha querido ser venerada y tener altares en las principales iglesias del mundo. No hay parte, por remota y retirada que sea, en donde no se haya oído exclamar: «Válgame la Virgen de Montserrat.» Por esto ha dispuesto la Providencia que en muchísimas partes de la cristiandad se hayan levantado iglesias ó erigido altares en su honor.

De tal manera se ha extendido y propagado el culto de Nuestra Señora de Montserrat, que es venerada en España, dentro de la Península y en Ultramar; Francia, Italia, Austria, Bélgica, Brasil, Méjico, Portugal, Cerdeña, Nápoles, etc., etc., en todos estos países existen imágenes de Montserrat y se les da culto esplendoroso. Ya que la índole de este trabajo no permite hablar de cada pueblo en particular, pondremos aquí una breve relación de las ciudades más principales en que es conocida y venerada esta devoción.

En Madrid, capital de nuestra España, hay dos iglesias; una que fué fundada en 1642, y la del hospital de la Corona de Aragón, dedicada en 1678. En Valencia, Zaragoza, Murcia, Huesca y Palma de Mallorca, había casa propia y capilla pública, y en Barcelona cinco: la de la Casa Procura, frente la Aduana, erigida en 1725 por el abad Fr. Benito Tizón; la de casa Magarola, calle de la Puertaferrija, donde había antiguamente la Procura; la de la Catedral, la de San Justo, y otra que se colocó en la iglesia de San Miguel, en memoria de haber estado allí desde 1822 al 24 la propia Imagen que se venera en esta Montaña. Copias de esta Santa Imagen existen en muchos pueblos y ciudades de España, que es difícil enumerar.

Imperando Fernando II entraron en Alemania monjes Benedictinos de Montserrat; y á expensas de este Emperador erigieron en la Corte de Viena una iglesia y Monasterio. Un siglo atrás concluyóse un templo magnífico, al que contribuyó el emperador Carlos VI, á

donde fué trasladada del templo viejo la santa imagen de Montserrat con grande júbilo y contento. En la edificación de este templo ocurrió el hecho siguiente, digno de ser historiado.

Al jefe de la guarnición le pareció que el lugar destinado para la iglesia era contrario á lo que disponen las leyes militares. El coronel lo hizo así presente al Emperador, el cual contestó: «¡Santo Dios! ¿qué nos culpa este coronel? Yo no supe hallar mayor defensa para esta ciudad que el templo de Nuestra Señora de Montserrat; y quiero que esté antes la Virgen que el presidio ó fortaleza. Más segura tengo la protección en Ella, que en él. Díganle que yo no quiero cambiar de parecer, porque así no hay que temer mal alguno.» El mismo Emperador dió un Convento en Praga, capital de Bohemia, á los propios monjes con el título de Nuestra Señora de Montserrat. Allí estuvo el P. Benito Peñalosa, después de haber predicado en Méjico, en donde hizo fabricar la preciosa corona de oro y esmeraldas que él presentó á este Santuario.

En Roma una señora de Barcelona llamada Jacoba Fernández, en 1350 se dedicó á acoger en su casa á los peregrinos de la Corona de Aragón. Continuó esta buena obra hasta el año 1385, en que murió, dejando sus bienes á favor de un hospital para los mismos, bajo la advocación de Nuestra Señora de Montserrat. En 1594 se concluyó la iglesia actual, servida ordinariamente por un Auditor de la Rota español.

En Nápoles fué fundada una Casa y capilla en honor de Nuestra Señora por el rey católico D. Fernando, donde vivía un monje Prior. En Palma había también Priorato. En Méjico y Lima lo mismo, en donde vivían dos monjes. En Lisboa fué erigido un templo. En la ciudad de Caller, isla de Cerdeña, á más de levantar iglesia de Nuestra Señora, había también Priorato. En París, Lión, Ruán y Tolosa había capillas públicas en su honor. En 1484 fué erigido un altar á la Virgen en la ciudad de Mons (Bélgica); y en 1884 fué celebrado con mucha solemnidad su cuarto Centenario. En el Brasil existen todavía dos Conventos bajo el título de Nuestra Señora de Montserrat. En vista de estos datos tan ciertos como verídicos, bien podemos concluir diciendo: que la devoción á nuestra Santa Imagen es y ha sido grande y universal.

III

Existían antes del incendio en esta iglesia algunas imágenes muy estimadas y veneradas. Entre ellas se contaban tres que, según tradición muy respetable, habían hablado. La primera estaba en la sacristía en un cuadro, no muy grande, á cuyos pies estaba un día Francisco Levoroto en Italia, lamentándose de unas penosas sequedades que padecía en la oración, cuando le dijo el Divino Señor: *Non consolabor te, quoad usque ad Montem Serratum perrexeris*: «No te consolaré hasta que vayas á Montserrat.» Vino con la Santa Imagen; pidió y diéronle el hábito, y llegó á ser un santo monje.

La segunda imagen que habló era un Crucifijo muy grande, que tenía altar y capilla propia en la tribuna que está sobre el altar de San José. Teníale entrañable devoción un escolán, llamado Benito de Aragón. Suplicábale frecuentemente le inspirase qué forma de vida había de tomar para seguir la divina voluntad. Un día le respondió el Señor: *Ut anacoreticam vitam deligas*. Fué al Abad, pidióle el hábito de ermitaño, y viéndole éste tan joven, que sólo tenía quince años, fué rechazada su petición. Sabiendo Benito que en una Montaña vecina á Manresa había unos ermitaños de afamada virtud, se fué á ellos. Les pidió su admisión, que fué escuchada. Estuvo con ellos veinticinco años haciendo vida muy ejemplar. Mas como los primeros amores á la Virgen Nuestra Señora, lejos de apagarse, iban cada día en aumento, al llegar á la edad de los cuarenta años volvió á su Casa primitiva. Pidió otra vez el hábito, se lo dieron y con él una ermita. El abad Yepes dice de él: «Su vida puede ser comparada con la de los ilustres ermitaños de Siria y Egipto.»

En el lienzo de la pared más cercana á la puerta del Coro, en un cuadro muy grande que antes existía, estaba una imagen de Jesús con la cruz á cuestas, hecha por mano maestra; he aquí la tercera imagen que habló, según tradición de este Santuario. A fines del siglo XVII, en algunas iglesias y Conventos era costumbre que el día de los Santos Inocentes solían hacer los jóvenes en el Coro el papel de Prelados; y los más ancianos hacían papel de niños, lo que toleraban los Superiores por ser aquellas Pascuas tan alegres. Celebrándolas un año del modo indicado los monjes jóvenes, sucedió que pasando por delante de la puerta del Coro el Hermano Fr. José de San Benito, gran siervo de Dios, y haciendo reverencia á la imagen de Cristo, oyó una voz que le dijo: «¡Mira, hijo, la paga que me dan!» Voz que

le penetró el corazón, de manera que bajando confuso y avergonzado á la iglesia, al prepararse para oír una Misa, le sobrevino un accidente tan fuerte, que fué preciso llevarle en brazos á la cama, donde estuvo bastante rato sintiendo lo que el Señor sentía por aquellos deslices de la juventud. Desde aquel día, ni en este Santuario ni en ningún otro Convento de Cataluña fueron permitidas semejantes libertades en el templo en la fiesta de los Santos Inocentes.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Lo que de Montserrat han escrito autores antiguos y modernos.—Qué de su Santuario, de sus ermitas y ermitaños.

I

De ningún modo podríamos empezar mejor el presente capítulo que copiando al pie de la letra lo que dejó escrito el célebre D. Pablo Pí-ferrer, en su grande obra, sobre este antiguo y devoto Santuario (1). «Cuando el viento azota lentamente las nubes y por entre sus disformes grietas asoma el azul del cielo, ¿visteis los grupos fantásticos que aquéllas forman, fingiendo ya monstruos horribles, ó ya apiñándose como fábricas portentosas que levantan al aire cien agujas desiguales? Así parece fantástico Montserrat al que viniendo de Igualada lo contempla por la parte que corre de Mediodía á Poniente: al ver sus peñones desgajados y como colocados por mano de hombre, aquellas crestas multiformes, caprichosas y gigantescas, la fantasía créase catedrales ciclópeas, ó inmensos castillos aéreos fortalecidos con cien torres, si ya no se estremece ante aquel Briareo que medio hundido en los abismos de la tierra alza al cielo los cien brazos. Aquél es el Monte que cantan las baladas montañesas; aquél, con que las madres catalanas entretuvieron á sus hijos en la infancia, y cuyo nombre, apenas pronunciado con labios balbucientes, doró los sueños de nuestra imaginación; aquél, que al oír la relación de nuestros padres y

(1) Pí-ferrer: *Recuerdos y bellezas de España. Cataluña*, pág. 345.

de nuestros hermanos mayores, excitó en nuestras tiernas almas una idea de algo bien grande, bien hermoso, en que aparecían historias y coronas de reyes, formando una aureola al rededor del nombre de María, al paso que concebimos una dulce esperanza que nos prometimos verificar cuando llegásemos á la edad de nuestros hermanos..."

Por lo que mira á esta sagrada Montaña, escribió el Maestro Medina (1) de esta manera: «Parecen sus riscos y peñas tan hermosas, como si se mirase una ciudad edificada en una grande altura, y muy cercada de torres y murallas. Es tan alta y pedregosa, que parecen sus riscos ser nubes puestas en el aire cerca del cielo de la luna.» Esteban de Corbera (2) lo describe así: «De lejos parece toda aquella Montaña, no sólo inhabitable, pero inaccesible, y es tal su fábrica maravillosa, que la mayor soledad de aquellos riscos y peñascos alegra y consuela con su vista, y levanta el corazón á alabar á Dios.» El P. Francisco Garau, de la Compañía de Jesús (3), dice: «Sus agujas y obeliscos, ó su origen, por puntales del cielo, ó forman en perspectiva los rayos de la corona, que le declara por Rey de los Montes.» El P. Villanueva (4), habla del modo siguiente: «El Monte de Montserrat es uno de los objetos que llama la atención de naturales y extranjeros, y admira aún á los acostumbrados á ver rarezas y maravillas de la naturaleza. No hay pincel ni pluma que pueda explicar las perspectivas que ofrece al que se interna en él.» Este párrafo pediría un grande volumen si hubiésemos de trasladar aquí todo lo que se ha escrito sobre Montserrat. Antes de darle por terminado, creemos no disgustará á los lectores poner aquí lo que cantó en verso el Dr. D. Juan Pérez de Montalván (5). Dice así:

Yace á la vecindad de Barcelona
 Montserrate, gigante organizado
 De riscos, cuya tosca pesadumbre
 Con los primeros cielos se eslabona;
 Porque tan alto está, tan levantado,
 Que desde los extremos de su cumbre,
 Por tema ó por costumbre,
 A la ciudad del frío,
 Parece que el rocío

(1) Medina: *Grandezas de España*, lib. VIII, cap. CLXXIII.

(2) *Cataluña ilustrada*, M. S., fol. 350.

(3) *El sabio instruido de la naturaleza*, tom. VII, pág. 136.

(4) *Viaje literario*, tom. VII, pág. 136.

(5) *Para todos*, pág. 139.

Antes quiere chupar que caiga al suelo,
Y después escalando al cuarto cielo,
Porque el primer lugar halló muy frío,
Empiña la garganta macilenta,
Y á la región del fuego se calienta.

Si lo que acabamos de consignar no fuese bastante para que el lector se forme una verdadera idea de lo que es esta Montaña, lea la descripción que hizo de ella el insigne Virués en su poema épico *El Montserrat*. Habla en un episodio el ermitaño Garí refiriendo á un extranjero las singulares bellezas del patrio Montserrat, y canta del modo siguiente:

Montserrat, Señor, la alta Montaña,
Cuyas grandezas gustas que te cuente,
Tras el suceso de mi vida extraña,
Que he referido ya sumariamente,
Está situada en la felice España,
Casi en el medio de la noble gente
De que es cabeza Barcelona ilustre,
Grande ciudad, de gran riqueza y lustre.

De quien hacia Poniente está distante
Siete leguas y doce á Tramontana
Tiene los Pirineos, y delante
Al Mediodía la marina llana;
Por donde cuando sale de Levante
La clara luz de quien el día mana,
Los rayos de oro que en el agua altera
En el luminoso Monte reverbera.

Cuatro leguas ocupa de la sierra
El ancho asiento al rededor medido,
Y el grande río que en el mar se encierra,
Allí donde yo fui del mar traído,
Fertiliza del pie la verde tierra,
De las aguas del Monte enriquecido,
Que son muchas, muy claras y agradables,
Dulces, suaves, frías, saludables.

La belleza, la gala y compostura
De toda la Montaña es admirable;
La varia y hermosísima espesura
No puede ser más linda y agradable;
La eterna y fertilísima verdura

Es en extremo dulce y deleitable ;
Hasta los riscos ásperos y yertos
Están de flores y árboles cubiertos.

Los riscos cuyas cimas hasta el cielo,
En forma de pirámides subidas,
Bastan á divertir y dar consuelo
A las más tristes almas y afligidas;
Que, ora cubiertos de importuno hielo,
Ora se muestren verdes y floridos;
Sólo el orden y traza de su asiento,
Cuanto es de admiración, es de contento.

Ni en los famosos tempes de Tesalia,
En la mayor riqueza del Peneo,
Ni donde más las ninfas de Castalia
Enriquece el arroyo Pegaseo;
Ni en la aurífera Hesperia, ni en Italia,
Ni en lo mejor del Arabe ó Sabeo,
Algún lugar con Montserrate igualo
En belleza admirable y en regalo.

Cual famosa ciudad puesta en la raya
Del enemigo reino poderoso,
Donde mil torres y atalayas haya
Sobre un asiento altísimo y hermoso;
Y que entre el cerco, torre y atalaya
Se muestra el alto templo suntuoso,
La casa principal, los capiteles,
Las almenas, las cruces y pineles.

Así parece desde lejos vista
La sierra, porque están los riscos puestos
Con tal concierto, que uno de otro dista
Casi á nivel en el altura y puestos.
Engañan al juicio, y á la vista
Que parece por arte estar dispuestos,
Y por entre ellos ver con varias luces
Templos, almenas, capiteles, cruces.

Están las peñas como si aserradas,
O partidas á mano hubiesen sido,
Menos ó más en parte levantadas,
Según menos ó más hayan crecido,
Y de vellas la gente así cortadas,
Y el Monte en tantas partes dividido,
Fué Mont Serrat en catalán llamado,
Que es lo mismo decir Monte aserrado.

Pero la universal lengua de España

De Mont Serrat llamóle Montserrate,
Y así se ha de llamar esta Montaña
Por cualquier que en tal lengua della trate:
Fuera otra cosa afectación extraña,
Y quitar á la lengua su quilate,
Pues es en ella propio ya tal nombre,
Y así es razón, Señor, que yo la nombre.

Aunque es mejor nombralla un paraíso;
Según es la alegría y el consuelo,
De que dotar del Monte el aire quiso
El liberal y favorable cielo.
Gozo divino, celestial aviso,
Lleno de sacra luz, claro desvelo,
Influye el rico clima eternamente
Del fértil y alto Monte al aire ambiente.

Y á las innumerables plantas bellas
Influye varios y abundantes frutos,
De que con liberales manos ellas
Al hombre en todo tiempo den tributos;
Y á las hierbas las flores como estrellas
Hasta en los secos riscos más enjutos,
De quien el viento ofrezca á los sentidos
Los ámbares y almizques más subidos.

De fieras y aves ¿quién pintar podría
La multitud, belleza y mansedumbre?
De sus voces y cantos y armonía
¿Quién referir el gusto en su costumbre?
Hacen al hombre amiga compañía.
Cual si razón humana las alumbra,
Con gusto que el espíritu levanta
Al Hacedor de maravilla tanta.

Y así las espesuras espantosas,
Las fieras y aves, plantas, frutos, flores,
Las altas sendas, ásperas y fragosas,
La regalada suavidad de olores,
Las obscuras cavernas temerosas,
Y del aire los claros resplandores,
Se conforman de suerte en dar contento
Que no desea más el pensamiento.

Y el ver desde amenísimos lugares,
Que tiene á cada paso la Montaña
Mil sierras, mil llanuras, mil lugares,
Los altos montes, término de España;
Y aun las fértiles Islas Baleares

Se pueden ver, tal es su altura extraña,
Que están dentro del mar doscientas millas
En frente de las iberas orillas.

Es un regalo, un gozo, una belleza,
Y un entretenimiento tan gustoso,
Que levanta el espíritu á la alteza
Del deseado celestial reposo.
Al fin, allí extremó naturaleza
Todo lo más suave y más hermoso,
Y todo lo que más mueva y aviva
La santa soledad contemplativa.

II

El abate Orsini, en su devotísima obra de la Madre de Dios, dice que de todos los Santuarios de María, el de Montserrat, en España, es el más pintoresco y el más extraordinario... Allí es donde los católicos han construido, sobre una masa de rocas, á la mitad con corta diferencia de la altura del Monte, el famoso Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat. Surio, en el apéndice que añadió á Juan Nauclero, lo llamó celeberrimo. El P. Canisio, de la Compañía de Jesús, en el libro quinto de Santa María Deipara, tratando de las iglesias de Nuestra Señora, da eminente lugar á esta de Montserrat, así por los continuos milagros obrados por su Santa Imagen, como por la hospitalidad que hay en ella, y la mucha santidad de sus monjes.

Antes de la invasión de las tropas francesas en el presente siglo existían esparcidas por esta admirable y singular Montaña unos hombres llenos del espíritu del Señor, llamados ermitaños, que recordaban los primeros tiempos del Cristianismo, y la vida penitente de los solitarios de la Tebaida, que en número de trece ocupaban las ermitas, casi todas situadas en parajes ásperos y de difícil acceso, cavadas algunas en los huecos de las peñas. A ellas subían casi todos los peregrinos que venían á visitar este Santuario, incluso los más encumbrados personajes de sangre real, que se complacían en conversar y comer con aquellos fervorosos anacoretas, y oír de sus labios palabras del cielo más que de la tierra, entre los cuales se han contado algunos insignes en toda especie de virtud y santidad.

He aquí una página bellísima de nuestro malogrado Piferrer sobre las ermitas y los ermitaños de Montserrat. «Una naturaleza horrible arredraba á nuestros antepasados, que subían á las ermitas por sendas y peligrosas escaleras que á ellas conducen: ora como colgados

en el aire miraban con pavor los derrumbaderos, que de pico en pico se prolongan sobre sus cabezas; y ora, al doblar la punta de una roca, tendíase á su vista un vasto panorama, en cuyo fondo asomaban tal vez cumbres nevadas. El viento traíales en sus alas caprichosas las armonías del órgano y del canto, cuyos sonos profundos y lejanos cobraban algo de fantástico y temeroso al quebrarse en aquellos colosos fríos de roca, bien como los últimos ruidos del mundo que dejaban atrás, ó por mejor decir, como los acentos intermedios entre el mundo y el cielo á que caminaban. Altas, muy altas parecían las ermitas; todas encima de los peñones, todas aisladas en los aires, como puntos de esperanza; y la senda, como senda de esperanza, ¡ay! ¡cuán difícil y trabajosa! Así una imagen vaga, una luz incierta nos lleva en el mundo de desengaños en desengaños; ora entre las tinieblas lanza una claridad que nos llama tras sí; y bien que siempre huya adelante como un fuego fatuo, ¡infeliz el corazón en que ella no refleja! Tras la pérdida de las ilusiones, el varón fuerte la ve posada tranquilamente en alta cima desgajada, donde no hay vegetación ni vida al parecer... Mas en cambio arriba, ¡cuánta serenidad! ¡cuánto sosiego! Desde aquella casucha, desde aquella pelada roca asiste á las escenas más imponentes de la naturaleza; el sol levántase cada día de su lecho de oro sobre el mar lejano; los valles y las cumbres envían á lo alto un murmurio que se difunde á manera de armonía grande y poderosa; y cuando á su vez la luna inunda de un vapor de plata los espacios, y á través de aquel velo resplandecen las estrellas, el concierto de la naturaleza penetra en su corazón; entonces entiende lo que antes no entendía; entonces le suena dentro del pecho una voz suavísima que va adormeciendo sus deseos con cantares de paz.

«Así al pisar el umbral del ermitaño de Montserrat, nuestros antepasados miraban con admiración la santidad, beatitud y dulcedumbre que por entre las huellas de las vigiliass y ayunos aquellos rostros respiraban. Orar y trabajar, esta era su vida... Si las aves cuidaban de los primeros solitarios en la Palestina y la Tebaida, los pintados pajarillos obedecían la voz de los ermitaños de Montserrat, y como si un instinto sobrenatural les revelase la sencillez é inocencia de aquellos hombres inofensivos, bajaban cariñosos á repartir amigablemente la comida que ellos llevaban á la boca, de donde con mucho amor se la tomaban... Lo que el maronita siente en las cimas del Líbano, lo que el cofto en las arenas de Egipto, lo que el solitario de Abisinia junto á las cataratas del Nilo y á la orilla del mar Rojo, esto sentía el ermitaño de la Virgen de Montserrat... Ni el frío sudor del injusto, ni las tristes imaginaciones del ambicioso le conturbaban el sueño;

los mismos bramidos de la tempestad y del viento se lo procuraban tranquilo y regalado; sólo lo rompía el toque de la campana, ó el rezo del coro que subía entre la obscuridad; y si con las últimas nieblas de la noche un recuerdo del mundo cruzaba con aspecto seductor por delante de su espíritu; si renovándose las sensaciones de lo pasado encendían en él trabajosa batalla, un coro de voces infantiles saludaba á poco en el templo á la Estrella de la mañana que serenaba el cielo y ahuyentaba los vapores, y sus acentos formaban un concierto celestial que decía: ¡feliz, feliz el hombre inocente! El ojo complacido de Dios no se aparta de él; los Angeles se miran en su alma; sus días pasan sin ruido y en paz; y cuando es cumplida su edad sobre la tierra, él puede presentarse al trono del Señor con el manto de la verdad y de la justicia, y levantará él sus manos puras y limpias de sangre: ¡feliz, feliz el hombre inocente!»

CAPÍTULO OCTAVO

Santos que visitaron este Santuario. — Reyes y emperadores que han hecho lo mismo. — Pontífices, cardenales, obispos, nobleza y todo género de personas que han venido á visitar á esta Santa Imagen.

I

Sin hablar aquí de otros Santos españoles más antiguos, que es muy de suponer hayan visitado este Santuario, de los cuales no tenemos noticia, consta de un modo cierto que lo visitaron los siguientes:

1209. San Juan de Mata. El célebre cronista de España Gil González Dávila, en la vida que escribió de San Juan de Mata, fundador de la esclarecida Orden de la Santísima Trinidad, dice: «En el año 1209 fundó el Santo Patriarca el Convento de Piera, tres leguas distante del insigne Santuario de Nuestra Señora de Montserrat, que visitó y suplicó en él á Dios, poniendo por intercesor el poder de tan Soberana Señora, amparase lo que había plantado y lo cultivase con el favor de su gracia.» Con las mismas palabras lo dice el cronista de

su Religión el predicador general Fr. Diego López de Altuna (1), y lo confirman otros escritores de aquella esclarecida Orden.

1218. San Pedro Nolasco. Durante el reinado de D. Jaime el Conquistador, un joven peregrino pálido y enfermo, apoyado en su bordón, llegaba á las puertas de este Santuario. Dejemos que hable el P. Rivadeneira, el cual refiere la visita de este Santo Patriarca con estas palabras: «Encaminóse á Montserrat para cumplir un voto que había hecho de visitar aquella Casa de María, y fué tal su devoción, que subió á pie toda la Montaña y entró de rodillas en aquel templo, donde estuvo nueve días, regalándose con la Reina del cielo, siendo regalado de Ella, y ocupándose de continua oración, ayuno y penitencia. Renováronsele aquellos antiguos deseos de la soledad, viendo la quietud de los monjes de aquella Casa y de los ermitaños que poblaban aquel desierto; pero mostróle Dios la gloria en forma de una ciudad muy hermosa con varias puertas, por donde entraban personas de diversos estados, y oyó una voz que le dijo: Muchas mansiones hay en la casa de mi Padre. Con que entendió que Dios lo quería para otra cosa.

«Fué muy perseguido de los demonios, que combatieron con él toda una noche, en lo interior con tentaciones, y en lo exterior con golpes y malos tratamientos; pero con el favor de la Madre de Dios salió vencedor del infierno. No sabiendo aún claramente qué quería Dios de él, se le apareció el Apóstol San Pedro, su gran devoto, y ofreciéndole su patrocinio, le declaró que era voluntad de Dios fuese á Barcelona á cuidar de los pobres, especialmente en cárceles y cautivos.» Hasta aquí el P. Rivadeneira. El cronista de la Real Orden de la Merced Fr. Felipe Colombo, en la vida de San Pedro Nolasco, acaba lo de su Santo Patriarca en Montserrat, diciendo: «Todos los autores convienen recibió aquí singulares favores de María Santísima.»

En la iglesia antigua de este Monasterio, debajo un cuadro que representaba al Fundador de los Mercedarios arrodillado á los pies de la Virgen de Montserrat, se leían estos versos:

Aquí de un voto á María
Cumpliendo la obligación,
De fundar su Religión
Nolasco impulsos tenía;
Vuelto á Barcelona un día
Le manda la Virgen trate

(1) Crónica de dicha Orden.

De poner feliz remate
A la fundación. Fundó,
Y así el favor que alcanzó
Merced fué de Montserrate.

Además de esto hay una lápida, que todavía existe en el atrio de la iglesia, que dice así:

HIC S. PETRUS NOLASCO
VOTO VISITANDI B. VIR-
GINEM SE EXOLVIT, UBI CRE-
BRO DIUQUE ORANS PRIMOS
IGNES CONDENDÆ RELIGIONIS
HAUSIT CUI POSTEA GRA-
TISSIMA VIRGO BARCINONE
APPARENS ORDINEM INSTITU-
IT ANNO 1218 ~

1410. San Vicente Ferrer. El año 1410 San Vicente Ferrer visitó este Santuario. Vino acompañando al Papa Benedicto XIII, don Pedro de Luna, que visitó á esta Santa Imagen rodeado de doce Cardenales y otros muchos personajes. No consta que el Apóstol del siglo XIV subiese otras veces esta Montaña.

1522. San Ignacio de Loyola. Corría el mes de Marzo de 1522. Acababa de amanecer, cuando rendido de cansancio y apoyado en un toscó bastón llegaba á las puertas de este Monasterio un militar flaco y extenuado; su larga barba daba á su rostro el aspecto de alguna dolencia interior. Este extraño personaje se sentó rendido sobre una piedra, y pareció descansaba de sus fatigas, pues es fama que toda la noche había caminado por la Montaña. Era Iñigo de Loyola y Oñez.

He aquí lo que dice de este Santo una historia antigua de este Monasterio, escrita por un docto monje: «Habiéndose, pues, resuelto á mudar de vida, viéndose ya sano de la pierna, aunque no muy firme y seguro, trocó en buen sentido los libros que había leído de caballerías; y como nuevo caballero andante, se puso en camino ara este

Santuario de Nuestra Señora de Montserrat; aquí le guió su buena estrella, renovando á cada paso que daba los propósitos de la enmienda de la vida. Llegó al puerto que deseaba, y apenas entró en este sagrado templo, cuando, sintiendo en sí la suave actividad del divino auxilio, y encomendándose á la Virgen, y pidiéndole favor para que llegasen á efecto sus propósitos, procuró confesor que le oyese de penitencia. Hallólos á su medida, porque entre muchos y buenos que tenía Montserrat, eran de señalado espíritu para el caso Fr. Jaime Forner y Fr. Juan Xanones, y comunicándose con ellos le aconsejaron que hiciese una confesión general, porque se hallaba en treinta y un años de edad.

«Recogióse algunos días é hizo la confesión general con el Padre Fr. Xanones, que hacía vida eremítica en la ermita de San Dimas, y conociendo su confesor el espíritu fervoroso con que había venido, le comenzó á informar sobre la vida espiritual, dándole también por escrito espirituales instrucciones; y dejando las armas militares las colgó el día 24 de Marzo en un pilar de la iglesia por triunfo de la Virgen, y él, vestido de un grosero hábito (1), veló las nuevas, como había leído en sus antiguos libros que hacían los caballeros noveles, y se estuvo en pie, y á veces de rodillas, arrimado toda la noche delante de la Imagen de la Virgen. Singular espíritu para quien tenía la piedad flaca y poco segura, pues le habían cortado parte del hueso. Por este acto heroico puso el Padre abad D. Lorenzo Nieto en el mismo pilar la escritura siguiente :

(1) Consta en algunos *M. S.* que cambió sus vestidos con los de un pobre; y es también tradición que San Ignacio, durante el tiempo que vivió en la cueva de Manresa, subió varias veces á Montserrat para consultar con su confesor el Padre Xanones las muchas dudas y escrúpulos que se le ofrecían. Esto lo confirman también Paulo Colombrino, que escribió su vida, sacándola del proceso que se formó para la beatificación, que dice subía muchas veces á Montserrat á comunicar al P. Fr. Juan Xanones: *Sæpissime rediit ad Montem Serratatum ut eidem Patri Xanonio rationem minutam redderet, eorum omnium, quæ in anima sua agebantur, et fauorum, quos liberali manu contulerat illi Deus.*

BEATUS-IGNATIUS-A-LOYOLA-
 HIC-MVLTA-PRECE-FLETV-
 QUE-DEO-SE-VIRGINIQUE-
 DEVOVIT-HIC TAMQUAM
 ARMIS-SPIRITALIB⁹-
 SACCO-SE-MUNIENS-PERNO-
 CTAVIT-HINC-AD-SOCIE-
 TATEM-IESU-FVNDAN-
 DAM-PRODIIT-AN-

NO M-D-XXII ~ F. LAVREN. NIE.
 TO. ABB. DICAUIT
 AN. 1603.

Los PP. Manuel Marcillo y Francisco Garau, jesuitas, hablando de la Compañía de Jesús, dice el primero, después de haber referido que el principio ó nacimiento de la muy santa Religión de la Compañía de Jesús fué en una iglesia de Nuestra Señora que está junto á París en el monte de los Mártires, añade: «No se puede negar que si nació en Francia, fué concebida en Cataluña, pues salido que hubo San Ignacio de su casa para hacer nueva vida, Montserrat fué la primera estación que anduvo en la romería de Jerusalén; dió todos sus vestidos ricos á un pobre; vistióse á raíz del cuerpo su deseado cilicio, que le cogía del cuello á los pies, ofreciendo la espada daga al Rey y á la Reina de los Angeles, que le había vencido y convertido del siglo á Dios. Entró en aquel divino Santuario y cámara angelical de Montserrat vestido de saco, á velar sus espirituales armas y ofrecerse por soldado de Cristo y su Madre.» Del mismo sentir es el P. Garau, diciendo: «Ni la Compañía de Jesús, mi gran Madre, dejará de reconocer á Montserrat su primera formación en la capacísima mente y corazón de su Patriarca San Ignacio. Allí se confesó generalmente, allí le instruyeron dos monjes por la senda de la santidad, y allí llegó á merecer que aquella portentosa Imagen de la que es Madre de Dios le mirase con ojos tan propicios y tan misericordiosos, que no sólo le alcanzó de su Divino Hijo el perdón de sus pecados, sino también la gracia necesaria para llegar á ser tan grande y admirable Patriarca,

por cuyo motivo todos los hijos de Ignacio miran y veneran á Montserrat como manantial de su Religión esclarecida.»

Antiguamente los Jesuítas de la provincia Tarraconense enviaban á este Santuario sus novicios en memoria de la visita que á esta Santa Imagen hizo su Santo Patriarca, como para comenzar la carrera donde la comenzó su Santo Padre, y á esto alude la fórmula con que el Padre Abad los despachaba á sus casas, que era la siguiente:

Nos Fr. N. Dei gratia humilis Abbas regii Monasterii B. Mariæ de Monte-Serrato Ordinis D. P. N. Benedicti de observantia præsentis Cataloniæ Principatus, Bibliotecarius major suæ regię majestatis in regnis et corona aragonum, etc., etc.

Attestamur per præsentis, et fidem facimus, dilectos in Christo Fratres NN., supra scriptos ad Nos dictumque nostrum regium Monasterium peregrinationis causa ex injuncto obedientiæ præcepto de speciali instituto devenisse, retro scriptasque litteras præsentasse, debitamque obedientiam præstasse, atque a nobis paterna charitate, ut mos est, susceptos esse, et ad novitiatus nostri domum remisisse, ut ibi a reverendo Patre magistro novitiorum salutarem admonitionem et disciplinam circa Dei præcepta observanda audirent; omnibusque impletis, ad sacra Penitentię, Eucharistięque sacramenta recipienda accesisse, et ad Tarraconensem suæ religionis domum remeasse. In quorum fidem facio, etc., etc.

1533. San Francisco de Borja. En el año 1533, hallándose la emperatriz D.^a Isabel, digna esposa del emperador Carlos V, en Barcelona, le sobrevino una grave enfermedad. Son indecibles las rogativas que, así de día como de noche, se hicieron por su salud. Una de ellas fué mandar la ciudad que ciento cincuenta ciudadanos de todos estados, en traje de peregrinos penitentes, á pie y muchos de ellos descalzos, habiendo también no pocos sacerdotes, fuesen á Montserrat para implorar de la omnipotencia divina, por medio de María Santísima, la importante salud de su Condesa y Emperatriz. Alcanzaron lo que suplicaban, mejorando luego la Reina, y en breve logró entera la deseada salud. Sabiendo esta señora lo mucho que había hecho Barcelona en su enfermedad, dió repetidas gracias á los Concelleres y á la Santísima Virgen de Montserrat con palabras y obras. A los pocos días subió á este Santuario para dar gracias á Nuestra Señora, acompañada de muchos Grandes de Castilla, entre los cuales había el Marqués de Lombay, con su esposa, hoy San Francisco de Borja. La Emperatriz regaló á la Santa Imagen una preciosa joya de valor dieciocho mil pesos, y un porta paz muy grande y hermoso.

1540. El Beato Salvador de Horta. No consta de cierto el año

que vino á Montserrat el Beato Salvador; pero debía ser sobre el año 1540. De este taumaturgo catalán escribe en su vida el venerable P. Doménech en su *Historia de los Santos de Cataluña*, que estando una vez en Montserrat acudió tan grande multitud de gente, por correr la voz de que el Siervo de Dios había subido á visitar á la Virgen, que pocas veces se había visto tanta. Estaba gran parte de ella gimiendo y llorando varios males y enfermedades; llegando éstos al Santo pidiéndole curación y salud, dice el citado autor que les respondió: «Hijos, aquí tenéis la fuente de misericordia, por cuyas manos recibo yo y todo el mundo el bien, ¿y venís á mí? Id, hijos á Nuestra Señora, y rogadla, que Ella os asistirá. No manda Dios que sea tan descortés, que en su casa os parezca á vosotros que haga más que Ella. Lo que podré hacer es que os confeséis primero, y venid, que yo iré con vosotros y se lo rogaré.» Fué cosa maravillosa que allí (en Montserrat) ningún milagro hizo como hacía en las otras partes... Cuantos venían á él á decirle: «Padre, vamos á rogar á Nuestra Señora,» iba con ellos y quedaban curados cojos, mancos, tullidos y enfermos de cualquier enfermedad.

San Pedro Claver. Tampoco consta el año en que subió á este Santuario el glorioso San Pedro Claver; pero no puede dudarse de su venida. Ya hemos dicho antes, que era costumbre mandar á Montserrat á todos los novicios de la Compañía de Jesús de la provincia de Tarragona. Este Santo era natural de Verdú, y al salir del noviciado para ir á las Indias á dedicarse á la conversión de los negros, tuvo el consuelo de venir á postrarse á los pies de esta celestial Madre, para pedirla y suplicarla su protección en el apostolado que iba á ejercer.

1578. Los Frailes Capuchinos. En 1578, á petición de los Concelleres de Barcelona, vinieron los Frailes Capuchinos á fundar su Religión en España. Juan de Ferrer les ofreció capilla y terreno en Sarriá, cerca de Barcelona, lugar, según tradición, donde estuvo la casa de campo de los padres de la mártir Santa Eulalia. Allí edificaron un Convento, que fué el primero en España. El cronista de esta sagrada Religión (1), lo refiere del modo siguiente: «Fray Arcángel, que deseaba echar los fundamentos de aquella Provincia y propagación en España sobre piedra firme, juzgando que ésta había de ser la Virgen Santísima... se fué con sus compañeros á Montserrat, templo inclito de la Virgen, y celebrado por todo el mundo, á solicitar su ayuda y protección, y hacerla dueña de la empresa que se levantó... Y habiéndose detenido tres días en él, que emplearon en ayunos, oraciones y lá-

(1) Moncada: *Crónica*, tomo III, año 1578.

grimas, encomendando á la Virgen gloriosa los principios de la Provincia y propagación, volviendo después á Barcelona con grande aliento, etc.

El sello de esta Provincia se formó de esta manera. Esculpióse en la parte superior María Santísima de Montserrat; en la inferior la virgen y mártir Santa Eulalia; y al otro lado el Serafín San Francisco. Lo primero, porque había tomado por nombre: Provincia de Nuestra Señora de Montserrat; lo segundo, por haber sido el primer Convento de España con título de Santa Eulalia; y el tercero, por ser los Capuchinos verdaderos hijos del Seráfico Padre San Francisco.

A 2 de Marzo de 1885 vinieron también el Provincial y los Definidores de la Religión Capuchina, nombrados por el Papa León XIII, para formar de todos los Conventos una sola Provincia, bajo la advocación del Sagrado Corazón de Jesús. De modo que para los Capuchinos es una necesidad venir á Montserrat para implorar la protección de María en todos sus más graves asuntos.

1582. San Luís de Gonzaga. El año 1582 visitó este Santuario San Luís Gonzaga en compañía de la emperatriz D.^a María de Austria, viuda de Maximiliano II, y de su hija Margarita. Todos los autores convienen en que estas augustas señoras y San Luís permanecieron algunos días en esta sagrada Montaña, durante los cuales visitaron las ermitas, admirándose de ver tantas maravillas y de la vida ejemplar de aquellos santos solitarios.

1586. San José de Calasanz. En el año 1586, habiendo nombrado Su Santidad Visitador Apostólico de este Monasterio al obispo de Lérida D. Gaspar de la Figuera, se llevó por secretario á San José de Calasanz. Abierta la visita murió el Visitador, y San José, después de haber permanecido seis meses en este Santuario, se volvió á su patria, Peralta de la Sal, y de allí á Roma, en donde fundó la insigne Orden de la Escuela Pía.

1588. Carmelitas Descalzas. En el año 1588, al venir de Pamplona á la ciudad de Barcelona para fundar Convento de Carmelitas Descalzas seis Religiosas, no quisieron entrar en ella, ni cuidar de su fundación, sin pasar y recibir primero la celestial bendición de Nuestra Señora de Montserrat. Aquí estuvieron tres días admirándose de tan rico como santísimo Santuario. Como las favoreciera esta Soberana Reina se deja discurrir, habiendo sido instruídas en la virtud por la gloriosa Santa Teresa, que en esta fecha aun no había tres años que había subido al cielo; principalmente la que vino por Priora, la Madre Catalina de Cristo. Subieron á las ermitas, gustaron mucho de tratar con aquellos siervos de Dios que las habitaban. Al volver al

Monasterio dieron gracias á los monjes de lo bien que las habían hospedado; despidiéronse con fervor de la Santísima Virgen; regresaron á Barcelona, y lograron la deseada fundación con toda felicidad.

1787. El Beato Diego de Cádiz. Consta en la vida documentada de dicho Beato por el P. José Calasanz de Llevaneras, que los días 25 y 26 de Enero de 1787 estuvo en la ciudad de Barcelona, y predicó en la plaza de Palacio delante un auditorio de treinta mil almas, y que subió á visitar á Nuestra Señora, á cuyos pies estuvo dos días orando, habiéndose marchado muy complacido por las muestras de singular aprecio que le dieron el Padre abad D. Pedro Viver y demás monjes de este Monasterio.

Beato Labre. A últimos del siglo pasado visitó este Santuario el mendigo Beato Labre, beatificado por el inmortal Pío IX, y canonizado recientemente por el actual Sumo Pontífice el Papa León XIII.

Beato Ramón Lull. En Montserrat estuvo el Beato Ramón Lull, natural de Barcelona según unos, y de Mallorca según otros, el primero ó segundo año de su conversión. Más tarde derramó su sangre y dió la vida por Cristo en Bujía, ciudad del reino de Túnez.

1850. El arzobispo D. Antonio María Claret. A 2 de Noviembre de 1850 vino á Montserrat el arzobispo D. Antonio Claret, viniendo de Madrid poco después de su consagración; y en 1860 volvió acompañando á S. M. la reina D.^a Isabel II, de la cual era confesor. Es de creer que durante su predicación por Cataluña vino alguna otra vez.

1870. Hermanas de Santa Teresa de Jesús. Sería sobre el año 1870 cuando se fundó este nuevo Instituto, tan floreciente hoy día, y que cuenta con gran número de fundaciones, tanto en España como en Ultramar. Tuvo también origen á los pies de Nuestra Señora. El Dr. D. Enrique de Ossó (Q. E. P. D.), concibió la idea de fundar esta Congregación poco después de celebrar él su primera Misa en Montserrat; y no cabe duda que lleva en sí la especial bendición de Nuestra Señora, por el gran desarrollo que ha obtenido, á pesar de los pocos años que cuenta de existencia. Antes de emprender una nueva fundación, estas Hermanas suelen venir á Montserrat para implorar la protección de la Virgen Santísima.

II

1200. La reina D.^a Leonor, esposa del rey D. Pedro. No fueron solamente personas que aspiraron en el claustro á santidad las que se creyeron en el deber de visitar la Santa Imagen de Montserrat, sino

que han hecho lo propio casi todos los Reyes de España y algunos de naciones extranjeras. El primero de que hemos podido hallar noticia que vino á este Santuario, para obtener gracias de dicha Señora, fué la reina D.^a Leonor en 1200, que se halló presente á la fundación de la Cofradía de Nuestra Señora, poniendo la firma de su propia mano en el libro de los Cofrades. Después de ella se inscribieron también el Arzobispo de Tarragona, el Obispo de Vich, el Abad de Ripoll y toda la regia comitiva que acompañaba á la primera esposa del rey D. Pedro I de Cataluña y II de Aragón.

1274. El rey D. Pedro el Grande. No menos devoto de Nuestra Señora aparece el rey D. Pedro el Grande. Escribe Jerónimo Zurita (1), que habiéndose de exponer este Rey á una sangrienta guerra contra los franceses, subió á Montserrat á 9 de Abril de 1274, para recibir la bendición de la Virgen Santísima é implorar su poderosa protección. He aquí sus propias palabras: «Con esta determinación se partió el Rey para el Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat, que es de frailes de la Orden de San Benito, y estuvo allí una noche en vigilia en aquel santo yermo y lugar sagrado con diversos milagros, y de allí volviendo por el camino de la Montaña se fué á Hostalrich.»

1302. El rey D. Jaime II. En un libro manuscrito, titulado de *Bienhechores*, se lee lo siguiente: «Año 1302 el rey D. Jaime II, por haber tenido, estando en Nápoles, una grave enfermedad, y haberse librado por intercesión de Nuestra Señora de Montserrat, vino á visitarla, y le ofreció para siempre cuatro cirios de cera blanca, cada uno de peso de cien libras, para que ardiesen todos los días en la Misa mayor delante la Santa Imagen; mandando que todos los años se renovase el mismo peso, vigilia de la Asunción, por el Baile de Barcelona.»

1326. El infante D. Pedro. En el año 1326 el infante D. Pedro, hijo del rey D. Jaime II y de la reina D.^a Blanca, su esposa, acompañado de muchos caballeros y nobleza, vino á visitar este Santuario con mucha devoción. Este virtuoso Príncipe tomó después el hábito de San Francisco en el Convento de Barcelona.

1341. El infante D. Jaime. A 11 de Octubre de 1341 vino el infante D. Jaime, conde de Urgel, y asistió al solemne acto de la consagración de un nuevo altar.

1343. El rey D. Pedro IV. A 31 de Enero de 1343 vino el rey D. Pedro IV, llamado el Ceremonioso, á implorar el auxilio de Nuestra Señora; y para llevarse una prenda de confianza en su patroci-

(1) Lib. IV, cap. LXV.

nio, tomó un anillo de los que llevaba la Santa Imagen y se lo puso en uno de los dedos de su mano.

1344. El mismo rey D. Pedro IV. A 29 de Abril de 1344 volvió el mismo rey D. Pedro á dar gracias á la Santísima Virgen por haber alcanzado por su intercesión la reconquista de Mallorca. He aquí como lo refiere el afamado analista aragonés D. Jerónimo Zurita (1). Hablando de la intención que tenía el Rey de recobrar el Rosellón, dice así: «Mas antes de proseguir esta expedición, determinó de visitar el Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat, porque la devoción y religión de aquella Casa, y la vida de los ermitaños y monjes, que en su habitación y yermo residen, fué siempre venerada no sólo por los reinos de Aragón, pero generalmente en toda España y en la mayor parte de la cristiandad... fué á hacer oración á Nuestra Señora, y presentó una galera de plata, en memoria del triunfo que tuvo el día que tomó tierra en Mallorca.»

1387. La reina D.^a Violante. A 28 de Octubre de 1387 llegaba á Collbató la reina D.^a Violante, nuera del rey D. Pedro IV, y esposa de su hijo y sucesor D. Juan I. Como prueba de su devoción á Nuestra Señora bastará referir, que al llegar á dicho pueblo, sito á la falda de esta Montaña, escribió dos cartas, que antes se conservaban en el Real Archivo de Barcelona; la una escrita á los Camarlengos de su Corte, y á Guillermo Cotelleri, médico del Rey su esposo la otra. En ellas les decía que había llegado felizmente á Collbató, y que el día siguiente, Dios mediante, subiría á pie descalzo á visitar á la Virgen de Montserrat. El día siguiente escribió otra carta dirigida al mismo Rey su esposo, en que le participaba como el día antes había llegado á Collbató, y el día de la fecha, 29 de Octubre, al Monasterio de Montserrat, donde se hallaba con buena salud; y que con humildad y reverencia había presentado á María Santísima las joyas que él sabía, haciendo levantar de ello carta pública según le había mandado.

1415. D. Fernando, rey de Castilla y Aragón. Después que el infante D. Fernando de Castilla, hermano del rey D. Enrique III, fué coronado por rey de Aragón en la ciudad de Zaragoza, y teniendo que venir á ver los catalanes, como Conde de Barcelona, tuvo la devoción de ir á ofrecer su persona y nuevo reino á la que es Emperatriz de España, y darle la obediencia. A 10 de Junio de 1415 subió esta Montaña y visitó la venerable Imagen de María. Hizose cofrade, escribió su nombre en el libro de la Cofradía, y se declaró protector de ella.

(1) Lib. VII, cap. LXXVI.

1416. El rey D. Alonso V de Aragón y IV de Cataluña. A 4 de Diciembre de 1416, hallándose el rey D. Alonso en este Santuario, confirmó el privilegio de salvaguardia á los peregrinos, y con su augusta esposa D.^a María se inscribió y puso su real nombre en el libro de la Cofradia de Nuestra Señora.

1435. D. Juan II. A 8 de Octubre de 1435, el príncipe D. Juan, lugarteniente del reino de Aragón y Cataluña, y más tarde rey de Navarra, estuvo á visitar á nuestra Santa Imagen, confirmando los muchos privilegios de que gozaba este Santuario, y concediendo que ninguno de los monjes y dependientes de este Monasterio pudiese ser preso en los reinos de Aragón, Cataluña y Valencia. Hemos visto una nota en que se hace constar que á 18 de Octubre de 1475 vino á visitar á la Virgen segunda vez.

1486. D. Fernando el Católico. A 24 de Diciembre de 1486, hallándose en este Santuario el rey D. Fernando, concedió al Abad y Convento de Nuestra Señora y pueblos de Monistrol, Olesa, Esparraguera, Collbató, San Pedro de Riudevittles y cualesquiera otros lugares sujetos á Montserrat, inmunidad y exención de pagar contribuciones, hoste y cabalgata. A 5 de Octubre de 1489 volvieron los Reyes Católicos á visitar la Santa Imagen, y en acto solemne tuvieron el honor de colocar la primera piedra para un nuevo Monasterio que deseaban levantar.

1492. Los reyes católicos D. Fernando y D.^a Isabel. Dice el P. Filgueira (1): «Verificada la importante conquista de la ciudad de Granada, y habiendo hecho quemar un millón y cincuenta mil ejemplares del Alcorán, recogidos en todo el reino, luego después de arreglada la buena administración en todos los ramos, con ser tanta la distancia de allí á Cataluña, á 15 de Octubre de 1492 vino nuevamente á Montserrat el Rey en compañía de la Reina y todos sus hijos, á saber: el príncipe D. Juan, que aun vivía; D.^a Isabel, viuda de D. Alonso, príncipe de Portugal; D.^a Juana, D.^a María y D.^a Catalina, para tributar así con toda la Real Familia más obsequiosas gracias á María Santísima por la reducción de aquel reino, en el que habian dominado los moros setecientos sesenta y ocho años con veintiséis reyes de su secta...

«Llegados aquí con lucidísima comitiva, entre ella D. Pedro de Mendoza, cardenal de España, patriarca de Alejandria y arzobispo de Toledo; el Arzobispo de Sevilla y el de Caller, en Sicilia; el Obispo de Mallorca y otros grandes señores de la primera nobleza

(1) *Compendio de la Historia de Montserrat*, M. S. pág. 286.

de España, con dos gallardos jóvenes llamados D. Juan y D. Fernando, hijos de Mahomet, último rey de Granada, que voluntariamente habían sido bautizados, presentaron á Nuestra Señora dos lámparas de plata y dos mil trescientas libras catalanas para ayuda de las obras que se hacían por encargo del mismo Rey. La prontitud misma en hacer esta visita hace presumir que ambos consortes la hubiesen prometido durante el sangriento sitio de Granada. El día 13 del mismo mes y año salieron para Barcelona con todo su real acompañamiento.»

1520. El emperador Carlos V. En 1520 vino el emperador Carlos V, seguido de toda su real comitiva. Iba entre ellos el Obispo de Tortosa, Adriano Florencio, su maestro Cardenal y poco después Sumo Pontífice de la Iglesia universal bajo el nombre de Adriano VI. Quedó este Cardenal tan prendado de este Santuario, que siendo Papa regaló á la Santa Imagen una rica lámpara de plata con doscientos escudos para su dotación.

A 11 de Junio de 1533 volvió el mismo Emperador, recibió los Santos Sacramentos, asistió á los Divinos Oficios, á la procesión por ser día de *Corpus*, partiendo el mismo día para Monzón á celebrar Cortes.

1533. La emperatriz D.^a Isabel, esposa de Carlos V. En uno de los dietarios del Archivo Municipal de Barcelona se halla lo siguiente: «La Emperatris, y Reyna nostra, sen aná de Ciutat després de dinar, dins unas andas, acompanyada de molts Grands de Castilla, que seguían la cort, y ab altres andas anava lo Príncep, y la Infanta. Aquella nit restaren en Molins de Rey, aont estigueren tres días, per quant Sa Majestat se trobava indisposta; y après en Martorell estigueren cerca de un mes, per lo mateix; y de aquí anaren á Nostra Senyora de Montserrat, y après á Monsó.» En 14 de Agosto llegaron á Montserrat, entre cuyo acompañamiento iba D. Francisco de Borja, hoy San Francisco.

1543. Otras veces el emperador Carlos V. Uno de los príncipes más afectos y más fervorosos devotos de Nuestra Señora de Montserrat, es el máximo de los emperadores, Carlos V. He aquí como se expresa el obispo de Pamplona D. Fr. Florencio de Sandoval, historiador de su vida (1): «Fué el Emperador devotísimo de Nuestra Señora de Montserrat, en tanto grado, que todas las veces que se le ofrecía ir por allí, lo hacía con gran gusto, por llevar consigo la bendición de la Santa Imagen de la Madre de Dios. Y mostrábalo bien Su Majestad, pues gustaba comer con los monjes en refectorio, y

(1) Tomo II, fol. 807.

mandaba sentar al Prelado al cabo de la mesa mayor consigo... Nueve veces se halla en los libros que Su Majestad visitó esta santa Casa; y debieron de ser más; pues venía de Barcelona, estando allí, á fiestas que se celebraban en este Monasterio. Muchas limosnas dió, y no quería que se supiese lo que daba.» Otra de las veces que subió y visitó la Santa Imagen y las ermitas, fué á 19 Abril de 1543.

1548. El emperador Maximiliano. A 5 de Agosto de 1548 llegó al puerto de Barcelona Maximiliano de Austria, príncipe de Hungría, que venía á España para casar con la infanta D.^a María, hija mayor del emperador Carlos V, y hermana del príncipe de España D. Felipe. A 14 del mismo mes partió para Castilla; mas al llegar cerca de esta prodigiosa Montaña, no quiso pasar adelante sin subir á visitar á la Virgen, de cuya Sagrada Imagen quedó enamorado y muy devoto. Subió también á las ermitas, y gustó mucho tratar y conversar con los venerables ermitaños, á los cuales mandó dar un escudo de oro á cada uno, y al partirse cien ducados al Convento.

A 24 de Agosto de 1551, volviendo Maximiliano con su esposa para embarcarse en Barcelona, subieron también á este Santuario para implorar el patrocinio de María Santísima y recibir su santa bendición por el largo viaje que iban á emprender. No dejaron de subir á las ermitas para tratar y encomendarse á las oraciones de aquellos siervos de Dios. Mandó dar el Príncipe otros cien ducados al Convento, y la Princesa ofreció para Nuestra Señora una ropa de brocado de valor quinientos ducados, y después dieron trescientas sesenta coronas de oro, una lámpara de plata y reliquias de los Santos Inocentes.

1564. El rey Felipe I de Aragón y II de Castilla. Cuatro veces visitó este católico Monarca á la Santísima Virgen. Fué la primera cuando la Emperatriz, su madre, subió á este Santuario desde Barcelona, llevándole en su compañía siendo sólo de seis años, y le ofreció con amor de madre á la que lo es de Dios.

La segunda fué, que hallándose en Barcelona para pasar á Alemania, quiso antes subir esta Montaña para implorar la protección de la Virgen Santísima. Juan Cristóbal Calveta de Estela, en la Historia que escribió de este viaje, dice... «A 10 de Octubre de 1548, después de haber comido, subió al Monasterio de Nuestra Señora de Montserrat, donde fué recibido del Abad y monjes á la puerta de la Casa con solemne procesión, y así fué á hacer oración á la Capilla de Nuestra Señora. Aquí se detuvo el siguiente día para confesar y para visitar aquella santísima Casa y las ermitas de ella; imitando en esto á su Príncipe, no sólo los que le acompañaban, mas aun todos los que le siguieron en este viaje.»

Fué la tercera vez á 1.º de Febrero de 1564. Quedaron despobladas las villas y lugares vecinos á este Santuario el día de la Purificación de Nuestra Señora, llenos todos de devoción y deseos de visitar á la Virgen y ver al Rey. Asistió éste á la procesión de las candelas, acompañado del Príncipe de Parma, grandes de España y mucha nobleza. Durante el curso de la procesión sucedió, que fué tanta la multitud de gente que se agolpó en frente de la escalera de subir á las celdas de la Hospedería, que se rompió la baranda, cayendo los unos sobre los otros sin recibir daño alguno; y viéndolo el Rey exclamó: «¡Bendita sea la Madre de Dios!» El día siguiente subió el Príncipe con toda su Corte á visitar las ermitas y conversar con los santos eremitanos, encomendándose á sus oraciones. Antes de partir dió una respetable limosna, y nombró Obispo de Vich al Abad, que lo era fray Benito de Tocco.

La cuarta vez que visitó á Nuestra Señora fué á 5 de Junio de 1585. Llegó D. Carlos Emanuel, duque de Saboya, á Barcelona, quien venía á casarse con la infanta D.^a Catalina, hija del Rey, que le esperaba en Zaragoza. Salió el Duque de Barcelona acompañado del Virrey Conde de Miranda, y de mucha nobleza del país. Celebradas las bodas partió el Rey con todos sus hijos á Montserrat, para ponerse á las plantas y bajo el patrocinio de la Reina del cielo. Eran aquéllos el príncipe D. Felipe, y las infantas D.^a Isabel y D.^a Catalina, y el recién desposado. A todos con su bendición los llenó la Virgen de felicidades; porque el Príncipe llegó á ser Rey de España, D.^a Isabel Condesa de Flandes, y á los Duques les dió nueve hijos; y al Rey Católico le hizo el mayor monarca que ha tenido España, y aun Europa. Visitaron algunas ermitas, y al partirse dieron largas limosnas, siendo la del Duque dos mil trescientos cincuenta y dos ducados.

1565. D. Juan de Austria. Seis años antes de alcanzar la victoria contra los turcos en el mar de Lepanto, 1565, vino á Montserrat el príncipe D. Juan de Austria, hijo del emperador Carlos V. Sólo sabemos que visitó las ermitas, y que quedó tan prendado de aquel sagrado yermo, que deseó vivir y morir en él. El P. Fabián Estrada (1) dice: «En la postrera jornada de su vida deseó asemejarse el Austriaco á su padre, que, como Carlos, despojándose de los reinos, se había retirado á la soledad de Yuste; asimismo D. Juan, pocos meses antes que muriese, hizo propósito de servir entre los eremitanos de Montserrat á Nuestro Señor.» De la tan memorable victoria de Lepanto dejó algunas memorias á este Santuario, como son, algu-

(1) *Historia de las guerras de Flandes*, fol. 496 y 497.

nas banderolas tomadas de los turcos, y el histórico farol de la Capitana turca, que estuvo visible hasta la invasión de las tropas francesas.

1568. El emperador Rodolfo y su hermano Ernesto. Hallándose el católico monarca Felipe II en 1564 en Barcelona, llegaron á su puerto los archiduques Rodolfo y Ernesto, á los cuales recibió su tío con amorosos abrazos. Habíalos pedido el Rey á sus padres para preservarles del contagio de la herejía que ardía en Alemania. Venía con ellos el Cardenal de Augusta. Antes de dejar á España para volver á su tierra, quisieron visitar esta devotísima Imagen, de lo cual tendrían noticia por sus mismos padres. Así que, á 29 de Marzo de 1568 subieron la Montaña, oraron con fervor á la Santísima Virgen, visitaron las ermitas, y satisfechos de esta visita, se despidieron dando una buena limosna para las necesidades del Convento y Santuario.

1582. La emperatriz D.^a María y su hija D.^a Margarita. Muerto el emperador Maximiliano II, determinó volver á su patria la emperatriz D.^a María, hija de Carlos V, dejando emperador á su hijo Rodolfo, y llevándose á su hija D.^a Margarita, doncella hermosa, discreta y muy virtuosa. La madre había antes visitado este Santuario, pero no la hija. A 10 de Enero de 1582 entraron en Barcelona, y deseosas de visitar esta Montaña antes de salir para la Corte, lo efectuaron el día 26 del mismo mes. Mucho aprovecharon su estancia en este lugar sagrado. La madre enternecida renovaba á los pies de la Virgen sus tiernos y antiguos amores; y lo que pasó á la inocente hija, nuestra tosca pluma no se halla con bastantes alientos para narrarlo. Mejor será que dejemos hablar al docto y erudito obispo V. Palafox (1). Dice así: «Llegó la infanta Margarita á Montserrat con grande consuelo de su alma; porque desde que había oído referir á su madre las grandezas que Dios solía obrar en aquel Santuario, se introdujo en su corazón grande deseo de venerar en él á la Virgen; y así decía Su Alteza, que fué el mejor día que tuvo en la jornada el que pisó las losas de aquel sagrado templo; y que desde que fué entrando en él, y se puso á la presencia de Nuestra Señora, se halló su alma llena de un baño de tal suavidad y devoción, que hubo menester valerse de gran fuerza y ser muy asistida de Dios, para excusar que exteriormente viesen lo que interiormente sentía... Asistía siempre Su Alteza á la tribuna que cae al lado de la Santa Imagen; desde allí con oración instante encomendaba sus devotos propósitos á Nuestra

(1) *Vida de la infanta D.^a Margarita*, lib. I, cap. xxii, tomo IX de sus obras.

Señora. A la luz de la presencia de aquella Santa Imagen miraba las misericordias que había recibido, y al paso que veía los dones, se multiplicaban los deseos. Ibase encendiendo el corazón en amor de Jesús, y ardía con mayor fervor en la presencia de su Madre.

«Un día que el amor divino iba encendiendo con más llamas el alma, llena de espirituales sentimientos, comenzó á padecer ímpetus grandes de amor. Miraba á la Virgen la devota doncella y mirábase á sí; con oculto fuego se sentía arder; de invisibles llamas se veía abrasar; explicaba en lágrimas su sentimiento, y su caridad encendida en devotos suspiros, y en tan enamoradas congojas, prorrumpió en estas sentidísimas razones: «Santísima Señora mía, suplicoos que «ayudéis á mi fe y á mi amor; sea yo esposa de vuestro Hijo dulcísimo, concededme esta merced. ¿No habéis de hacerme esta gracia?...» Repitió con lágrimas estas enamoradas palabras, cuando bajando la cabeza la Sagrada Imagen de la Virgen María, llenó el corazón de la Infanta de gozo, y su santo propósito de perseverancia. Quedó Su Alteza absorta á la grandeza de este favor, y con profunda humildad y reverencia abrazó con las dos alas del corazón aquellas sagradas prendas, y la intervención que ofrecía á la Virgen María en el espiritual matrimonio que pretendía celebrar con su Hijo.

«Andaba el corazón de la Infanta más cantivo, y como solícita abeja siempre en la presencia de Nuestra Señora, pretendía coger de aquella Flor de gracias el precioso licor de caridad, que quería ofrecer á Jesús, nuestro Bien. Volvióse un día á levantar otra espiritual borrasca de amor, y en ondas de fuego divino corría riesgo bienaventurado su corazón dichoso. No pudo tolerar tan grande incendio el débil sujeto de esta devota doncella, y así determinó de abrir su pecho, para que saliesen por él, resueltas en sangre, las llamas de su amor. Arrebataba la generosa mano de ímpetu más espiritual que propicio: tomando un cuchillo, rasgó su casto pecho, y con la pura sangre de sus venas escribió estas palabras: «Con la sangre de mi «corazón me ofrezco y entrego por esposa á Jesús: y suplico que sea «mi medianera la Virgen María; en fe de lo cual lo firmo.—*Margarita.*» La Infanta puso la cédula en mano de la Sagrada Imagen, entró Religiosa en las Descalzas Reales de Madrid, acabando sus días santamente.»

1599. El rey D. Felipe III. El viernes 9 de Julio de 1599 llegó el rey Felipe III, para asistir á la solemne traslación de la Santa Imagen de la iglesia vieja á la nueva, que debía tener lugar el domingo próximo inmediato. Salió á recibirle en procesión el Padre abad, don Joaquín Bonanat, con todos los monjes, ermitaños y frailes legos,

vestido de pontifical, y dándole á besar la rica cruz de oro que había regalado la emperatriz D.^a Isabel, su abuela, tañendo las campanas y cantando el *Te Deum*, le acompañaron hasta la iglesia vieja, donde en un estrado suntuoso hizo oración á Nuestra Señora, y los niños escolanes con buena música cantaron la *Salve*, después de la cual oyó una Misa. El día siguiente al de su llegada, que fué sábado, madrugó Su Majestad, y oída la Santa Misa, quiso pasar el día en las ermitas, subiendo por la *Escala dreita*, á pesar de ser tan difícil y cansada. Comió con todo el real séquito en la ermita de San Juan, y habiéndolas visitado todas, que no deja de ser empresa muy animosa, volvió al Monasterio á las diez de la noche. El domingo, acabada la procesión, salió de Montserrat y se fué á dormir á Martorell.

1626. El rey D. Felipe IV. Dos veces estuvo en este Santuario el rey D. Felipe IV. En 26 de Marzo de 1626 fué á las Cortes de Barcelona á ser jurado por Conde y Señor de este Principado, jurando á la vez guardar él los fueros y libertades de Cataluña. El 20 de Abril asistió á la traslación del cuerpo de San Raimundo de Peñafort. Recibidos los festejos con que la condal ciudad acostumbra obsequiar á su soberano, con más el donativo de cincuenta mil ducados y una preciosa joya de diamantes, tuvo gran deseo de ver el nuevo templo de Montserrat. Vino, y con todo su real séquito recorrió el Santuario, Monasterio y ermitas, comiendo en una de ellas; y al despedirse dejó Su Majestad á Nuestra Señora aquella riquísima alhaja de diamantes que le habían regalado pocos días antes los barceloneses.

1632. Otra vez D. Felipe IV. Volviendo el mismo Rey á Barcelona en 1632 con sus hermanos, no quiso regresar á Castilla sin antes haber visitado de nuevo á la Santísima Virgen, que fué el día 4 de Junio del mismo año. De esta visita hizo especial memoria el Padre Maestro Crespo, monje de este Monasterio, en un Memorial que, impreso, presentó al Rey sobre el Misterio de la Inmaculada Concepción de María, que influyó lo bastante para alcanzar de Roma que la fiesta de la Concepción se celebrase con octava en toda la monarquía española.

1652. D. Juan de Austria, hijo del rey D. Felipe IV. Tres veces estuvo en este Santuario D. Juan de Austria, hijo del rey D. Felipe IV. Fué la primera en 1652; la segunda en 1653, con la particularidad que en esta visita hizo voto y juramento de defender la Inmaculada Concepción de María. Y la tercera en 1669, que fué cuando á sus expensas hizo dorar toda la iglesia nueva, como así estuvo hasta que el último voraz incendio ennegreció todo lo dorado, y cal-

cinó los arcos, pilastras, paredes y bóvedas, habiendo sido preciso rellenarlas de yeso-mate y blanquearlo todo.

1702. El rey D. Felipe V. A 23 de Diciembre de 1702, víspera de Navidad, llegó el rey Felipe V, á las cuatro de la tarde, acompañado del Cardenal de Fré y de varios grandes de España. A las doce de la noche bajó al Camarín con su Confesor, comulgó de su mano en la Misa, y al empezar la tercera se retiró á su habitación. A las diez asistió á los divinos Oficios, y á las tres á las vísperas desde la tribuna. Concluídas pasó al Camarín para besar la mano de la Santa Imagen. Bajó á la sacristía, donde se enteró de los vestidos, alhajas y demás perteneciente á este Santuario. De aquí fué á visitar la iglesia vieja, en donde el Duque de Benavente le recitó la historia del venerable ermitaño Fr. Juan Garí, que el Rey escuchó con particular atención. El día siguiente mandó entregar doscientos doblones de oro de limosna y quince para el Sacristán. A las ocho bajó á oír Misa desde la tribuna, volvió á besar la mano de la Virgen, y bajó á las gradas del altar mayor, que besó con los ojos bañados en lágrimas. A las nueve subió á caballo y salió para Barcelona.

1702. La reina D.^a María Luísa Gabriela. A 12 de Abril del mismo año 1702, antes que Su Majestad visitase este Santuario, había venido su esposa la reina D.^a María Luísa Gabriela de Saboya. Pasó aquí los días de Semana Santa; y el sábado tuvo devoción de vestir de gala á la Santa Imagen, sin admitir persona alguna que la ayudase, sino al Padre Sacristán Mayor Fr. Juan García. Llevóse la Reina una de las tocas de la Virgen y una llave de plata de la puerta del Camarín, queriendo ser en adelante su principal Camarera. Apenas llegó á Madrid, envió una joya de oro en forma de rosa con ciento diez diamantes, valuada en ochocientos doblones.

1706. D. Carlos de Austria. A 24 de Junio de 1706 subió el príncipe D. Carlos de Austria, á quien los catalanes querían por Rey, desde Barcelona, y fué recibido y hospedado como los demás Príncipes austriacos sus antecesores. Besó la mano á la Virgen, y le regaló su espadín guarnecido de oro con setenta y nueve diamantes.

A 20 de Octubre de 1708 volvió con su esposa D.^a Isabel Cristina de Brunswick; regalaron un cáliz y vinageras preciosas de plata dorada con treinta y cuatro diamantes y un rubí. Se inscribieron en la Cofradía de Nuestra Señora, en cuyo libro puso el Príncipe las siguientes palabras: *Patrum virtute humilis cliens Carolus*. Y la Princesa escribió de propio puño: *Ad nutum Dei Elisabetha Christina*.

A 28 de Octubre de 1709, dicha Princesa remitió desde Barcelona

tres capas, dos dalmáticas, una casulla, un paño-atril, una mitra y otros ornamentos con un vestido y manto para la Virgen.

1802. El rey D. Carlos IV con toda su Real familia. Debido tal vez á las vicisitudes porque ha pasado este Santuario de un siglo á esta parte, nos vemos precisados á hacer el notabilísimo salto que el lector observará desde el párrafo anterior al presente, pasándose casi un siglo sin constar la venida de ningún personaje real. Y aun las noticias que vamos á consignar, son debidas á la buena amistad y celo del distinguido Archivero de la Casa de la Ciudad de Barcelona, D. Luís Gaspar, quien nos las ha facilitado.

A 11 de Septiembre de 1802 hicieron su entrada en Barcelona los augustos soberanos, el rey D. Carlos con toda su familia. El día 30 del mismo mes y año llegó la escuadra de S. M., conduciendo á la serenísima señora Princesa de Asturias y el Príncipe Real de Nápoles, con unas cien personas de comitiva, poco más ó menos.

El rey D. Carlos señaló el día 4 de Octubre para celebrar la ratificación del matrimonio de su hijo D. Fernando con la princesa D.^a María Antonia; y la de la princesa D.^a María Isabel con el príncipe heredero de las Dos-Sicilias, D. Francisco.

El día 8 de Noviembre á la una de la tarde salieron de la capital los Reyes y Príncipes de Asturias y señores Infantes; los Reyes de Etruria y sus dos hijos con la comitiva correspondiente, y pernocaron en Esparraguera, y el día siguiente en Martorell, después de haber visitado SS. MM. y AA. el Santuario de Nuestra Señora de Montserrat, continuando con felicidad su viaje á Valencia.

1828. Los reyes D. Fernando y D.^a Amalia. A 12 de Abril de 1828 hicieron su visita á este Santuario los reyes D. Fernando y D.^a Amalia su esposa. No encontraron más que ruínas en esta Montaña. La entrada en el Santuario no era posible hacerla por la puerta principal, porque las paredes que quedaron de la obra nueva, después de la explosión de la pólvora, producida por las tropas francesas, amenazaban desplomarse, y era muy peligroso acercarse á aquel lugar. La hicieron SS. MM. por el huerto y escalera del Noviciado, por la cual bajaron á la iglesia, que no estaba menos desolada. Allí encontraron á la Santa Imagen colocada en un altar interino, arrimado á la gran verja. Por una mala escalera subieron á besar la mano de Nuestra Señora. Se enteraron con grande interés de las necesidades más apremiantes del Santuario, por ser poco menos que imposible dar mano á todas ellas, y al llegar á Madrid giraron la crecida limosna de medio millón de reales, ó sea veinticinco mil duros, para atender á las obras más necesarias.

1829. El infante D. Francisco de Paula y su esposa. A 12 de Noviembre de 1829 visitaron este Santuario los infantes D. Francisco de Paula y su esposa D.^a Luisa Carlota, que venían de Francia para recibir á la nueva esposa del rey D. Fernando, María Cristina de Borbón.

1857. Los Duques de Montpensier. A 24 de Octubre de 1857 vino el duque de Montpensier D. Antonio de Orleans, con su esposa D.^a Luisa Fernanda, hermana de la reina D.^a Isabel, acompañados de una comisión de la Diputación Provincial, Ayuntamiento y otras personas muy respetables de Barcelona. Regalaron un Crucifijo de coral y una mariposa de brillantes. De esta visita trae origen la Junta de Restauración de Montserrat, que se creó á propuesta del señor Duque; cuya Junta cuidó de pintar las dos Capillas del templo al estilo policromo, y la Capilla de la Santa Cueva. Después murió por consunción esa Junta, por haber fallecido casi todos sus individuos sin ponerles substitutos. Todas las mejoras que de aquella fecha hasta nuestros días se han realizado, han sido á cargo del propio Convento.

1860. La reina D.^a Isabel. A 30 de Septiembre de 1860 subió á visitar la Santa Imagen la reina D.^a Isabel de Borbón con su esposo D. Francisco y demás familia Real. Después de la brillante victoria que obtuvieron la tropas españolas sobre las marroquíes, Su Majestad emprendió un viaje á las principales ciudades de la Monarquía. Al llegar de Mallorca á Barcelona vino á Montserrat, acompañada de su confesor el arzobispo D. Antonio María Claret, y de los reverendísimos Prelados de Cataluña. Venían también los generales O'Donnell, Prim, y servidumbre palaciega. Durante los días que estuvo la Reina en este Santuario, fué muy obsequiada. El templo lo adornó la Diputación Provincial de un modo brillante. La cera era tan abundante, que circuía todo el ámbito de la iglesia. Los divinos Oficios fueron cantados por nutridísima orquesta, venida exprofeso de Barcelona. Asistieron los Reyes, los Obispos, Autoridades y un gentío inmenso. Ocupó la sagrada cátedra el elocuentísimo Predicador de S. M. D. Hermenegildo Coll de Valdemia. Hubo serenatas de noche con los coros del músico y poeta popular D. Anselmo Claver. No faltaron magníficos fuegos artificiales en la Montaña, que produjeron un efecto sorprendente y maravilloso. Lo que principalmente imprimió carácter á esta visita, podemos asegurar que fué el número crecidísimo de Alcaldes, que con sombrero de copa y vara de autoridad asistieron á la fiesta invitados por las cuatro Diputaciones de Cataluña.

1871. El rey D. Amadeo. A 22 de Septiembre de 1871 visitó este Santuario D. Amadeo de Saboya, rey entonces de España. Vino acompañado del príncipe Humberto, del Ministro de la Guerra, los generales

Rosell, Cugia italiano, Malcampo, y Ministro de Marina. Llegó casi de noche, sin saberse antes su venida. Cantóse el *Te Deum*, subieron á besar la mano de la Virgen, y en seguida salieron á dar un paseo por la Montaña. El día siguiente colocaron la primera piedra en el claustro gótico destinado á panteón de Catalanes Ilustres, marchándose después de esta ceremonia hacia Barcelona. Asistió á este acto el monje P. González, en representación del Padre Abad y demás Comunidad religiosa.

1873. Los príncipes D. Alfonso y D.^a Blanca. El día 1 de Junio de 1873, durante el período álgido de la guerra civil, los príncipes don Alfonso, hermano de D. Carlos, y su esposa D.^a Blanca, acompañados de una fuerza de tres mil hombres, visitaron este Santuario y besaron la mano de la Santa Imagen. Pasaron el domingo y lunes de Pascua con toda tranquilidad, alternando y bailando con la fuerza republicana que se encontraba también en este sitio, no faltando tampoco magníficas funciones religiosas.

1888. La Reina Regente. La reina regente D.^a María Cristina, invitada por la Junta, fué á Barcelona para abrir con mayor solemnidad la primera Exposición Universal que ha celebrado dicha ciudad. Con este motivo, después de las ceremonias y fiestas de costumbre, se dispuso una visita á Nuestra Señora de Montserrat. A 28 de Mayo de 1888 partió de Barcelona la real comitiva, llegando el mismo día á este Santuario. Poco es lo que podemos decir de esta visita, si no es que al día siguiente hubo función religiosa á la que asistió la Reina con su familia y demás séquito de personas oficiales, predicando el M. I. Sr. Ribera, canónigo, regresando el mismo día á la capital.

1893. El duque Waldimiro de Rusia. A 29 de Octubre de 1893 vino á visitar la Santa Imagen el duque Waldimiro, hermano del Emperador de Rusia, acompañado de los generales Weyler y March.

1894. El príncipe D. Jaime de Borbón. A 7 de Julio de 1894 llegó de incógnito el príncipe D. Jaime, hijo de D. Carlos y D.^a Margarita de Borbón. Acababa de viajar por Europa y América; y al venir á España, no quiso regresar á su familia sin haber antes visitado y besado la mano de la célebre y devota Imagen de Nuestra Señora.

III

El concurso que ha habido en este Santuario de toda clase de personas, estados y naciones es tan numeroso, que no hay en toda la cristiandad otro que lo supere ni iguale. A ciertas personas de arrai-

go, según su distinción y calidad, se las hospedaba antes dentro del Monasterio; hoy no es posible, porque han cambiado los tiempos. Para los demás había y hay hospederías capaces y suficientes. Antes vivía un monje en la misma hospedería para cuidar y atender á los visitantes; hoy no vive el Padre, titulado Mayordomo, fuera de la clausura; pero no descuida procurar digno alojamiento á las personas según su rango. En días ordinarios se les servía antiguamente cama, mesa, lumbre y sal, todo gratis y de buena voluntad; mas eso no era posible en algunas festividades, porque el concurso solía ser de cuatro, cinco y á veces ocho mil personas. En tales días no podían quedar muy bien atendidos; sin embargo, todos quedaban contentos y satisfechos, porque se hacían cargo de las circunstancias. Hoy no falta buen albergue en días ordinarios; lo que no es así en los extraordinarios, pues no es posible tener aposentos para ocho ó diez mil camas, como se necesitarían muchas veces.

A los Religiosos que venían á pie, que eran los más, se les daba la comida que se da á un monje por día y medio, ó más si el Superior lo estimaba conveniente. A los pordioseros se les daba acogimiento bajo cubierto. Estaba dividido éste en dos estancias: una para los hombres, y otra para las mujeres, con su hogar para calentarse en tiempo de invierno. A las siete de la mañana se tocaba una campanilla desde la puerta de la iglesia hasta la de entrar á la cerca del Monasterio; á cuya señal acudían todos en el sitio acostumbrado, en que un Hermano distribuía la limosna. Para el desayuno se daba media libra de pan á cada uno. A las diez y media se tocaba segunda vez la campanilla, y se les repartía á cada uno otra media libra de pan. Entraban todos en el salón, y sentados en sus mesas, se les daba buena porción de olla y un vaso de vino. A las seis menos cuarto se volvía á tocar la campanilla, y se les daba la misma porción de pan, olla y vino. Al anochecer se recogían todos con silencio, modestia y humildad.

Esta limosna se daba no sólo á los que eran verdaderamente pobres, tanto nacionales como extranjeros, sino á cuantos querían recibirla, que era la mayor parte. Muchos se llevaban el pan á sus casas como reliquia, y el Hermano que repartía la limosna tenía el cargo de preguntarles la doctrina cristiana, y que todos oyesen Misa cada día. A pesar de que muchos solían volver muchas veces, nunca se les negaba el sustento por tres días.

Esta generosa hospitalidad era imposible que el Monasterio la sostuviese por sí solo; pero ayudado de las limosnas que venían de todas partes, podía sustentarse ese gran monumento de piedad. Los

Sumos Pontífices concedieron los más amplios privilegios para pedir limosnas por todas partes; y los reyes, de acuerdo con todos los Obispos de España, las fomentaban también á favor de tan insigne Santuario.

Hoy ha cambiado todo. Cada familia cuida de su manutención. Existen hospederías para todas las clases de la sociedad; unas más elegantes, y otras no tanto; todas, empero, con decencia y limpieza. Hay celdas con cocina para los que gustan aderezarse por sí mismos la comida; para los que no quieren cargar con esa molestia, hay fonda montada al estilo del día, en donde se sirven comidas de todas clases y á todos precios. El Monasterio nada posee hoy día; ni rentas ni propiedades. No es, pues, extraño que el modo de ser de hoy sea enteramente contrario al de ayer. A más de que, la sociedad de nuestros días ni querría ni sabría acomodarse á las costumbres de aquellos tiempos.

A los pies de esta celestial Señora han venido los mayores Santos y los más grandes reyes. Tampoco han faltado Papas, cardenales, obispos, nobleza y personas de todas clases y condiciones en número abundante. En el siglo XV vino en persona el Papa Benedicto XIII, acompañado de gran número de Cardenales. El Papa Adriano VI, siendo cardenal y obispo de Tortosa, poco antes de ser elevado al trono pontificio, estuvo también en este Santuario. Julio II, abad que había sido de este Monasterio, Urbano VII, Gregorio XIII, León X, Paulo III, Pío IV, Clemente VII, Bonifacio IV, Paulo V, Gregorio XV, etc., etc., todos fueron devotísimos de la Virgen de Montserrat, como lo es también el Pontífice reinante León XIII. Los cardenales Colonna, Julián de la Rovère, Berenguer de Eril, Vicente de Ribas, Benito de Sala y muchos otros estuvieron en Montserrat. Los Nuncios que Su Santidad ha tenido en España, pocos habrán vuelto á Italia sin antes haber visitado esta Santa Imagen. Los Cardenales, Arzobispos y Obispos de España, todos se han hecho siempre el deber de venir también, sin contar los Prelados extranjeros de diversas naciones, que han acudido directamente, atraídos por la fama universal de que ha gozado en todos tiempos este famoso Santuario. La nobleza española, y de un modo especial la de Cataluña, se ha considerado en el imprescindible deber de profesar cordial devoción á Nuestra Señora. Las antiguas casas de Aytona y Cardona lo han acreditado con numerosos y riquísimos regalos hechos á la Santa Imagen: no menos que los Duques de Parma, Gandía, Alba, Medina-Sidonia, Horencia, Monte-León, Mantua, Módena, Tarcis, Sesa, Escalona, Osuna, Alburquerque, Frías, Sesto, Infantado, Veragua, Feria, Nájera, Alcalá é

Hijar; los Condes de Perelada, Centellas, Leganés, Camarasa, Santa Cruz, Haro, Lemos, Astorga, Mortara, Savallá, Almazán, Cifuentes, Peñoranda, Barbará, Sardañola, Conflent, Aranda, Ciutadilla, Clariana, Velamázan, Romes; las Marquesas de Coscojuela y Tamarit; la Condesa de Oropesa; los Condes de Benavente, Eril, Monterrey, Este, Capacho, Trevento, Palamós; las Marquesas de la Mina, de las Amarillas, el Marqués de Vezmar, Moya y Assentar, la Baronesa de Llinás, el Gran Maestre de Malta, el Gran Prior de Malta, la ciudad de Barcelona, la Real Compañía de Comercio de la misma ciudad... y otras muchas familias que es imposible enumerar, devotas y bienhechoras de este Santuario. Los Obispos franceses de Auch, Tarbes, Lavaur, Rieux, Rius, y otros muchos que vinieron por su devoción á Montserrat; las peregrinaciones francesas, que presididas por sus Obispos suelen venir movidas tan sólo de su piedad y devoción; los Príncipes Japoneses y de Orleans; Luís Felipe; el célebre orador cuaresmal de Nuestra Señora de París, P. Félix; los felibres de la Provenza, los poetas valencianos, los mantenedores de los Juegos Florales... éstos y otros muchos personajes, que á impulsos de su cariño y amor han dejado sus tierras para venir á rendirse á los pies de Nuestra Señora, publican y pregonan mejor que la trompeta de la fama, cuánta y cuál ha sido y es la devoción al célebre Santuario de Nuestra Señora de Montserrat.

CAPÍTULO NONO

Lo que eran las antiguas romerías. — Pueblos que antes venían á Montserrat. — Romerías modernas.

I

Además de los muchos personajes ilustres de todas las naciones y épocas que visitaron este Santuario, y de los Santos y Beatos que acudieron aquí peregrinando á honrar á la Santa Virgen, eran muchas y muy numerosas las romerías que llegaban en todos tiempos á

Montserrat, como lo acreditaban las antiguas crónicas, que por desgracia han desaparecido, de las cuales, empero, se conserva aún alguna pequeña memoria. Algo, sin embargo, de lo que vamos á decir, hallarán nuestros lectores en los pocos historiadores que se han ocupado de las cosas de este Santuario. La continua llegada de viajeros que acudían á los pies de la Santa Imagen, era una peregrinación perenne. Con mucha frecuencia organizábanse romerías formadas de diferentes provincias, y aun de naciones extranjeras, como Alemania, Bélgica, Italia, Portugal, Francia, y de varios puntos de América. Reyes y príncipes, como también humildes vasallos y plebeyos, ricos y pobres, letrados y rudos, venían á Montserrat á la sombra de sagrados estandartes, y dirigidos por Prelados y sacerdotes, edificando á los pueblos del tránsito con su conducta penitente y ejemplar; y trayendo á la Virgen banderas y lazos en recuerdo de su visita, limosnas, cirios de todos calibres, desde la vela de tres onzas hasta el blandón de veinticinco quintales. El arribo y estancia de los romeros formaba un acontecimiento de feliz memoria, como también su despedida. Dedicábanse á toda clase de obras de penitencia y de piedad durante las horas del día; y acabadas las funciones de la noche, ó sea, después de las nueve, cerrábase la iglesia y salían las mujeres; pero se quedaban muchos peregrinos para velar á los pies de la Virgen, y cantarla estribillos y gozos á que antes era muy aficionada la gente devota, para disponerse á confesar luego, para cumplir sus votos ó promesas, y para mortificarse de varias maneras y formas; suspendiéndose todos estos cantares y ejercicios á las doce, para cantar sus Maitines los Religiosos en cumplimiento de lo prescrito por su santa Regla.

He aquí como lo describe el abad D. Pedro de Burgos (1): «Es cosa de mucha maravilla, dice, ver aquí tantas diversidades de gentes de todas las provincias á donde se extiende el nombre cristiano; porque no solamente del Principado de Cataluña, donde está situado el Monasterio, acude aquí gente, mas aun de toda España, Francia, Italia y Alemania, y de otras muchas provincias é islas, cada día del mundo llegan aquí tantos y de tan diversas generaciones y lenguajes, que ni ellos unos con otros se entienden, ni los que tienen cargo de darles recado los pueden entender. Aquí vienen reyes, príncipes, duques y otros grandes señores, pobres y ricos, y de todos tanta multitud, que sería imposible poderla aquí explicar. Y allende, que todos los días llega aquí gran muchedumbre de gente de todas las partes

(1) *Historia de Montserrat*, impresa en 1514.

del mundo, en mucho tiempo del año, como son las fiestas de Nuestra Señora, y otras muchas festividades, y en la Cuaresma, es tanta la multitud de las gentes, que muchas veces no caben en la Casa, ni aun en la plaza que está delante de la puerta; mas estánse muchos por la Montaña, entre los riscos, y en algunas cuevas, y debajo de algunos árboles, como mejor pueden. Y allende de esto vienen las procesiones, que son más de cuarenta; de manera que hay días que se hallan juntas más de cinco mil personas, y muchos días más de mil, dos mil y tres mil.» Esta numerosa concurrencia de peregrinos de casi todos los países de Europa, la reconocen en general la mayor parte de los escritores, así naturales como extranjeros, que tratan de este prodigioso Santuario de Montserrat.

Hablando de los trajes penitentes con que muchos peregrinos solían subir esta santa Montaña, dice un manuscrito que se ha podido conservar: «Vemos llegar á muchos caballeros y aun príncipes de reinos y provincias remotas, habiendo caminado siempre á pie. Otros con las manos juntas y los ojos al cielo. Unos con velas, y otros con antorchas encendidas. Unos con pesadas cruces de madera, y otros con barras de hierro en sus hombros. Unos con sogas al cuello, y otros apretadamente ceñidos con ellas en las desnudas carnes. Unos con argollas de hierro al pescuezo, otros con esposas de lo mismo en sus manos, y otros arrastrando gruesas y pesadas cadenas. Unos vienen gran parte del camino disciplinándose, y otros con las rodillas desnudas, las cuales dejan bañadas de sangre... Lo referido, y lo que á muchos penitentes acontece al llegar á la presencia de aquella portentosa Imagen de la que es Madre de Dios, no sabe expresarlo la pluma, la cual sólo dirá, que aun á nosotros, que frecuentemente lo vemos, nos dejan atónitos y admirados sus lamentables voces pidiendo á Dios misericordia, pronunciando ayes, exhalando suspiros y derramando lágrimas.»

Era tan grande el fervor y devoción de los peregrinos, su ilimitada confianza en el poder é intercesión de María, y su piadosa creencia de que le eran deudores de singulares beneficios y portentos que había dispensado y obrado á su favor, que otro historiador de este Santuario, del tiempo de Carlos V, al tratar y describir su primer Claustro, dice así: «Hay en esta santa Casa tantas señales, diversas pinturas, bultos de cera, y tablas de milagros de la gloriosa Virgen María, que no hay hombre, que viéndolo, no se admire y espante notablemente. Hay cadenas muy gruesas, grillones muy fieros y espantosos, recios y fuertes bretes que han dejado muchos hombres y mujeres, á quienes Nuestra Señora ha librado de cautiverio, prisiones y

cárceles en que han estado. Hay mortajas de muchos que, después de muertos, fueron vueltos á la vida. Hay muchas naves de madera y pintadas, que en terribles tormentas, teniendo ya desesperada la salud, súbitamente fueron sacadas del peligro y puestas en seguridad. Hay pintados muchos hombres y mujeres á los pies de fortísimos animales que los tenían en el punto de la muerte, y por invocación de la Virgen quedaron repentinamente libres. Hay muchos hombres y mujeres de bulto, en palo y de cera, pintados con señales de mortales golpes y heridas de espadas, lanzas, ballestas y tiros de pólvora, todos los cuales milagrosamente por Nuestra Señora de Montserrat fueron salvos. Hay asimismo muchos carretones, muletas, bordones de enfermos, leprosos, cojos, tullidos, mancos y ciegos, que por intercesión de la Reina del cielo enteramente sanaron de aquella enfermedad.» Todas esas presentallas estuvieron colgadas de las paredes y techo del referido Claustro hasta la guerra de la Independencia, las cuales desaparecieron para siempre á manos de las impías tropas de Napoleón Bonaparte.

Bueno será, y de mucha oportunidad también, dejar consignado aquí una devota y célebre romería, que cuando menos basta y sobra para probar no sólo la gran devoción que ha habido en todos tiempos á esta Soberana Reina, sino la mucha confianza que en Ella tiene el pueblo depositada. En efecto, en la mayor parte de las crónicas de Montserrat se lee el hecho siguiente: «Sitiada tenía ya el César la berberisca ciudad en 1535, cuando se celebró en Montserrat una ceremonia digna de referirse. A fin de que nuestras armas saliesen vencedoras de la empresa, hizo Barcelona solemnísimas rogativas, en las que se distinguió muy particularmente la ilustre parroquia de Santa María del Mar, cuya Comunidad de beneficiados acordó enviar al Monasterio de Montserrat doce de sus individuos para pedir á la Santísima Virgen el triunfo de las armas católicas. A los doce sacerdotes acompañaron hasta doscientos feligreses de la parroquia, la mayor parte del sexo débil, en hábito de penitencia. Llegaron á pie al Monasterio el día de Santa Margarita, donde en unión de los monjes y ermitaños ordenaron una devota procesión por la iglesia y claustros. Tan fervorosa rogativa alcanzó lo que se habían propuesto los que la hacían. Más tarde se supo que Carlos V había tomado á Túnez el mismo día que en Montserrat hacían tan devota procesión los parroquianos de Santa María del Mar de Barcelona.»

II

Después de haber hablado de ese movimiento general de devoción á nuestra veneranda y Santa Imagen, tócanos ahora individualizar los pueblos que de tiempo inmemorial acostumbraban, en día fijo y determinado, rendir á esta gran Reina, Patrona y Tutelar de este Principado, el anual obsequio de visitarla en numerosa y devota procesión.

Dice el Maestro Argaiz (1): «Que el segundo día de Pascua de Resurrección subían á Montserrat en procesión los de la villa de Piera y de La Granada, y éstos iban vestidos de peregrinos; y el tercer día el pueblo de Artés. La Dominica *in albis* venían los de la villa de Grannollers, vestidos también de peregrinos. La Dominica segunda subía el pueblo de Vacarisas. El día 22 de Abril los pueblos de Castellvell, San Vicente y Granera. Estos últimos vestidos de peregrinos. El día 30 los pueblos de Castellar y Gravalosa. Los de Montbuy no tenían día fijo, y cuando subían lo hacían vestidos de peregrinos. Por el mes de Mayo subían los de la villa de Igualada, y de los pueblos de Pierola, Masquefa y Rubió, y los de San Julián del Vallés, vestidos de peregrinos. En Agosto los labradores de Tarrasa, Martorell, Molins de Rey, y los de Valldoreix, San Vicens de Llobregat, San Juan de Espí, Papiol y Santa Cruz de Olorde. En Septiembre las villas y pueblos de Castelltersol, Sabadell (2), Rocafort, Talamanca, San Boy, Taus, Caldes, Vilasar, Cabrera, Premiá, estos tres últimos iban juntos en una misma procesión; San Climent, San Andrés de Palomar, San Benito de Bages, Mura, Tarrasa, Rubí y San Just Desvern. De siete en siete años subía la villa de Sitjes. El Jueves Santo el pueblo de Monistrol, y otros en otros días. Contándose en algunas procesiones ciento cincuenta, en otras doscientas, y en otras más personas.

«Todas estas villas y pueblos con sus párrocos, vicarios, monacillos, jurados, consejo y pueblo, entraban en Montserrat con cruz alta y pendones tendidos, en buen orden y devota compostura, llevando algunas antorchas, y todos los demás cirios encendidos en las manos; cantando las letanías de la Virgen, á quien fervorosos rendidamente tributaban sus corazones. Y aunque algunos de estos pueblos

(1) *Perla de Cataluña*, pág. 292.

(2) Esta villa ha reanudado hoy la antigua tradición.

son vecinos á esta Montaña, otros hay que distan seis, ocho y más leguas, sin que nadie se arrepintiera de haber tenido que soportar, ni la inclemencia del tiempo ni las fatigas del viaje.»

En el Archivo de este Monasterio se halla, y tráenla el P. abad Burgos y el P. Reventós, archivero que fué del mismo á principios del siglo pasado, que cada una de las sobredichas poblaciones, y otras, tenían ofrecido á Nuestra Señora un cirio, para que ardiese en todas sus festividades y otras muchas señaladas en el discurso del año; y lo más notable es, que eran tan abultados y grandes, que los menores pesaban diez quintales, otros quince, y otros veinticinco quintales, y otros más, siendo todos de cera blanca. En cada uno de estos cirios había un rótulo en pergamino de letra grande, que nombraba la villa ó pueblo cuyos eran. Cuando subían á visitar á la Virgen Santísima hacían acomodar los cirios, poniendo en ellos otra tanta cera como se había consumido el año antecedente, para que volviesen á arder hasta el siguiente. Trasladada la Santa Imagen de la iglesia vieja á la nueva, trasladaron también los cirios. Más adelante se quitaron de la iglesia estos grandiosos cirios, cuando D. Juan de Austria la hizo dorar toda á sus expensas, para que el humo de tantas luces no obscureciese lo brillante del oro de que estaba cuajado todo este grande y milagroso templo. Si tanto celebran las Historias de Aragón dos cirios, cada uno de peso diez quintales, que ardían en la coronación del rey D. Alfonso IV, y las de Castilla el cirio pascual de la Catedral de Sevilla, por tener ochenta arrobas de cera, ¿cómo merecen ser celebrados los de Montserrat, cuando algunos pasaban de cien arrobas?

Antiguamente los peregrinos, en su mayor parte como hemos dicho, pasaban la noche en el templo, rezando y cantando algunas devotas canciones á Nuestra Señora. Pondremos aquí las mismas palabras del célebre abad Burgos, que escribió á principios del siglo XVI. Dice así: «Después de acabadas las funciones de la noche, que son las nueve poco más ó menos, se quedan muchos peregrinos en la iglesia á velar. Los cuales juntándose en diferentes corrillos, algunos con malas voces y buenos deseos, dan música á la Reina de los Angeles, cantándole muchas canciones devotas, y aunque por ser tan diferentes á un mismo tiempo, había de causar disgusto la diversidad de tonos, voces y coplas, lo cierto es que no cansan, y que como conciertan en el intento principal, que es alabar á Nuestra Señora, así también en aquel desconcierto hay una consonancia apacible y que agrada. Otros rezan sus devociones, cumplen sus votos y examinan sus conciencias para confesarse al día siguiente. Y todo esto dura hasta

el punto de media noche, en que el santo Convento les hace callar para cantar sus Maitines. Esta es la manera y el modo que aquí se tiene, para que incesantemente se alabe á Dios Nuestro Señor y á su Madre Santísima.» En un códice del siglo XVI, que nosotros llamamos el Libro encarnado, y que tenemos en nuestro Archivo, se contienen varios tratados curiosos, y entre ellos hay las mismas canciones de los romeros (1), y una nota que dice así: *Quia interdum peregrini quando vigilant in Ecclesia B. Mariæ de Monteserrato volunt cantare et tripudiare, et etiam in platea de die, et ibi non debeant nisi honestas ac devotas cantinclas cantare; idcirco superius ac inferius aliquæ sunt scriptæ. Et de hoc uti debent honeste et parce, ne perturbent perseverantes in orationibus et devotis contemplationibus, in quibus omnes vigilantes insistere debent pariter et devote vacare.*

III

Desde que fué descubierta esta Santa Imagen, no han faltado romerías á este Monasterio. Desde que Wifredo, los Condes de Barcelona y los Reyes de Aragón subieron á visitar á Nuestra Señora, fué preciso ensanchar la primitiva iglesia románica, á fin de que pudiera tener cabida en ella el gran número de personas que seguían el ejemplo de los monarcas. Era tanta la multitud de gente que en el siglo XIII acudía á este Santuario, que el rey D. Jaime el Conquistador mandó que el que fuese á visitarle llevase consigo las provisiones necesarias para su subsistencia. Sólo un paréntesis se observa, durante el cual cesaron las romerías y la concurrencia de los fieles; y es lo que va del siglo actual. Todos sabemos lo que pasó durante la guerra de la Independencia: los franceses quemaron el Convento y Santuario; los monjes se vieron en la necesidad de poner á salvo sus vidas... y esto fué la primera causa de que cesasen las antiguas peregrinaciones. Vinieron después las vicisitudes políticas del año 1822, en que la Santa Imagen fué trasladada á Barcelona... he aquí el segundo motivo. Vino más tarde la guerra civil, en que la Virgen estuvo oculta por espacio

(1) En el Apéndice número 3 hallarán nuestros lectores copia exacta de algunas cántigas que ejecutaban los romeros dentro y fuera de esta iglesia en el siglo XVI, y creemos que mucho antes también; las cuales contienen excelentes giros melódicos, como podrá observar el inteligente en esta clase de canturias. En el Escorial de Madrid existen cántigas por igual estilo, debidas al rey D. Alfonso X, llamado el Sabio, compuestas en el siglo XIII.

de nueve años, el templo cerrado y los monjes dispersos... he aquí la tercera razón por que la generación que vino después ni siquiera conocía el nombre de romería.

Llegamos al año 1880, en que fué celebrado con tanto esplendor el célebre Milenario del hallazgo é invención de esta Santa Imagen; este hecho tan memorable vino á recordar la época de las antiguas peregrinaciones, y desde luego se pusieron otra vez en planta.

¿Quién no ha visto el ardor que se despertó á favor de esas nuevas manifestaciones de la fe católica? ¿Quién podrá olvidar jamás el general entusiasmo con que fueron recibidas las modernas romerías? No obstante, no podemos menos de observar una circunstancia especial que diferencia completamente las modernas de las antiguas, y es: que las de hoy día, á diferencia de las de otros tiempos, suelen excitar las iras del infierno y las prevenciones de cierta gente acostumbrada á contemporizar con él. Y no es extraño. En primer lugar, las romerías que se realizaron á raíz del Milenario eran imponentes, ya por su número, ya por la calidad de las personas que concurrían á ellas. Contábanse por millares los fieles que venían á postrarse á los pies de la Morenita Señora, y esto no una sola vez, sino con mucha frecuencia. Llenaban los coches de los ferrocarriles y venían trenes especiales; y eso que pasaba á la faz del público, no podía disimularlo la gente ligera. Además con estas romerías solía venir la flor de la juventud, salida de los Centros llamados «Juventud Católica.» Los párrocos venían acompañados de numeroso contingente, salido en su inmensa mayoría de los talleres y fábricas, que no pocas veces suelen ser centros de corrupción y escándalo; y con esto queda explicado el por qué les sentaban mal á ciertas gentes esta clase de reuniones. De ahí que fuesen recibidas á pedradas y á garrotazo limpio al pasar por ciertas ciudades, y que las Autoridades civiles, al tomar cartas en esos desmanes, acabaran por prohibirlas, por más que la razón estuviese de nuestra parte. De todos modos esa reacción religiosa ha empezado, y podemos de ello dar gracias á esta celestial Reina, Patrona de Cataluña. A pesar de estas contrariedades, las romerías continúan en la fecha que escribimos, si no con el entusiasmo del principio, sin notable decadencia, á Dios gracias.

Empezaron estas públicas manifestaciones sobre el año 1877, después de ir á Roma á postrarse á los pies del Pontífice millares de católicos españoles. Viendo al Representante de Cristo rodeado de enemigos y poco menos que cautivo, se excitó el espíritu de los fieles de tal manera, que predicando un día de la Semana Santa en la iglesia del Pino en Barcelona el célebre orador P. Barrios, y ocupándose de

los males que afligen á la Iglesia, en uno de sus arranques oratorios exclamó: «Ha llegado ya la hora de los sacrificios y penitencias. Mañana voy á Montserrat, ayunando á pan y agua todo el día, y subiendo á pie la Montaña. Al que quiere seguirme, en el primer tren de la estación del Norte le aguardo.» A este simple llamamiento correspondieron quinientas personas, la mayor parte señoritas delicadas. Desde este día no han cesado las romerías á Montserrat; ó de otro modo, este es como el origen de las modernas peregrinaciones, y la restauración de las antiguas tan famosas. Es verdad que el día en que las tropas francesas evacuaron el Principado y regresaron á su país, vinieron los pueblos vecinos á dar gracias á Nuestra Señora. Es verdad también, que después que la Santa Imagen fué devuelta y traída de Barcelona á Montserrat, subieron otros pueblos en procesión á visitar á la Virgen; pero aquello no tuvo el carácter de romería: fué una simple expansión de amor hacia María salida de pechos oprimidos por el dolor y la amargura.

Estas romerías no han sido sólo de Barcelona y de casi todos los pueblos de Cataluña, sino que han venido también del reino de Valencia, de las islas Baleares y del Rosellón, todas con gran número de peregrinos y con muchos párrocos, presididos por Obispos, como el de Perpiñán, Tarbes y otros, á quienes acompañaron los de Vich y Barcelona.

Antes de concluir, diremos algo sobre los actos de piedad, que forman como el cuadro total de estas grandiosas manifestaciones. La mayor parte de los romeros suelen subir á pie la Montaña con las cuentas del rosario en las manos y el rezo en los labios. A su llegada, sale la Comunidad de los monjes con la Escolanía al frente, presidida por el Padre Abad con báculo y mitra, á recibirles. Entran de dos en dos en el templo cantando y rezando, y casi siempre con un Crucifijo de gran talla que traen ellos mismos desde el punto de su partida, y una vez dentro, el Director desde el púlpito hace la presentación de los romeros á la Virgen, describe el programa de los actos que van á realizar durante su estancia en este Santuario, y el Padre Abad les da la bendición. Las devociones en que suelen ocuparse después, consisten en Comuniones generales, ejercicios de piedad, como el *Via Crucis*, el Rosario, el Trisagio y Letanías de la Virgen. En casi todos estos actos hay sermón, cuyos oradores son sacerdotes que forman parte de la misma romería. El día de la marcha vuelven á reunirse en la iglesia, sale la Comunidad, el Director encomienda sus hijos á la Reina de las Montañas, y le pide una bendición para todos. Una vez han pasado frente al Padre Abad, colocado en la plaza, les repite éste la ben-

dición y los despide. Así es costumbre hoy día recibir y despedir las romerías que vienen á Montserrat. ¡Digan ahora los verdaderos cristianos, si serán agradables á Dios y á su Santísima Madre actos de esta naturaleza, que, además de las numerosas confesiones que se hacen, van acompañados de tantos ejercicios de oración, penitencia y mortificación!
